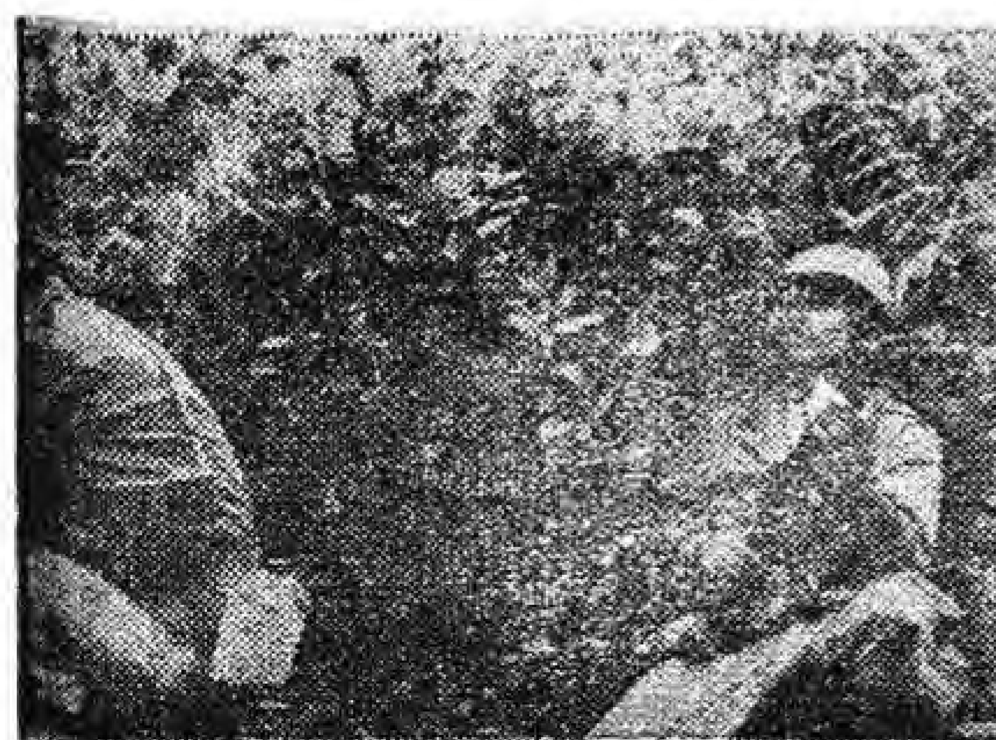
















PUERTO RICO: TERRITORIO ESCLAVO DE AMERICA

PUERTO RICO EN LA ENCRUCIJADA



Alguien cuenta esta anécdota.

Hace unos meses el gobernador de Puerto Rico, Luis Muñoz Marín, dió una fiesta en La Fortaleza de San Juan, el palacio de gobierno. Entre trago y trago de buen ron puertorriqueño, conversaba el gobernador con un grupo de invitados. Uno de ellos, un escritor sudamericano, planteó el problema de las relaciones entre Estados Unidos y Puerto Rico.

—Usted sabe lo que a mí más me satisface —dijo Muñoz— que yo pasaré a la historia como el puertorriqueño que más plata le ha sacado a los yanquis. Eso es lo único que me importa a mí.

La anécdota podrá ser cierta o no. Eso no importa. Pero sirve muy bien para definir esa mezcla ambigua y escurridiza que pomposamente han bautizado con el contradictorio nombre de: Estado Libre Asociado. Como señala aquí el novelista César Andreu Iglesias, este estado libre y asociado es algo así como un eslabón perdido.

Pero toda esta confusión es más aparente que real. Muñoz Marín —el político que más plata le ha sacado a los yanquis— practica la ambigüedad como Maquiavelo aconsejaba el principio de divide y vencerás. Esta escurridiza posición es la que ha acabado por definir al pueblo y a los grupos independentistas, como pudimos observar durante el tiempo que estuvimos en Puerto Rico, como enviados especiales de LUNES, recogiendo el material especial para este número. Este oportunismo político está muy bien expresado por Alberto, el personaje de la obra de René Marqués, *La muerte no entrará en palacio*:

"No es sólo un ideal el que usted ha traicionado. Vuelva la mirada atrás y contemple su obra. Al cuarto año en el poder abandonó usted la reforma agraria. Al sexto, echó por tierra las medidas socialistas que beneficiaban al pueblo. A los diez años estaba ya aliado con los capitalistas poderosos que combatió desde la oposición. Hoy fomenta usted el absentismo, industrializa al país sobre bases falsas, alienta la emigración, olvida la agricultura. ¿Qué queda de su obra?"

Durante sus 20 años de político activo, Muñoz ha ensayado todas las fórmulas para mantenerse a flote. En 1926 llamaba a los norteamericanos "los amos de nuestras industrias y nuestra tierra", en 1937 declaraba que "el sistema colonial en sí... pudre y degrada y aniquila las más nobles iniciativas que se emprenden en beneficio del pueblo" después de estos pronunciamientos, en 1943 declaraba: "Posiblemente se pueda encontrar un medio en que el Congreso reconozca soberanía al pueblo de Puerto Rico *aún bajo la bandera americana...*" Ya empezaba el gran viraje. En 1954 quedaba en paz con Dios y con el diablo: "...Las viejas puertas de la estadidad federada y la independencia separada están

director:
guillermo cabrera infante
subdirector:
pablo armando fernández
diseño y emplanaje:
tony e'vora
número 67, julio 11 de 1960

fotos de mayito y archivo

Lunes agradece a José Luis González algunas sugerencias para la confección del presente número. Agradece a Pedro Juan Soto, Juan Antonio Corretjer y René Marqués su colaboración. Ellos han hecho posible esta edición.

jurídicamente abiertas, como siempre he dicho..." Y el año pasado, en un discursito del cual después se arrepintió, declaró enfáticamente: "...Propongo ... que cuando Puerto Rico haya alcanzado ciertos niveles económicos... se reconsideren las condiciones de relación fiscal entre Puerto Rico y la Unión Federal... bien para que continúe el desarrollo del Estado Libre Asociado dentro de la *unión permanente* con Estados Unidos, o para que dentro de esa misma unión permanente se convierta a Puerto Rico en un *clásico Estado de la Unión.*

El futuro de Muñoz está muy claro. Ante la revolución cubana de la que primero dijo era el "acontecimiento más alentador que conozco en la historia de la república cubana" y unos meses después en una revista norteamericana calificó de comunista y peligrosa—, ante el apoyo prestado por Eisenhower al Partido Estadista del millonario Luis Ferré (al que significativamente llaman "el hombre" igual que a Batista); ante el reagrupamiento de las fuerzas independentistas, Muñoz se ha visto precisado a declararse anexionista, como se ve las declaraciones reproducidas en el párrafo anterior. ¿Por qué no? cada hombre tiene que ser fiel a su historia. ¿No es él "el puertorriqueño que más plata le ha sacado a los yanquis"?

¿Y cuándo sucede esto? En el momento que Puerto Rico se ve invadido por miles de fábricas atraídas por el Programa de Fomento que a la vez que exime de impuestos (una fuente de ingresos que se pierde) durante un corto número de años, no obliga a estas fábricas a permanecer en territorio puertorriqueño una vez terminada la exención. Resultado: una economía falsa y flotante, la consiguiente inflazón, el inevitable desplazamiento y desarraigo del campesino hacia las ciudades, y la aprovechada fuga de ganancias hacia Estados Unidos que los puertorriqueños han bautizado con el nombre de absentismo. Todo un cuadro perfecto de economía colonial.

Todo esto sucede cuando un obispo irlandés, obtuso y colonialista persigue implacablemente a un inteligente cura puertorriqueño por sus simpatías independentistas (leer *El Padre Margarito* y *El Obispo MacManus*); cuando se produce el brutal saqueo de la isla de Vieques, como puede comprobarse en el mapa y la nota de prensa y en el capítulo de la novela *Usmail*, de Pedro Juan Soto, que publicamos; cuando el movimiento obrero es entregado a los gangsters del repudiado e inmoral Hoffa (*Imperialismo sindical*, de Pedro Grant); cuando los contratistas norteamericanos fabrican miles de casas —uniformes, caras, feas y mal construídas— para las clases más pudientes y existen todavía en pleno San Juan barrios de indigentes como La Perla, Tokío y Buenos Aires, porque potencialmente son una buena fuente de votos en las elecciones; cuando miles de norteamericanos ocupan los empleos que debían ocupar los puertorriqueños, donde se impone más que nunca el *yes*, el *o. k.*, el *darling*, y el *american way of life;* cuando la cultura y el idioma castellanos se tienen que batir a diario en retirada.

¿Dónde deja todo esto al pueblo y a los grupos independentistas? No hay, por suerte, que sentirse plenamente pesimistas. Como alguien decía recientemente en San Juan. "Estos grupos pro yanquis son los mismos de siempre, lo que pasa es que ahora actúan más abiertamente; ya se han dividido pleñamente las fuerzas", La agresividad de las fuerzas imperialistas y antinacionales ha desarrollado un espíritu de lucha que va ganando fuerzas y militantes. Hoy existen en Puerto Rico todos estos grupos laborando en pro de la independencia: Acción Patriótica Unitaria, dirigida por el patricio Ramón Medina Ramírez; el Movimiento Pro Independencia, que capitanea Juan Mari Bras; el Partido Independentista que dirige Gilberto Concepción de Gracia; y por supuesto el Partido Nacionalista, que aunque enfermo y en prisión sigue dirigiendo don Pedro Albizu Campos, la figura más importante en la historia del movimiento independentista puertorriqueño.

De nuevo se celebran mítines independentistas en toda la isla, se publican periódicos y folletos. Y lo que es más importante, existe un irreductible espíritu de lucha. Como comenta el escritor y poeta Juan Antonio Corretjer en su artículo ***Posibilidades de la independencia***: "El ancestral espíritu del país se encabrita espoleado por nuevas adversas realidades, y una ejemplar borincanía busca una manera distinta de salir a luchar"





POSIBILIDADES DE LA INDEPENDENCIA

POR JUAN ANTONIO CORRETJER

La independencia de Puerto Rico está tan próxima como la querramos los puertorriqueños. Si nuestra voluntad de combate prueba ser la que se necesita Puerto Rico es independizable próximamente.

Se dan ahora las condiciones para iniciar una nueva etapa de lucha por la independencia. Se dan en lo interno y lo exterior. En lo interno, el imperialismo aprieta, impiadosamente, su cuerda acerada a la vida misma de la nacionalidad. La conversión de Puerto Rico en base de operaciones de las fuerzas armadas yanquis enajena de tal modo el suelo patrio que la estrangulación de Vieques, mostrada en el mapa que acompaña a esta edición, es la gráfica de una operación piloto cuyo producto elaborado será Puerto Rico... ¡Sí permitimos que así lo haga! El reflejo económico de tal despotismo militar sobre el territorio nacional abarca las zonas que anteriormente no habían sido tocadas por la invasión imperialista. El comercio puertorriqueño está siendo desplazado por el yanqui, tanto el mayorista como el simple minorista; y la pugna en las profesiones, en los oficios, y en el trabajo manual mismo está llegando al punto de efervescencia. La fricción promete un sentimiento antiyanqui del mismo tipo en que lo hubo antiespañol a fines del XIX. Con la diferencia, desde luego, que la fricción con el yanqui contiene irritantes que nunca cupieron entre el boricua y el peninsular. Tales irritantes son, por ejemplo, la del puertorriqueño que no quiere que le arranquen la lengua (aquí el sinónimo por lenguaje ayuda la expresión y la comprensión); ni le destruyan su cultura; ni le vacíen el alma; ni le trastornen los hábitos hasta hacer de su hija una "señorita americana".

El ancestral espíritu del país se encabrita espoleado por nuevas, adversas realidades, y una ejemplar borincanía busca una manera distinta de salir a luchar. Tal lo demuestra el avivamiento de antiguos grupos de lucha; mejor aún, la creación de uno nuevo: el MPI, nacional por su forma y democrático por su contenido, en cuya extrema ala izquierda sirvo regocijadamente.

En lo externo, la Revolución Cubana ha repercutido en Puerto Rico desde antes del 1ro. de enero de 1959. Gracias a los cubanos. las banderas desplegadas del 26 de julio, en los mítines celebrados en las plazas de los pueblos de Puerto Rico, permitieron que resonara en nuestro ámbito una palabra y una vibración del ánimo, prohibidas de expresarse en Puerto Rico desde que comenzara la represalia tras la debelación del movimiento albizuista de 1950. La Comisión de exilados cubanos, que, bajo la dirección del Delegado Silvino Sorhegui nos acompañó a Lares el 23 de septiembre de 1958 selló en público una nueva solidaridad revolucionaria antillana.

El triunfo, naturalmente, intensificó el estímulo: nada ayuda tanto como vencer. Para entonces, —es bueno aclararlo— el entendimiento doctrinario de que "nuestra batalla por Cuba" tenía que ganarse, había ganado lo mejor del pensamiento vivo de los laborantes puertorriqueños; y calado hasta el hueso la pasión de las grandes masas borincanas. Se logró entonces que penetrara tanto en nuestro pueblo, que, resucitadas en el recuerdo las solidaridades del pasado e iluminadas las comunes adversidades del presente, todavía las fuerzas del imperialismo y la antipatria, con todos sus poderes de calumnia y de bajeza, no han podido hacer antifidelista al pueblo puertorriqueño.

La hondura del proceso revolucionario cubano —profundidad de cambio histórico— ha desencadenado el espíritu de toda nuestra América. La capacidad manifiesta del liderato cubano para no dejar aislar a Cuba ha logrado crear una condición de auge revolucionario en nuestra América. Tal condición no solamente favorece a Cuba, motor de América Libre; sino que favorece además la lucha por la independencia de Puerto Rico.

El poderío soviético, siempre creciente; la incorporación de la China a las grandes fuerzas positivas de la Historia; el despertar de los pueblos afroasiáticos sintetizado en Bandung; y —por antítesis— la avanzada desintegración de los imperialismos europeos y la entrada de Estados Unidos en el período de su decadencia, han producido un ambiente mundial favorable a la lucha por la independencia de Puerto Rico.

Fue característica de la lucha por la independencia de Puerto Rico hasta ahora, desarrollarse en medio de un mundo adverso. En el Siglo XIX, Betances dirige la lucha por la independencia cuando Estados Unidos, consolidado como poder industrial en la Guerra Civil, consolida su posición internacional creando la flota que la estrategia de Mahan le señala y diseña; de modo que el último grito de batalla del gran puertorriqueño va ya lanzado no contra uno, sino contra dos imperios. José de Diego rompe las primeras lanzas contra ese imperialismo yanqui ya maduro, el que desbarata las filas de su nacionalismo burgués bombardeándolas con la artillería gruesa del auge en el mercado azucarero promovido por la Primera Guerra Mundial.

Cuando Albizu Campos llega, ya casi no hay burguesía que dirigir. Los capitales nacionales se hacen notables por que apenas si existen. Y el mundo entero hierve en fiebre fascista. El combativo ponceño tiene que dirigir el impacto de su grandiosa voluntad contra un mundo aliado contra él, en cuanto está aliado contra la independencia de las pequeñas naciones y contra la libertad de los pueblos. Así Estados Unidos logra hundirlo en Atlanta, logrando, con su prisión, desplazar el liderato de masas en Puerto Rico a manos del vendepatria Luis Muñoz Marín. Y es tanta la adversidad en su vida que, cuando, anciano ya trata, a su regreso de Atlanta, de reorganizar su pueblo, la infame guerra de Corea ahoga con sus cañones su último grito.

Ahora no. La situación no es para Puerto Rico todavía lo que debe ser. Pero la situación ha mejorado. Una nueva etapa de lucha por la independencia encontrará un mundo mucho menos adverso que encontraran las etapas pasadas.

No se entienda con ésto que los revolucionarios puertorriqueños nos estamos haciendo ilusiones; que pensemos ver al imperialismo rindiéndosenos sin lucha. "Quien quiere comer tortilla tiene que romper los huevos; tortilla sin huevos rotos y revolución sin revoltura, no se ven". Este decir habitual de Betances es tan cierto hoy como cuando lo repetía el prócer. "La Patria es valor y sacrificio", —nos decía constantemente Albizu Campos. Mucho valor, y mucho sacrificio, requerirá arrebatar nuestra patria de manos del imperialismo. Mucho valor y mucho sacrificio se necesitará para escribir en nuestros estandartes la nueva divisa de la independencia: —La Patria es el derecho de todos a disfrutar la riqueza de su territorio—.

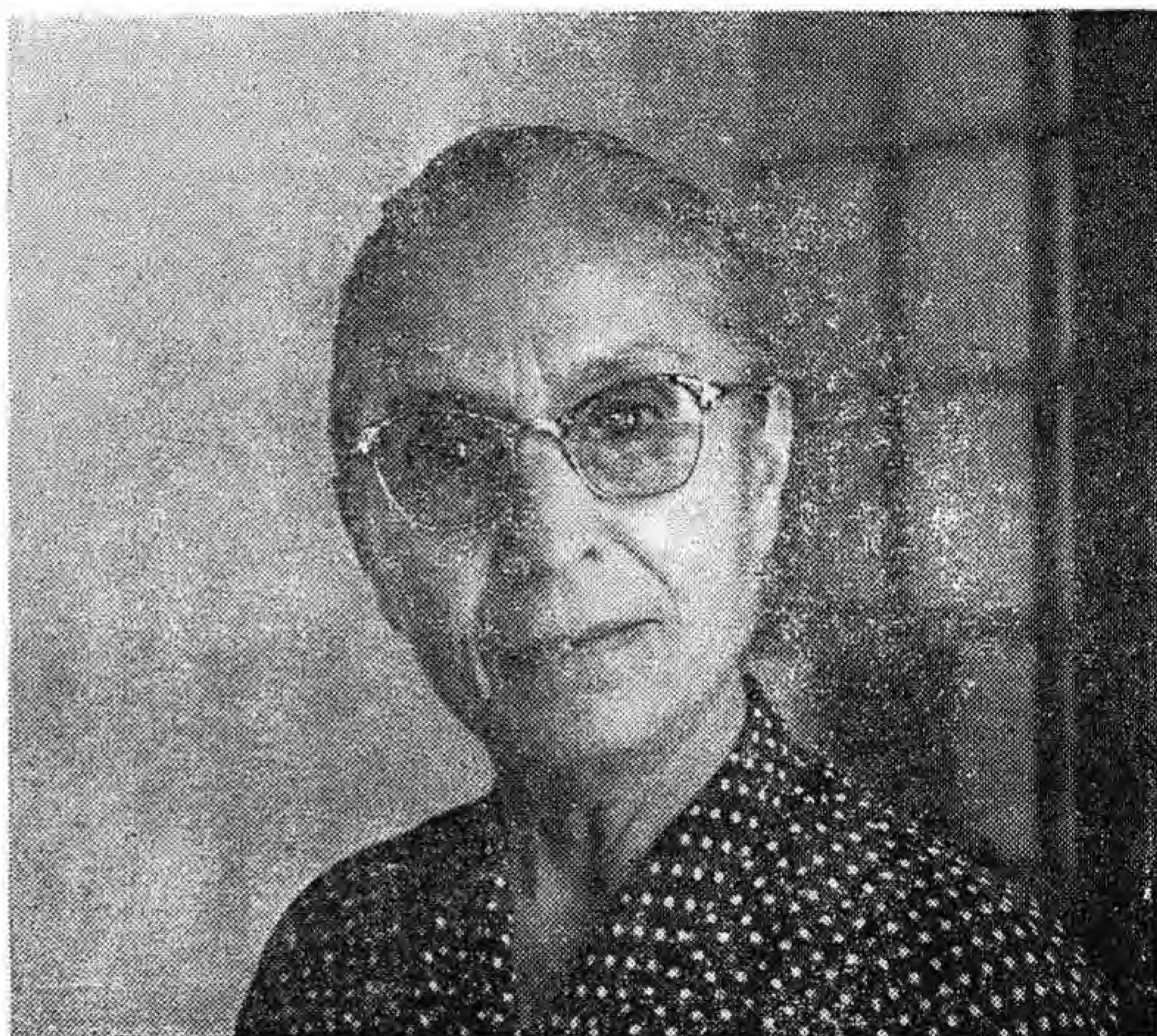
El desarrollo de una intensa campaña de agitación en las masas del pueblo desde las tribunas libertarias del MPI; la organización de un movimiento obrero que combata y venza la colonización del sindicalismo boricua por los bandidos del social-imperialismo de Meany, Hall, Dubinsky y Hoffa; la organización de un movimiento de resistencia capaz de enjugar las brutales represalias del imperialismo y capaz también de crecer bajo la represalia hasta pasar el contrataque y la victoria: ese es el programa para independizar a Puerto Rico.

El desarrollo de una conciencia puertorriqueñista en la América Latina, la organización de la natural simpatía de los latinoamericanos por la independencia de Puerto Rico: he ahí el principal factor exterior que la lucha por la independencia de Puerto Rico necesita. Desarrollado parejamente lo interno y lo externo, la independencia debe ser. El Mensaje que los ex-presidentes Cárdenas, de México; Arévalo, de Guatemala; Velasco Ibarra, de Ecuador; y Larrazábal, de Venezuela, han dirigido a los latinoamericanos gestionando dicho movimiento a favor de Puerto Rico; y su ratificación por el Segundo Congreso Pro Libertad y Democracia en Maracay, preludian esa nueva etapa. Nos toca, sin embargo, a los puertorriqueños, probar que la merecemos.



PEDRO ALBIZU CAMPOS

POR LAURA DE ALBIZU



El Partido Nacionalista de Puerto Rico se inscribió, como partido **insular,** vale decir, nacional, en 1932, llenado el requisito legal de presentar afiliaciones personales personales, juradas ante el juez, del 10% del electorado de la elección colonial anterior (1928). Esto significaba más de 28,000 afiliaciones. A pesar de las maniobras imperiales para que no lograra el número de afiliados requeridos, maniobras que consistían, principalmente, en la ausencia de los jueces de sus oficinas, donde tènian que presentarse los candidatos a afiliación, el Nacionalismo cubrió, en menos de un mes, el número legal de afiliados. Sin embargo, en las elecciones coloniales de 1932, el Nacionalismo apareció con sólo 5,500 votos; la candidatura senatorial de Albizu Campos obtuvo más de 13,000. El fraude era evidente a pesar de la debilidad del partido en su organización electoral. Se probó así lo correcto de la posición de Albizu Campos que aconsejaba no concurrir a elecciones coloniales, debiendo aclararse que su oposición radicaba, primordialmente, en su principio de no cooperación con el régimen, ya que esas elecciones sólo conducen a la designación de los empleados superiores coloniales: alcaldes coloniales (sin autonomía municipal alguna), representantes y senadores coloniales (sin poder legislativo sobre ninguna materia nacional vital), gobernador colonial (sin jurisdicción importante alguna para la defensa efectiva del país) y Comisionado Residente en Washington, un señor adscripto a la Cámara de Representantes Federal, sin voto, sólo con voz cuando obtiene el consentimiento unánime de la Cámara, y pagado por el Tesoro de Estados Unidos, es decir, un empleado también del imperio.
Desde entonces, el Nacionalismo aceptó la política de no coöperación con el régimen interventor. Ante esa posición colectiva, el imperio arreció su ataque.

El jefe de la policía, Coronel Francis Riggs, provocó una entrevista con Albizu Campos. Le dijo que tenía interés en Puerto Rico, que debido a su posición no podría actuar públicamente, pero que podría ayudar económicamente, por ejemplo, contribuyendo con ciento cincuenta mil dólares para el Nacionalismo. Albizu Campos evadió finamente una respuesta directa y más adelante le dijo que, como jefe de la policía, él era responsable en su cargo, sugiriéndole que lo que esas fuerzas hicieran contra el Movimiento Libertador, sería de su responsabilidad.
Derrotado en su táctica de soborno, Riggs inició en Puerto Rico la era de la agresión directa contra el Movimiento Libertador en un esfuerzo de terrorismo oficial para aplastar el Movimiento. Se descubrió una conspiración de Riggs para asesinar a Albizu Campos y los líderes nacionalistas que estuvieren presentes en un acto público. Ramón S. Pagán, Secretario del Trabajo del Nacionalismo, descubrió el plan al asistir a juntas secretas de los conspiradores. El Coronel Riggs decidió dar muerte a Pagán y la realizó en Río Piedras el 24 de octubre de 1935, durante la **Masacre de la Ciudad Universitaria** (Río Piedras) en que fueron asesinados otros tres nacionalistas. Albizu Campos le había advertido a Pagán que aquel gesto de él implicaba su sentencia a muerte por el imperio, que no fuera a sitio público alguno, excepto a su trabajo, y que no asistiera a actos del Nacionalismo.
El propósito de Riggs era atraer a Albizu Campos y a otros dirigentes nacionalistas a Río Piedras, para complicarlos en una lucha que provocaría la policía y asesinarlos; pero Albizu Campos le vió las cartas.
En más de una ocasión, en este período y en el posterior,ante la amenaza a la vida de Albizu Campos, hubo quienes le recomendaran que saliera del país; él contestaba siempre que Puerto Rico atravesaba el período más difícil de su historia y que el pueblo no podía quedar sin dirección.
Riggs introdujo agentes hasta en nuestro hogar en Río Piedras, y fue menester decirle firmemente que no volvieran a la casa.
Cuando nos trasladamos a Aguas Buenas en 1935, teníamos que vivir día y noche con guardia montada, después que descubrimos que agentes de las fuerzas armadas yanquis se introducían de noche al sitio en que residíamos en evidentes misiones de reconocimiento. Pero ahí no pararon. Cuatro veces intentaron asaltar la casa situada en un campo cercano al pueblo. La última vez, pudimos observar desde el anochecer las señas luminicas que se hacían los asaltantes desde los cerros cercanos, según iban descendiendo. Optamos por salir con nuestros hijos y algunos acompañantes, dejando guardia montada y las luces encendidas. Llegamos al pueblo a oscuras y a campo traviesa. Horas después se produjo el intento de asalto el cual fracasó porque la guardia, como en tres ocasiones anteriores, hizo replegarse al enemigo a tiros. La táctica enemiga era clara: querían asaltar por sorpresa, cada vez lo hacían por lado distinto y se retiraban cuando se les hacía fuego. Albizu Campos tenía que vivir con guardia montada día y noche.
El imperio sabía que estaba vencido políticamente. Albizu Campos había sido homenajeado por el estudiantado universitario repetidamente, había dirigido y ganado la huelga contra el monopolio eléctrico (Porto Rico Railway Light and Power Company) en 1933 y, con igual resultado, la huelga general azucarera de 1934. Con base en esta industria, la principal del país, fundó la central obrera denominada Asociación Nacional de Trabajadores de Puerto Rico. La juventud estudiantil, el pueblo y los obreros estaban a su lado. Los grupos políticos coloniales se encontraban en completo desprestigio debido a la campaña del Nacionalismo. El jefe de la policía, Coronel Riggs, había recibido órdenes de Washington para que arrestara a Albizu Campos durante el acto que el Nacionalismo habría de celebrar en el Teatro Municipal de San Juan, hoy llamado Teatro Tapia, el 19 de noviembre de 1935, para conmemorar el descubrimiento de Puerto Rico. Riggs contestó que no podría arrestar a Albizu Campos porque todo el pueblo estaba con él.
El 23 de febrero de 1936, dos patriotas atacaron al Coronel Riggs, Elías Beauchamp e Hiram Rosado. Beauchamp ultimó al asesino imperial que ocupaba el puesto de segundo jefe del servicio de inteligencia del imperio. Después de llevarlos arrestados al Cuartel General de la Policía en San Juan, los dos patriotas fueron asesinados mientras se les tenía detenidos. Se estima que la orden para asesinarlos fue dictada por el jefe del ejército interventor yanqui en Puerto Rico, Coronel Cole, ya que el gobernador, General Blanton Winship, otro asesino, no se encontraba en la capital. En la ciudad de Utuado se formó una manifestación de protesta por el asesinato de los patriotas y la policía asesinó allí al joven patriota Angel Mario Martínez e hirió a Luis Baldoni, el patriota que había descubierto en el Hospital Presbiteriano de San Juan, en diciembre de 1931, una carta manuscrita del Dr. Cornelius P. Rhoades, yanqui, en que confesaba que tenía en marcha un plan de exterminio de puertorriqueños transplantándoles cáncer. Rhoa-

des fue sacado del país y premiado con altas posiciones en Estados Unidos.

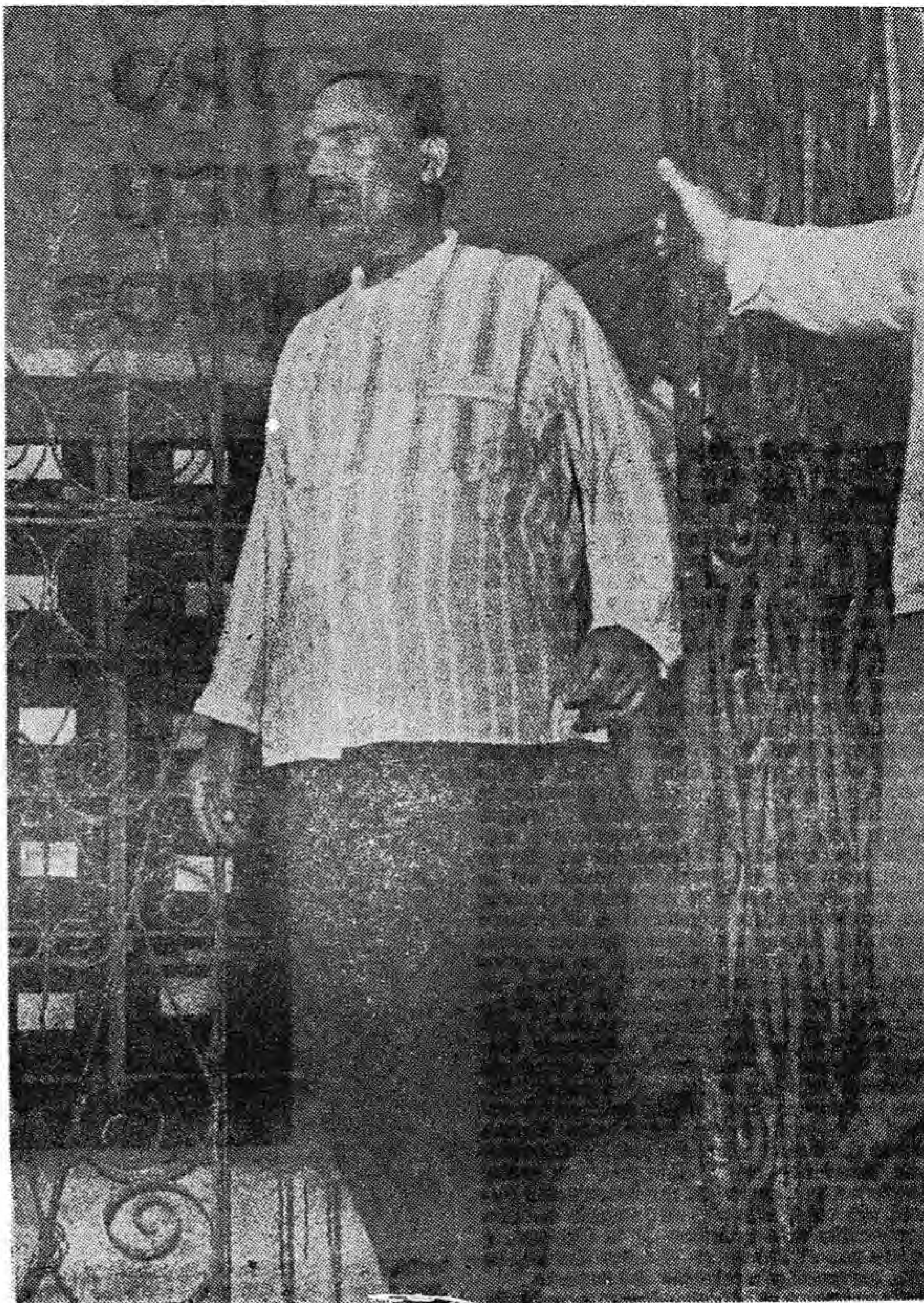
Estados Unidos lanzó un balón de ensayo en 1936: el Proyecto Tydings de independencia. El pueblo siguió la dirección del Nacionalismo: Convención Constituyente. Más de cuarenta de los setentisiete municipios del país celebraron cabildos abiertos arriando la bandera yanqui e izando la puertorriqueña en su lugar y pronunciándose por la convención constituyente... El General Blandon Winship, gobernador colonial, prohibió las reuniones públicas y acentuó el régimen terrorista. Había que hacer algo efectivo contra Albizu Campos, y se produjo su arresto proceso violento y encarcelamiento junto a otros dirigentes nacionalistas.

Cuando estaba preso en la Cárcel de la Princesa en San Juan, pendiente su caso de apelación, Albizu Campos me dijo que el imperio sabía lo que tenía entre manos, que lo habían arrestado a tiempo, "porque si me dejan seis meses más en la calle hubiera hecho la república".

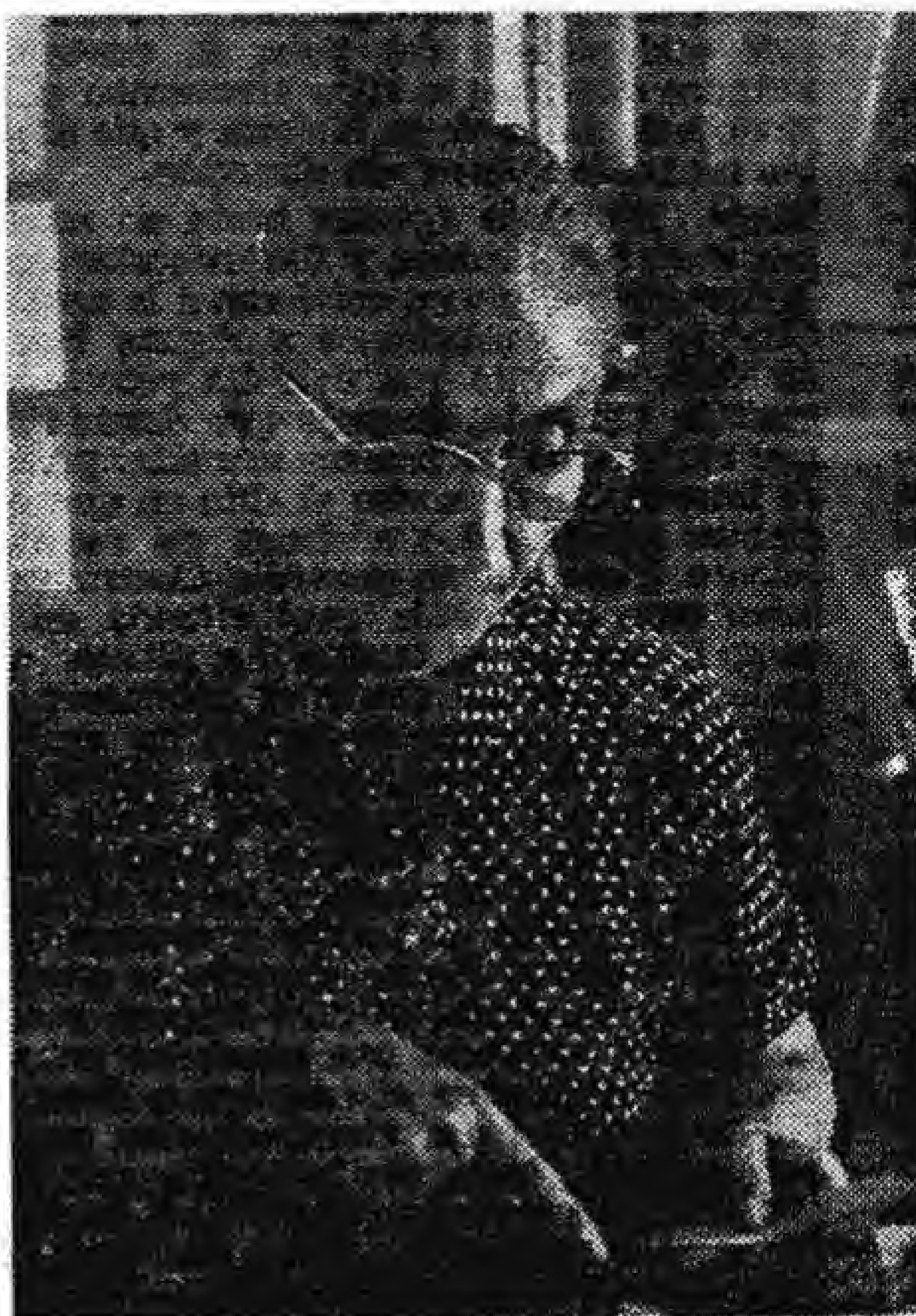
El primer jurado en el proceso no se puso de acuerdo y tuvieron que disolverlo para constituir otro. Los miembros puertorriqueños votaron a favor de los patriotas y los yanquis en contra. El muralista norteamericano Rockwell Kent declaró poco después en Estados Unidos que, estando en La Fortaleza, residencia del Gobernador Colonial en San Juan en una reunión social, un yanqui, alto funcionario de la Corte Federal donde se juzgaba a los patriotas, mostró al gobernador la lista del nuevo jurado que se había comprometido a votar por el encarcelamiento de los nacionalistas. Después de sentenciado a diez años de prisión en destierro —Penitenciaría de Atlanta, Georgia—, se le canceló a Albizu Campos la licencia de abogado.

Elmer Ellsworth, comerciante norteamericano residente en Puerto Rico y miembro del segundo jurado, manifestó luego que se había ejercido violencia contra los miembros del jurado y que a él lo habían amenazado con arruinarlo si no votaba en contra de Albizu Campos y sus compañeros. Se supo también que se asignó a los azucareros de Puerto Rico una cuota de un dólar por cada tonelada de azúcar que produjeran para crear un fondo de más de 800,000 mil dólares que se repartió en un bufete de San Juan para sobornar a personas que intervinieron en el proceso de los patriotas.

El pueblo contribuyó generosamente a la defensa. Hombres y mujeres dieron hasta prendas personales, valiosas y humildes, para èl fondo de defensa. Pero no cabe defensa legal cuando un imperio se dispone a agredir un movimiento libertador. Así fue entonces.







En el sentido moderno de la palabra, la lucha por la independencia de Puerto Rico comienza a principios del siglo XIX, con la conspiración de los hermanos Vizcarrondo. Por lo tanto, es parte del proceso bolivariano. Recuerdo este hecho para dejar establecido un criterio justo acerca de la lucha por la independencia. Cabe decir, que ésta se plantea en términos de proceso revolucionario. Excluye todo el proceso reformista, arma usada contra la independencia. Por lo tanto, este artículo se referirá al papel desempeñado por la mujer puertorriqueña en la lucha de su pueblo para conquistar su soberanía nacional.

El primer gran momento de la mujer revolucionaria en Puerto Rico se da en Lares. Es peculiaridad del historicismo burgués destacar personalidades con olvido sacrificial de los más. No se trata solamente del menosprecio generalizado hacia las masas populares. Es, además, el menosprecio de protagonistas del drama colectivo a favor del culto a una personalidad insigne. Tal es el caso del historicismo burgués con respecto a nuestra gesta del 23 de septiembre de 1868. La grande y sacrificada Mariana Bracetti sintetiza la heroicidad de la mujer puertorriqueña en la historia y en el mito. Ella merece el reconocimiento de la posteridad agradecida. Pero no estuvo sola. Si fue ella quien cosió la bandera de Lares —cuarteles blancos y rojos, como la dominicana; estrella como la chilena—, recuérdese que flotaron, entre Pezuela y Lares, entre Lares y El Pepino, varias banderas. Se sabe que Eduvigis Beauchamp cosió banderas. Mariana y Eduvigis, heroicas mujeres, madres verdaderas de la patria, eran esposas de hacendados. Son las joyas más preciadas del tesoro femenino del nacionalismo burgués de Puerto Rico en el Siglo XIX. Pero, ¿qué humildes manos trabajadoras campesinas cosieron la bandera roja tremolada en Lares, cosida a tiros en El Pepino? ¿Aquella bandera roja que dió motivo a Navazcuez para acusar de comunistas, de anarquistas y de socialistas a los insurrectos del 23 de septiembre? Más de una bandera de Lares —de las cosidas por Mariana, Eduvigis y otras mujeres—, han sido conservadas. ¿Qué fue de la bandera roja? Contra ella se cebó el fuego reaccionario, como el olvido reaccionario se ha cebado contra las humildes madres que perdieron sus hijos, las viudas y los huérfanos, "estela anónima de la noche de Lares", como ha dicho Juan Antonio Corretjer. Mirando hacia Lares —probado está que no es mirar atrás, que es mirar adelante—, las puertorriqueñas nos podemos sentir orgullosas de las antepasadas que nos fundaron una tradición heroica.

El segundo momento de extremo dramatismo en la lucha por la independencia se da en la década de los años treinta en este siglo. El periodismo de masas, a pesar de sus debilidades, de sus abanderamientos derechistas, y de sus inexactitudes, por las necesidades de su circulación en aquellos años de tan gran desarrollo del sentimiento nacionalista, nos salvó para la historia aquel gesto supremo de valor heroico, llevado a cabo con serena ternura maternal, en medio del fuego y bajo el plomo criminal del enemigo el 21 de marzo de 1937 en Ponce. Por lo menos en aquel momento Dominga Cruz Becerril, mayagüezana de la raza negra, trabajadora entonces de la industria de la aguja, recibió el reconocimiento público que después ingratamente se le ha silenciado. Ahora que los pintores puertorriqueños cultivan el tema patriótico, alguno debe pintar ese rescate de la bandera hecho heroicamente por Dominga Cruz Becerril, hecho individual el más singularmente hermoso aportado por la mujer puertorriqueña a la tradición nacional en este siglo. Las mujeres puertorriqueñas nos sentimos muy orgullosas de nuestra heroica hermana Dominga Cruz Becerril.

El tercer gran momento del drama insurreccional en Puerto Rico se da en 1950. El imperialismo provoca a los nacionalistas para liquidar su partido, y, como consecuencia, en diez lugares del país —tres en San Juan, uno en Santurce, uno en Utuado, otro en Jayuya, otro en Peñuelas, otro en Utuado, otro en Arecibo, otro en Ponce—, algunos nacionalistas se baten con policías y guardias nacionales. Jóvenes mujeres puertorriqueñas participan activamente en los encuentros. Defendiendo la casa en donde está Albizu Campos, es herida Doris Torresola, la cual, otra vez, en 1954, volverá a defender a su líder —esta vez enfermo de cama—, hasta la última bala. En la defensa de la casa de Albizu Campos participan también Carmín Pérez e Isabel Rosado.

Cabe señalar que en donde la acción nacionalista de 1950 cobra mayor sentido político es en Jayuya, porque es en Jayuya en donde los nacionalistas obtienen su único triunfo, y en donde el acto adquiere semblanza decimonónica de "grito" libertador. Allí, en Jayuya, la organización y mando tiene por centro a una mujer: Blanca Canales.

El 1º de marzo de 1954 un hecho de insólita audacia asombra al mundo. Un pequeño grupo de nacionalistas puertorriqueños, al mando del joven Rafael Cancel, ataca a tiros la Cámara de Representantes del Congreso Federal yanqui. Entre sus acompañantes figura Lolita Lebrón.

Uno puede no compartir los planteamientos políticos de los nacionalistas. Pero como puertorriqueña, y como revolucionaria, rindo honores a la bravura y abnegación de esas mujeres.

Blanca Canales, Doris Torresola, Carmín Pérez, Isabel Rosado, Lolita Lebrón, sufren largas sentencias de prisión. Doris está muy enferma: consecuencias del balazo que le atravesó el pulmón. ¿Por qué no se hace una campaña continental para que se libere a esas nobles y valientes puertorriqueñas? ¿Por qué no se requiere que a Doris Torresola se la traslade a un hospital, inmediatamente? Nuestras hermanas latinoamericanas, que tanto pueden, tienen ahora la ocasión de servir a esas heroicas puertorriqueñas.

IMPERIALISMO SINDICAL

POR PEDRO GRANT

George Meany, presidente de la AFL-CIO, ha declarado paladinamente que la Revolución cubana representa un peligro para toda la América. Nosotros, los obreros puertorriqueños, sabemos mejor que nadie por qué Meany se expresa en esa forma. La Revolución cubana representa al antídoto al abuso imperialista yanqui en toda América latina. Este abuso es mayor en Puerto Rico que en todo otro país latinoamericano, puesto que Puerto Rico es una colonia yanqui. Meany es un social-imperialista, un social-chauvinista, tan perro rabioso del imperialismo como cualquier jefe de batallón del Pentágono. El movimiento obrero yanqui que dirigen Meany y compañía bebe la sangre de los trabajadores latinoamericanos. Esto es especialmente cierto en Puerto Rico, en donde la jauría yanqui medra sin que se le puedan oponer siquiera las trabas del semicoloniaje de otras regiones latinoamericanas. Este es el corral colonial del movimiento obrero yanqui.

COLONIZACION SINDICAL

En la nueva ofensiva imperialista yanqui contra Puerto Rico, ahora en pleno apogeo, la AFL-CIO que dirige Meany es el aparato de control de las masas trabajadoras. Los agentes de las mal llamadas "Internacionales" yanquis en Puerto Rico, son anexionistas; predican el anexionismo, y hacen trabajo de zapa contra la independencia y la nacionalidad en la forma más descarada y grosera, mediante el soborno y el engaño. Por ello, en estos momentos en que el pueblo puertorriqueño se esfuerza angustiosamente por mostrar el perfil de su propia personalidad, el movimiento obrero padece la mayor tragedia que lo haya azotado en toda su historia.

Al amparo de colaboracionistas interesados desde adentro, las grandes Uniones "internacionales" norteamericanas han desarrollado una vasta y creciente campaña de penetración de nuestro predio sindical, enderezada a completar su dominio en las respectivas industrias y a constituir nuevas fuentes constantes de "per cápita".

El daño que están causando esas "Internacionales" con su invasión al movimiento obrero puertorriqueño, es incalculable y salta a la vista inmediatamente en muchos aspectos. En primer lugar, constituye una perversa tarea de deformación de la personalidad del trabajo organizado.

La infame campaña se realiza por intermedio de organizadores o representantes "internacionales" que operan insidiosamente en la sojuzgación de los líderes obreros puertorriqueños. Primero, marean a éstos pintándoles un rosado cuadro de perspectivas, en que la respectiva "Internacional" representa el "instrumento" insoslayable para la obra de reivindicación social de los trabajadores. Para ello, dicen contar con autoridad para invertir los inagotables recursos económicos de la "Internacional" en toda clase de lucha que los obreros tengan que librar. Y, como prueba de la generosidad de la "Internacional", el representante reconoce inmediatamente a un líder en el grupo, colocándolo en la nómina "internacional" con un salario semanal que le convierte en esclavo de la voluntad del organizador.

Con la ayuda del "líder" pagado, el organizador yanqui maneja en forma absoluta desde ese momento los asuntos de los trabajadores. La directiva local, al incorporarse los trabajadores en la "Internacional", se desbanda totalmente, disolviéndose con ella toda traza de autonomía, de personalidad y de representación del trabajo organizado puertorriqueño. Desde ese momento en adelante, los trabajadores confían toda su suerte en las manos del organizador yanqui, quien opera, no conforme a mandato alguno de los trabajadores, sino respondiendo a las órdenes que le dictan desde los Estados Unidos.

Cuando los trabajadorese, perdida así la directiva que constituía su medio de expresión, tratan de hacer oír su voz, se produce el caso patético de la Simmons Co., en que los obreros repudian el convenio patronal que les imponía la "Internacional", y al procurar hacer valer su derecho mediante una huelga legítima, fueron desplazados por la "Internacional", en contubernio con el patrono, al cabo de semanas tras semanas de resistencia heroica a la afrenta.

Las voces de protesta a la sangrante tragedia sindical puertorriqueña se disuelven en la anonimia que acarrea la propia disolución de la personalidad de nuestro movimiento obrero. Falta la voz que articule tanta voluntad dispersa y formule el inevitable pronunciamiento.

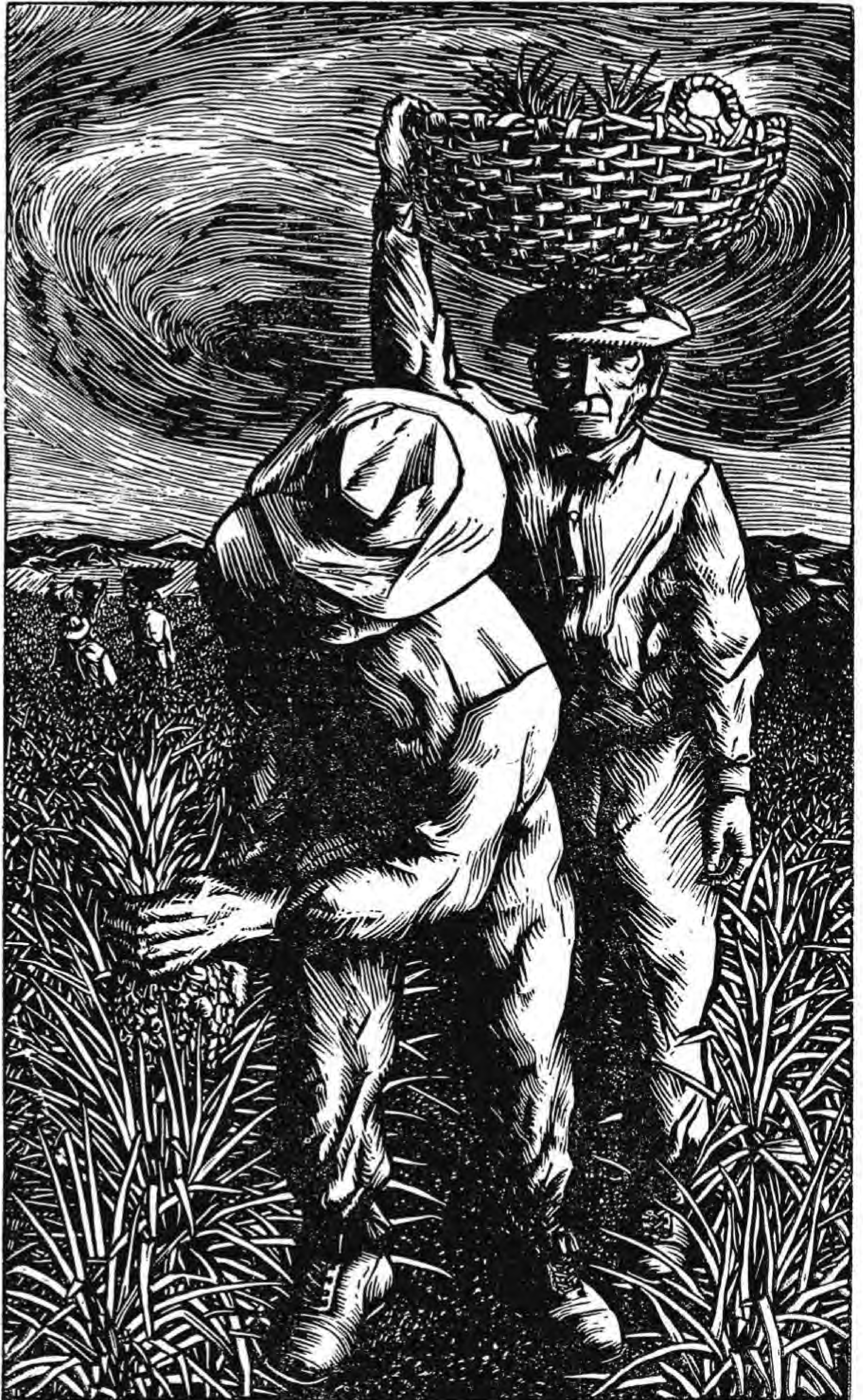
BUSCADORES DE ORO

Denunciamos la bochornosa explotación material y moral, de que es víctima la clase obrera puertorriqueña en manos de los líderes y las Uniones "internacionales" norteamericanas.

Estas Uniones obreras "internacionales" han venido a nuestro país movidas por la fiebre de oro sindical del nuevo orden económico que aquí está en gestación. Durante sesenta años no se preocuparon de nuestro destino. Nos miraron siempre con indiferencia. Pero ahora, que hay grandes potencialidades, invaden nuestro pueblo, con la desgracia de haber traído consigo las peores artes y las más degradantes mañas y prácticas de corrupción, de falsedades y de sobornos.

AMENAZA CONTRA LA ECONOMIA

Denunciamos la amenaza que para la economía y el desarrollo industrial del país representan en Puerto Rico las llamadas Uniones obreras "internacionales". Estas Uniones se proponen organizar y dominar a todos los trabajadores del país. El plan es que, una vez dominados y sometidos, a través de convenios colectivos y otros trabazones y entendidos, tanto la clase obrera como los pequeños industriales puertorriqueños, se convierten en una humanidad esclava, sujeta a las conveniencias del sindicalismo yanqui, aliado con el capital monopolista yanqui contra todo el pueblo de Puerto Rico.



¿SOMOS O NO SOMOS?

Los trabajadores puertorriqueños hemos llegado al punto en que tenemos que determinar si somos o no somos una clase con vida, con personalidad y con destino histórico propio.

O aceptamos cobardemente, para vergüenza de nuestros mayores y de nuestros hijos, que somos carne de explotación, tanto de los patronos como de los líderes 'internacionales", o afirmamos con valentía y decoro que la clase obrera puertorriqueña, como la clase obrera francesa, como la americana, como la cubana, tiene derechos y prerrogativas propias y, por tanto, no necesita estar pegada a las faldetas de ninguna de esas Uniones obreras yanquis.

Si somos, tenemos que tomar una posición clara y definida, sin hipocresías, sin temores, sin odios y sin servilismos. Una posición de lucha, militante y huelgaria, sin ataduras, sin componendas, ni contemplaciones a los efectos de lograr, sin riesgos para la economía del país, los más altos salarios y conquistas sociales que resistan la industria y los negocios de Puerto Rico, todo ello de acuerdo con nuestro criterio intelectual y moral.

ABSOLUTA INDEPENDENCIA FUNCIONAL

El movimiento obrero puertorriqueño debe ser estrictamente puertorriqueño, concebido de acuerdo con las necesidades y posibilidades de desarrollo agrícola e industrial de Puerto Rico. Para ser puertorriqueño, nuestro movimiento obrero precisa tener su propio liderato, como lo tuvo hasta que llegaron los organizadores "internacionales" con su incautos. Cada Unión puertorriqueña debe tener su propia directiva y propender a la constitución del organismo representativo nacional, compuesto también de líderes puertorriqueños sin más limitación a la independencia de su criterio que la que les imponga su función representativa.

RELACIONES CON EL SINDICALISMO NORTEAMERICANO

El objetivo de independencia funcional no significa que hemos de cortar totalmente nuestro vínculo con el movimiento obrero norteamericano. El espíritu sindical mismo, que se nutre de corrientes verdaderamente internacionales, excluye la posibilidad del total aislamiento, promoviendo en su lugar el contacto e intercambios y la cooperación.

Pero estos términos suponen la coexistencia de movimientos obreros iguales en dignidad y en respeto mutuo. No toleraremos relaciones de subordinación que tan perjudiciales efectos han surtido. Estaremos prestos siempre a la cooperación generosa con el trabajo organizado en todo el mundo.

INCOMPATIBILIDAD DE FUNCIONES

Para que nuestro movimiento obrero sea genuinamente libre, ha de estar libre su liderato de móviles extrasindicales. Los representantes o líderes obreros han de responder únicamente, en el desempeño de sus obligaciones sindicales, al mandato de sus representados. La aceptación de cualquier cargo público, bien por designación o por eleción en el régimen colonial, es incompatible con la ostentación de puesto alguno en el movimiento obrero.

NO MAS FRACCIONAMIENTO

Bajo el pretexto de la obediencia a pautas jurisdiccionales que ocasionalmente desaparecen ante la veracidad de tal o cual "Internacional", el movimiento obrero puertorriqueño ha venido fraccionándose criminalmente por la omnímoda voluntad de las Uniones "internacionales" y el mercenario colaboracionismo de algunos líderes puertorriqueños. El trabajador puertorriqueño, no ha podido cooperar con su hermano en desgracia porque uno y otro han estado internados en diferentes campos de concentración, cínicamente descritos como "zonas jurisdiccionales".

En nuestra campaña por la unificación del movimiento obrero puertorriqueño, no reconocemos zona alguna velada a la nueva siembra sindical que preconizamos. Tanto importará para nosotros un breve paro en una pequeña colonia cañera de Ponce como una huelga prolongada y cruenta en cualquiera poderosa industria de la capital.

Sólo así podrá crearse entre nosotros la espontánea y firme conciencia de la hermandad que necesita todo movimiento obrero para hacerse fuerte y respetable. No podrá haber representante "internacional" alguno que rompa nuestro abrazo fraternal.

NUESTRO DINERO, PARA LO NUESTRO

Los obreros siempre hemos mostrado un tradicional menosprecio por el dinero, lo que explica nuestra habitual generosidad. De ese menosprecio y de esa generosidad se aprovechan libremente las "internacionales", utilizando a manos llenas nuestra fuerza humana en abono de su afán de ganar víctimas para su tarea de aniquilamiento del trabajo organizado puertorriqueño y cargar con parte del fruto de nuestro sudor para engrosar los fondos "internacionales".

Esa fuerza humana y ese dinero deben orientarse al servicio de nuestros propios intereses. Los cientos de miles de dólares que anualmente emigran de Puerto Rico bajo la designación de "per cápita" no vuelven a nuestro suelo ni en servicios ni en medios de defensa huelgaria. Esos dineros podrían constituir en poco tiempo un fondo de huelga capaz de infundir respeto al más recalcitrante de los patronos insulares o extranjeros.

Además de la famosa alianza de la AFL-CIO, otra pandilla de facinerosos del degradado sindicalismo yanqui ha caído sobre Puerto Rico. Son Hoffa y los suyos. En Estados Unidos, ni Meany ni Dubinski han aguantado a Hoffa. En Puerto Rico la AFL-CIO y el Gobierno colonial le temen. La Unión de Hoffa es el igual de un club del Partido Estadista (anexionista). Ha sellado los labios del periódico "El Mundo", y está a punto de obligar al dueño de "El Imparcial" a vender su periódico a una empresa yanqui.

Meany, Dubinski, Paul Hall, Hoffa y sus congéneres son los perros de presa que el Pentágono azuza contra los trabajadores de Puerto Rico. El Pentágono, que ha transformado a nuestra patria en una base de operaciones de sus fuerzas armadas, necesita tener bajo el castigo de su fusta a nuestra clase obrera. Los líderes del sindicalismo yanqui son sus caporales. Ellos azotan el cuerpo obrero puertorriqueño. Graban las franjas de la bandera yanqui a latigazos en las espaldas de los trabajadores. Les hacen ver las estrellas yanquis a patadas de hambre en sus estómagos.

Esta injuriosa condición de vasallaje acabará. Tiene que acabar de cualquier modo. Un nuevo movimiento obrero saldrá a dar la batalla decisiva por su propia emancipación de clase, como vanguardia heroica del movimiento independizador.

PUERTO RICO LA MAXIMA PREOCUPACION LATINOAMERICANA

Coincidiendo con la apertura del Segundo Congreso Interamericano Pro Democracia y Libertad, el Movimiento Pro Independencia de Puerto Rico dió a la publicidad en Maracay, el sábado 23 de abril pasado, un documento en el que cuatro de las más prominentes figuras del mundo hispanoamericano exhortan a los factores conscientes de la América Latina a reclamar del Gobierno de Washington el más pronto reconocimiento de la independencia de Puerto Rico. El general Lázaro Cárdenas, expresidente de México y símbolo universal de la Revolución Mexicana; el doctor Juan José Arévalo, expresidente de Guatemala; el doctor José M. Velazco Ibarra, expresidente de Ecuador y el contralmirante Wolfgang Larrazábal, expresidente de la Junta de Gobierno de Venezuela, que restituyó el poder público en aquella república a manos del pueblo, empiezan afirmando en su histórica declaración que "Puerto Rico es la máxima preocupación latinoamericana", y aseguran que "el solo hecho de que se juegue con la idea de la anexión definitiva de Puerto Rico a Estados Unidos, como se ha hecho con Alaska y Hawaii, llena de inquietud y es una campana de alarma resonante en la conciencia latinoamericana".

El texto íntegro de la declaración, que fué publicado en la primera página del diario caraqueño "El Nacional" el domingo 24 de abril y transmitido a todo el mundo por las agencias de noticias es el siguiente:

"Puerto Rico es la máxima preocupación latinoamericana. Nosotros, quienes con el democrático mandato de nuestros pueblos, ejercimos la suprema magistratura en nuestros países, señalamos que la preocupación latinoamericana que es Puerto Rico se agrava en estos momentos de tensiones atómicas y de absorción en Estados Unidos.

La anexión definitiva de Alaska y Hawaii apremia a la solución del problema puertorriqueño. Por negación marca la pauta para su solución. Puerto Rico es una nación latinoamericana y su destino está definido y definitivamente unido a la comunidad latinoamericana de naciones. Todo el contexto que la rodea, geográfico, histórico y cultural, se mueve para indicar que el reconocimiento de su independencia y la organización de su soberanía son la clave de su futuro. Tal futuro debe hacerse presente cuanto antes.

Planteadas estas realidades, no hay que decir que el solo hecho de que se juegue con la idea de la anexión definitiva de Puerto Rico a Estados Unidos, como se ha hecho con Alaska y el Hawaii, llena de inquietud y es una campaña de alarma resonante en la conciencia latinoamericana. La organización de un estado de la unión federal norteamericana en el cuerpo latinoamericano no puede concebirse sino como un quiste intolerable. Creemos, sin embargo, que tal proyecto no puede ni siquiera merecer la más mínima atención de los responsables de la política estadounidense. Por el contrario, anticipamós que, con razones de peso mucho mayor, Washington se orientará a resolver el problema puertorriqueño con la misma orientación independizante con que resolvió el de Filipinas.

Por nuestra parte, movidos por nuestro deber, exhortamos a todos los factores conscientes de la América Latina a reclamar del Gobierno de Washington el más pronto reconocimiento de la independencia de Puerto Rico".

(Firmado) Lázaro Cárdenas, ex presidente de México. (Fdo). Juan José Arévalo, ex presidente de Guatemala. (Fdo) J. M. Velasco Ibarra, ex presidente de Ecuador. (Fdo). Wolfgang Larrazábal, ex presidente de Venezuela".

LA VOZ DEL CURA PATRIOTA

"Dicen que ellos han ofrecido la libertad a Puerto Rico, si Puerto Rico la pide. Nosotros decimos que no basta con ofrecer la libertad en un momento en que la voluntad del pueblo está atrofiada y las circunstancias son poco halagadoras para que prospere la libre determinación. Se hace necesario que esa nación no se comporte ahora como espectadora frente a un triste drama que ella misma tejió. La jugada sería obscura y de dudoso beneficio para ella misma".

REV. PADRE MARGARITO SANTIAGO,
Fundador de Cruzada Patriótica Cristiana

SOBRE EL PLEBISCITO

Personalmente, no creo en el plebiscito en el que no creen ni sus promoventes. Muñoz Marín ha dicho: "El Partido Popular Democrático, como lo ha dicho repetidas veces, no cree que un plebiscito es ni necesario ni conveniente, pero cree que los puertorriqueños que creen que es necesario y conveniente tienen derecho a iniciar el procedimiento plebiscitario". El resultado, cualquiera que fuere, no obliga al Congreso de Estados Unidos. No es más que una medida dilatoria, un intento para soslayar el insoslayable problema de lo que va a ser en definitiva Puerto Rico. La confusión que ha creado el Estado Libre Asociado ha disminuído las fuerzas del Partido Independentista y dado alas a los estadistas. La presión de los intereses creados es tan poderosa, y tan grande la confusión política, que sólo los de gran independencia de criterio, que son siempre los menos en todas partes, estarán en condiciones de votar con clara conciencia de lo que su voto implica.

En mi opinión —que aquí expreso en mi carácter de ciudadana particular— la única solución para Puerto Rico es la independencia. La estadidad es el suicidio de la nacionalidad puertorriqueña y el Estado Libre Asociado, una medida de transición que no resuelve nada y lo confunde todo.

San Juan de Puerto Rico, 17 de junio de 1960.

NILITA VIENTOS GASTON.

PROFECIA DEL SIGLO XX

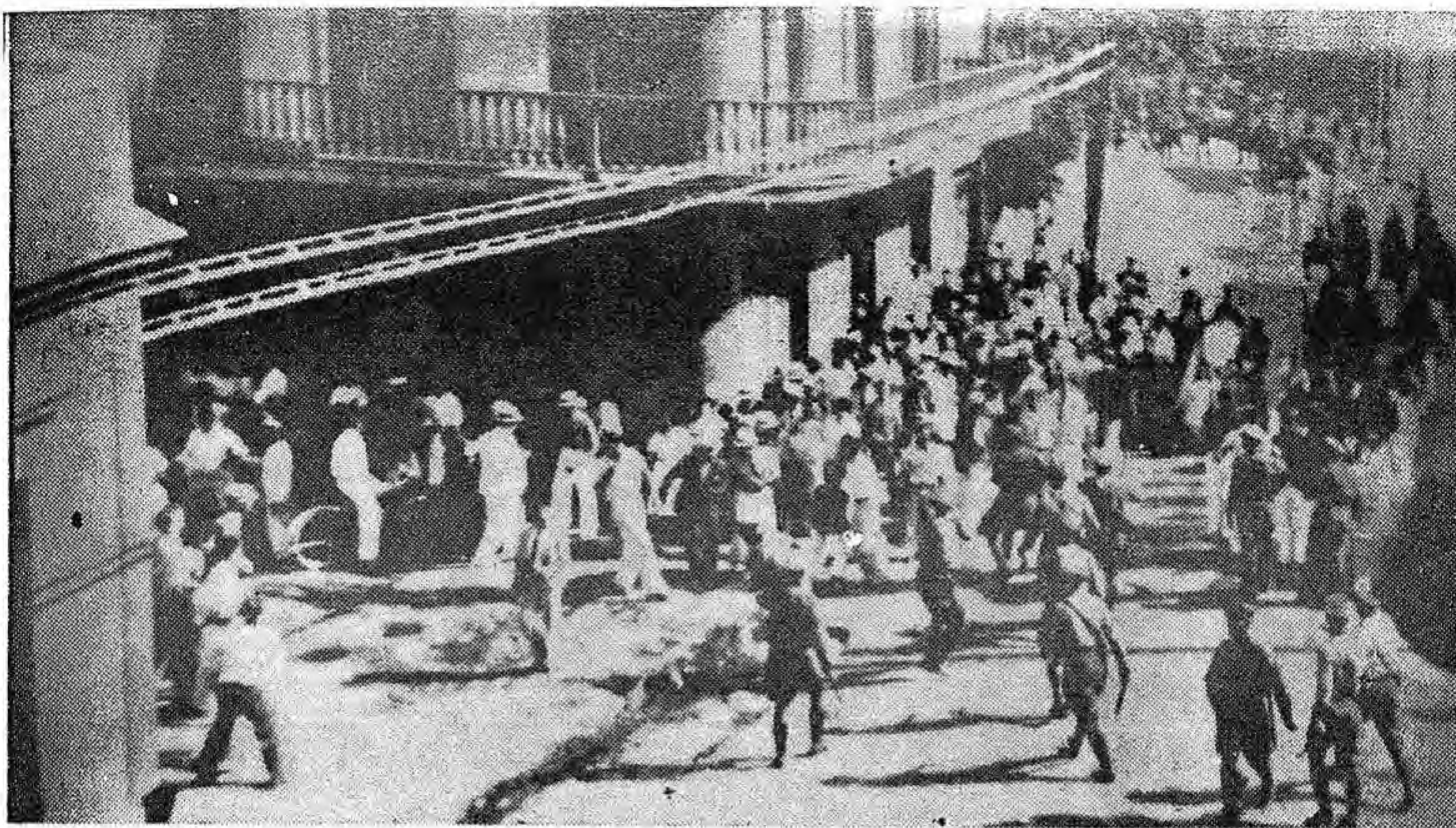
"La lucha por la libertad va probablemente a ser más complicada que lo que ha sido nunca; lucha íntima de los dos pueblos anglosajones por la libertad humana, habiéndola entendido bien para sí, la entendieron para los otros mal. La lucha en la cual se va a considerar si es verdadera libertad la que se reduce a la fábrica de un gobierno civil, exclusivamente fabricado por anglosajones para anglosajones, no por los hombres para los hombres todos".

EUGENIO MARIA DE HOSTOS.
30 de diciembre de 1899

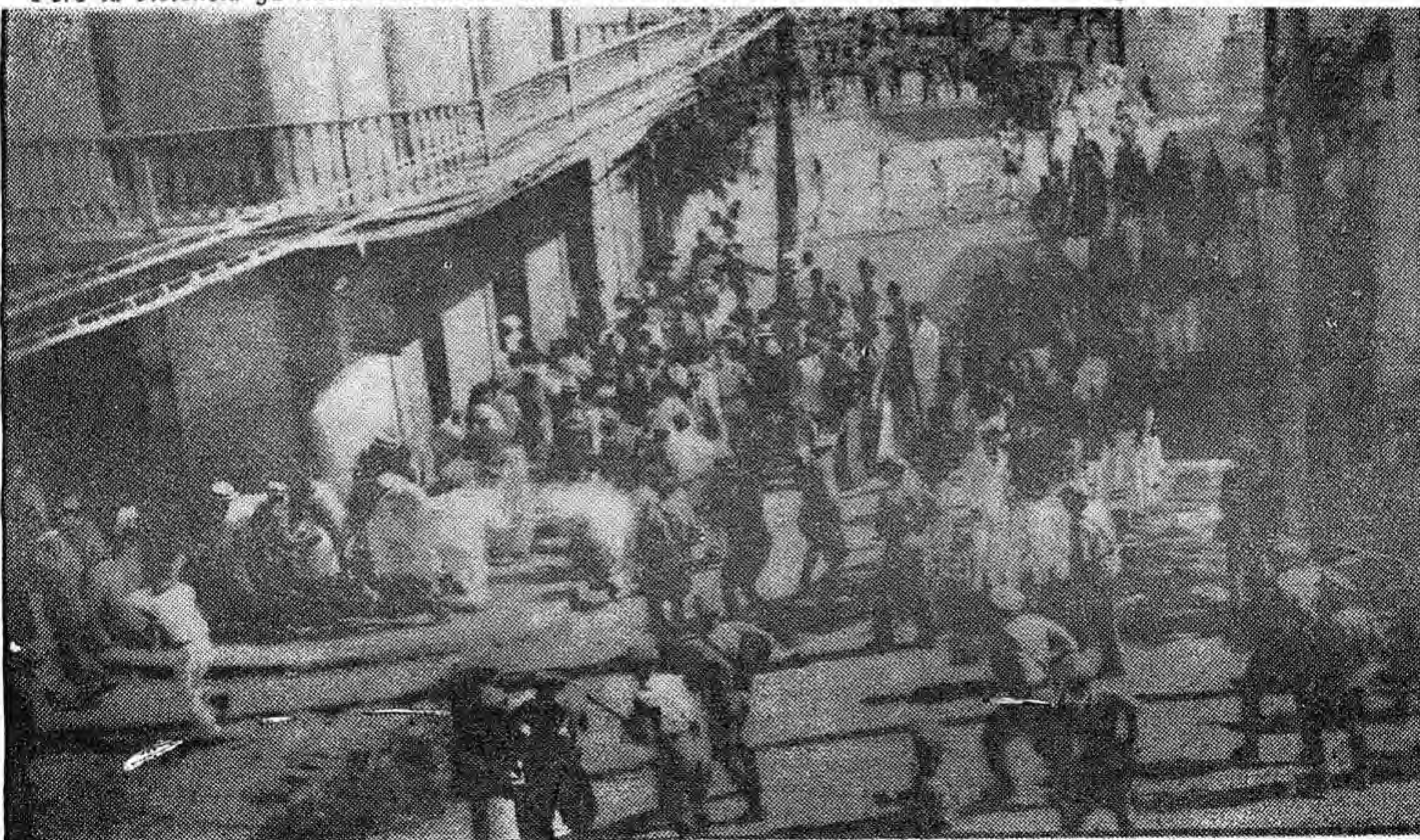


Para silenciar a Albizu Campos hicieron hablar los gases lacrimógenos.

EL TERROR ES UN ARMA DE SILENCIO



Pero la violencia ya había comenzado en la matanza de Ponce. Resultado: 20 muertos y 200 heridos.





El retrato de Martí en 1950 fue sacado de la casa como prueba acusatoria.



Durante la revolución de 1950 más de tres mil puertorriqueños fueron encarcelados...



...tanto los hombres, las mujeres, como los niños: todos eran enemigos peligrosos.

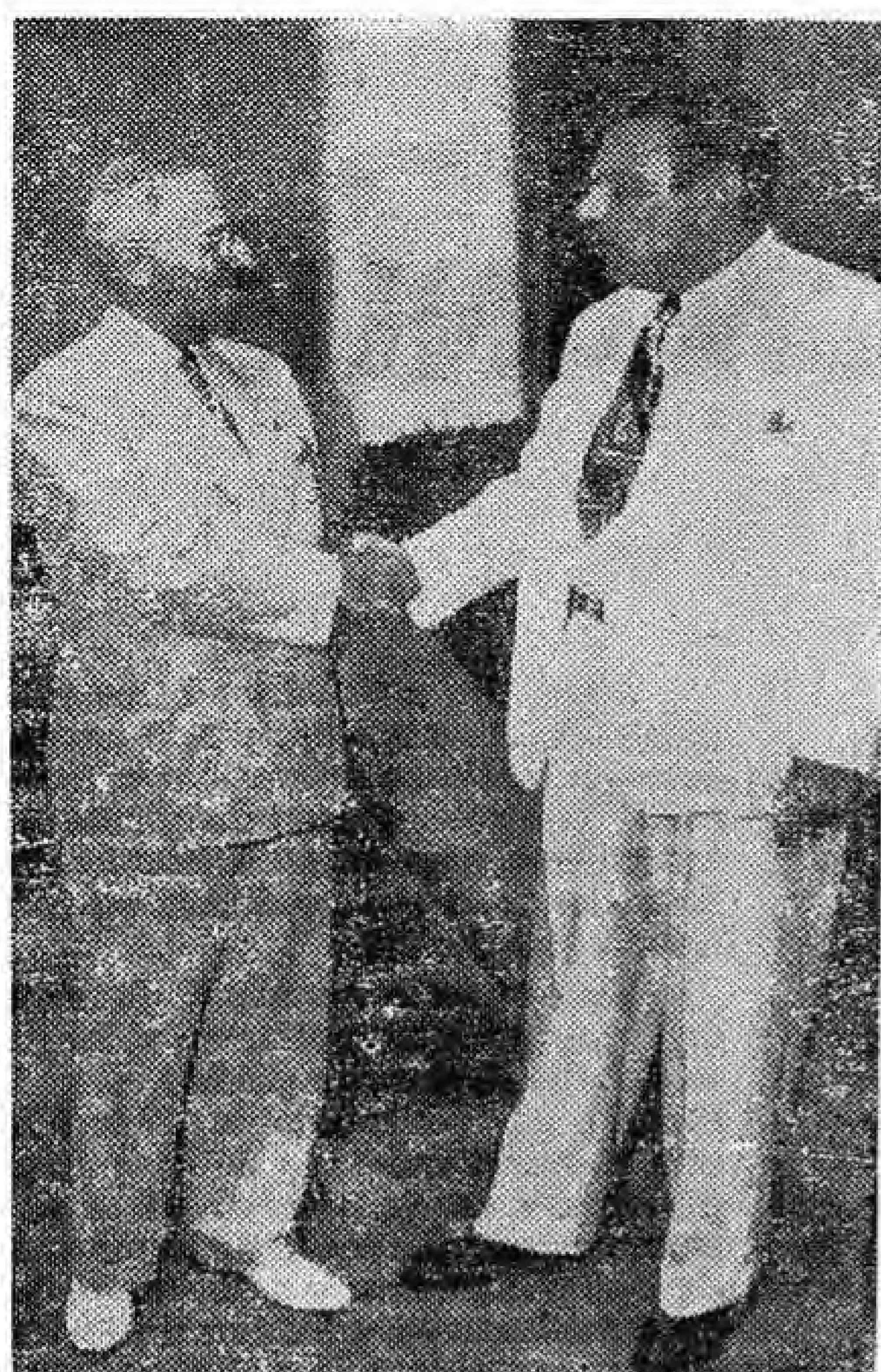


Entonces las fuerzas represivas de Estados Unidos hicieron un despliegue de violencia que escandalizó al mundo.



MUÑOZ MARINES

Nadie ha querido hacer un juego de palabras, porque no se trata precisamente de un juego: los "marines" (y aquellos a quienes imponen) no juegan jamás. Alguien —el pueblo, un jíbaro agobiado, un cubano alerta— bautizó así al hombre que traicionó a todo un pueblo a cambio de posiciones personales, de brillo vano, de cómoda habitación. Nunca antes la frase que dice que la cara es el espejo del alma fue tan certera: el lector no tiene más que mirar esta cara: ella es el turbio espejo del alma turbia de Luis Muñoz Marines.









AMIGO DE SUS AMIGOS



EL OBISPO MCMANUS

POR GABRIEL VICENTE MAURA



Me dirijo a usted no como católico, sino como Puertorriqueño, desde luego, dando a este gentilicio su más cabal y hondo significado. Tampoco quiero dirigirme a usted como Obispo, sino como Norteamericano, también dando a ese gentilicio su más cabal y hondo significado.

Esta carta responde al momento provocado por usted al terciar en el largo y doloroso debate de nuestro pueblo en su lucha centenaria por su soberanía. Usted ha tomado una posición del lado del asimilismo, o sea de la idea de que Puerto Rico se convierta en un estado federado de los Estados Unidos de Norte América y a la vez se ha declarado abiertamente enemigo de la independencia por considerarla peligrosa.

A mi juicio su posición en este angustioso debate es errónea. Completamente errónea. Errónea, no solo por las razones que diversas personas del país le han apuntado en la prensa de estos días, las cuales considero muy válidas, sino, además, por la razón que su condición de Norteamericano cabal (debo creer) le debió haber dictado.

A usted le cabe la felicidad de haber nacido en un país libre; de haberse educado en un país libre, por métodos encauzados por directrices de libertad; de haberse formado en un ambiente desde el hogar hasta la sociedad, ungido en los principios de soberanía, democracia y libertad. ¿No es así Monseñor McManus?

No tengo dudas que usted asiente y acepta con orgullo esas raíces que son nobles y dignas. Pero aquí deténgase a meditar. Para vivir a la altura de esas esencias usted tiene que pagar un precio. El imperativo de defender la causa de la dignidad del hombre que en términos de un pueblo se desglosa en soberanía, democracia y libertad.

Entiendo que su posición en este asunto, tan delicado como nervioso, de ser sana y limpia como tengo el deber de asumir, resulta en la negación de todo lo bello que esas esencias tienen y significan.

La posición única que le corresponde a usted, así como a cualquier norteamericano *cabal* que tenga el privilegio de vivir en esta tierra vejada por el coloniaje tiene que ser la de defender la independencia de Puerto Rico.

Si usted o cualquier norteamericano digno, quiere "tomar vela en esta rogativa" ha de tomarla para alumbrarles el camino a los puertorriqueños pobres de espíritu que viven en la obscuridad de la ignorancia de lo que es la soberanía como único fundamento para la democracia y la libertad.

Yo creo y vivo el pensamiento de Abraham Lincoln, de Patrick Henry, de Nathan Hale, de Benjamín Franklin y de Jorge Washington. ¿Y usted Monseñor McManus?

Yo beso con recogimiento las manos que hicieron la bandera de los Estados Unidos porque esas manos las movía un pensamiento de libertad y hacían en ese momento un símbolo de la dignidad del hombre. ¿Y usted Monseñor McManus?

Más tarde otros hombres en su pequeñez y mezquindad deleznables, cegados por ambiciones desmedidas, renegaron de aquellos padres —los padres de su patria de usted que yo respeto y admiro— se dieron a la triste tarea de embarcar a un pueblo tan bien nacido como el suyo en la aventura desgraciada del imperialismo. Esos mismos hombres escupieron aquellas manos y mancillaron aquel símbolo.

A esos hombres (¿) que usted conoce igual que yo, comoquiera que se llamen y dondequiera que estén, sea en Washington o en Wall Street, yo los repudio con todas las fuerzas de mi espíritu. ¿Y usted Monseñor McManus?

Debería bastar con lo dicho, sin tener

que entrar en el tema de la idea de la Estadidad. Lo considero a usted un hombre muy culto para creer que usted se refugie en la expresión tan manoseada como abusada de que con la estadidad los Puertorriqueños tendríamos soberanía, democracia y libertad, esto es, dignidad de pueblo. Usted sabe que no es así. Pero para otros que lean esta carta quiero añadir lo siguiente:

Teóricamente y sólo en lo jurídico esa idea es acertada siempre que se le limite al concepto de Puerto Rico *geográfico* y nada más. También en la abstracción de la mecánica política. En cuanto a Puerto Rico *humano*, esto es, como pueblo, cómo nacionalidad, como unidad creada por Dios, la idea de la estadidad como medio para lograr la soberanía, la democracia y la libertad, es definitivamente equivocada.

Para que Puerto Rico *humano* llegue a ser Estado de la Unión de Estados Unidos de Norteamérica, tiene que dejar de ser Puerto Rico *humano* y ser Puerto Rico *geográfico* solamente.

La dignidad de soberanía, democracia y libertad de Estados Unidos está basada en una unidad de varias cosas, idioma, costumbres, tradiciones, historia, cultura, pensamiento, etc: *una unidad de actitud frente a la vida colectiva.*

Puerto Rico también es una unidad de actitud frente a la vida colectiva. Una unidad de actitud bien definida y diferente a la Unidad de actitud de los integrantes de la Unión de Estados Norteamericanos incluyendo a Hawaii y a Alaska.

Para hacer una unidad de esas dos unidades diferentes una tiene que fundirse dentro de la otra. Y en el caso Puerto Rico—Estados Unidos. ¿Cuál usted cree que tendría que fundirse, asimilarse, diluirse? Sin duda la físicamente más pequeña de las dos: Puerto Rico.

¿No cree usted Monseñor McManus que entendiendo así esta verdad tan aplastante, pretender que o laborar por que Puerto Rico *humano* se funda, se asimile, se diluya, desaparezca en su suprema esencia, es negar a Dios?

Si no cuestionamos Su sabiduría, ¿acaso no debemos aceptar como bueno lo que El dispuso que fuéramos? Aquí nos echó El al mundo. Aquí debemos honrar su mandato. Niegan a Dios los que menosprecian esta patria que es como las demás, grande en sus bellezas espírituales, aunque algunos sólo la quieren ver con menosprecio su pequeñez física y su pobreza.

EL PADRE SANTIAGO

POR RENE MARQUES

Mediana estatura, frente muy despejada, sonrisa fácil, nada hay, a primera vista, en este joven sacerdote puertorriqueño que pueda parecer extraordinario, excepto quizás sus ojos. Son negros, vivos, inteligentes, penetrantes, de hombre que percibe de inmediato las realidades crudas de la vida. Por momentos, sin embargo, se transforman en ojos serenos, contemplativos, de poeta o visionario. Ellos dan la medida de esta personalidad compleja donde encuentran justo equilibrio el hombre de fe e ideales y el político realista.

Hijo de la montaña, jíbaro auténtico, el Padre Margarito Santiago pregona su origen campesino en la palidez de su tez y en su lenguaje. "Canta" su lengua, dulcificándola, y hay en su expresión abundancia de giros puertorriqueños no adulterados. Detrás de esta apariencia franca, abierta, simpática, se adivina, no obstante, la tenacidad inflexible del campesino. Y el uso frecuente de la ironía, ese relámpago burlón que anima en ocasiones sus ojos y sus palabras, tiene sin duda una raíz honda en la socarronería jíbara. Para redondear su imagen es preciso imaginárselo, no en sotana —prenda que rara vez usa—, sino en atuendo de obrero: pantalón y camisa kakis.

Sin fungir de erudito, puede hacerse entender en todos los círculos, no importa el nivel intelectual de éstos. Tiene, eso sí, mucho que reprocharles a los políticos (especialmente a los que sustentan su misma ideología) y no menos a los intelectuales. Ambos sectores puertorriqueños han fallado, a su vez, en ayudar al pueblo humilde en la comprensión del doloroso problema colonial de Puerto Rico. No es raro, por lo tanto, que ambos sectores sean a menudo objeto de su ironía. Pero puede también hacer un examen objetivo y certero de las razones por las cuales políticos e intelectuales puertorriqueños no han logrado tocar el corazón del pueblo para atraer a éste a la causa de la libertad.

—Son buenos puertorriqueños, claro —dice con suave sonrisa en una conversación casual con este escritor—. Muy bien intencionados. Pero se mueven en un círculo hermético. Hablan para sí mismos o para los iniciados. No saben hablar para el pueblo humilde. Y, desde luego, el pueblo humilde no los entiende. Ni los escucha, siquiera.

El pueblo humilde, sin embargo, escucha y entiende al Padre Margarito. Mientras los dos obispos norteamericanos en Puerto Rico y el clero extranjero a sus órdenes, utilizan a la Iglesia Católica como instrumento político de americanización, entreguismo y anexionismo, este montañés hace labor de buen sacerdote puertorriqueño, organizando entre los campesinos la Cruzada Patriótica Cristiana, fundada por él. Para frustración de la alta jerarquía católica norteamericana no hay en dicho movimiento nada sospechoso de cisma o herejía. El Padre Margarito intenta, sencillamente, hacer de sus feligreses mejores cristianos y mejores puertorriqueños. Pero sabe él que en el Puerto Rico colonial de hoy sólo hay una forma digna de ser buen puertorriqueño: sustentar el ideal de soberanía nacional.

Esto, que es ideal lógico y natural de todo pueblo cristiano está, no obstante, en conflicto con la orientación colonialista de la Iglesia Católica en Puerto Rico. Los jerarcas norteamericanos desataron pronto una campaña de persecución en contra del Padre Santiago. Su apostolado en el sacerdocio ha sido una odisea conocida ya de todo un sector del pueblo. Cuando resultaron inútiles las amonestaciones y amenazas, se le empezó a someter al castigo de los traslados y a una vigilancia estrecha y humillante. El cura puertorriqueño, ni se amilana ni se deja intimidar. Llega a cada nueva parroquia, se arremanga la sotana —o más literalmente, su camisa de obrero— y le mete el pecho al trabajo. En cada una de ellas y a las pocas semanas, ya hay organizado, casi diríamos que por milagro, un capítulo de la Cruzada Patriótica en manos de seglares.

Ultimamente los traslados se han hecho meteóricos (cuatro en el término de un año). Antes de las Navidades, monseñor Davis, obispo de San Juan, tuvo una idea que él creyó brillante. El sacerdote jíbaro ejercía su influencia entre feligreses humildes, campesinos mayormente. Si se le trasladara a la capital, a una parroquia burguesa y "sofisticada" (americanizada, en otras palabras), bajo la vigilancia directa del Obispado, su influencia, seguramente, quedaría neutralizada o anulada. Así fue cómo el Padre Margarito obtuvo, como castigo, un puesto subalterno en la muy burguesa parroquia de San Jorge, en el sector de Santurce. Todo parecía ir de acuerdo a lo previsto por Monseñor. Pero he aquí que se corre la voz de que el cura jíbaro, cuya personalidad está ya nimbada de leyenda, se encuentra en la capital. Y empiezan a acudir a él patriotas del área metropolitana. Antes de los tres meses, ya está el Padre Santiago nadando como el pez en el agua en círculos que no son precisamente jíbaros.

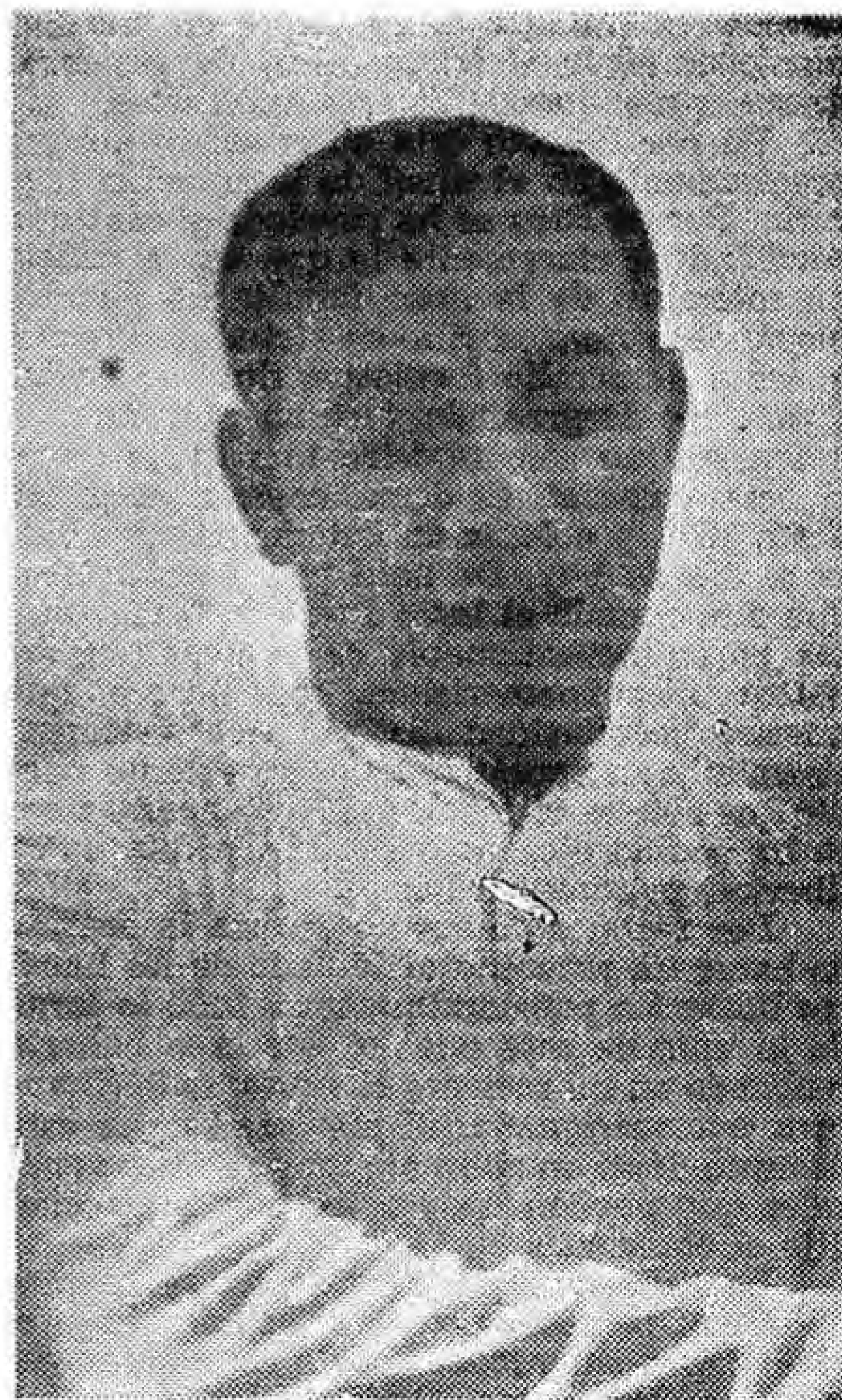
Exasperado, monseñor Davis ordena un nuevo traslado. Esta vez al lejano pueblecito de Quebradillas, en la costa norte. Al mes y pico de estadía y a pesar de la vigilancia constante de que es objeto, surgen en el pueblo y sus barrios rurales capítulos de la Cruzada Patriótica Cristiana.

¿Qué poder tiene este sacerdote puertorriqueño para ejercer tan noble influencia en el pueblo? El poder de la fe, sin duda. ¿Cuál es su doctrina, esa doctrina que prende vivamente en estratos sociales donde duchos políticos habían fracasado? Reproducimos del modesto folleto educativo de Cruzada Patriótica algunos párrafos que son síntesis de esa doctrina en la cual se traslucen la sencillez y el candor que siempre han abierto el corazón de los humildes:

> "Este es un movimiento cívico inspirado en nuestra doctrina católica. Es una hermandad que cree en Dios. Que cree en la dignidad del hombre hecho a imagen y semejanza de su Creador, con una vocación muy elevada y un sublime destino.
>
> "Entendemos que el hombre no debe esclavizar al otro hombre ni una nación, por grande que sea, debe esclavizar a otra nación, pues no es el destino de las naciones pequeñas inferior al de las grandes.
>
> "Cree este movimiento que Puerto Rico debe ser libre. Sin libertad no podemos elaborarnos un destino grande. No queremos la intervención de poderes extraños en Puerto Rico. Nos sentimos heridos en nuestra dignidad de pueblo y de individuos con esta intervención."

Pero quien crea que el Padre Margarito hace honor a su nombre siendo ingenuo, tendrá que rectificar de inmediato. Su sentido realista de la situación política se revela en las siguientes palabras tomadas del folleto antes mencionado:

> "El ansia de un pueblo por su libertad, no tiene que estar en pugna con el espíritu de comprensión y amistad sincera hacia otras naciones. Dice el refrán: **Las cuentas claras conservan amistades.** Este pueblo, lo que quiere es que se le dedique un capítulo a cada cosa. Que no se mezcle, miserablemente, lo que es interés con lo que es amistad. Si se mezcla lo que es interés con lo que es amistad, lo que sucederá, a la larga, será que saldrá perdiendo la amistad, que es la que no debería nunca perder. La nación que interviene al presente en nuestros asuntos está muy necesitada de la amistad, de la simpatía del mundo. Alguien dijo que ese pueblo era **el galán eternamente despreciado.** Parece un contrasentido que la nación más rica en bienes materiales sea, al mismo tiempo, la más huérfana de legítimas simpatías.
>
> "Desgraciadamente, esa nación tan pobremente equipada con armas espirituales, es la que dice llevar en el mundo la bandera de la libertad, siendo la libertad algo espiritual. En Puerto Rico tiene esa nación una magnífica oportunidad de demostrarle al mundo que ella está preparada y resuelta a defender, sin titubeos, la legítima libertad de las naciones."



En el confuso panorama colonial del Puerto Rico de hoy, el Padre Margarito Santiago es luz esperanzadora. Su voz pura, su fe inquebrantable, su tenaz patriotismo, su espíritu de sacrificio, el imán de su personalidad, el prestigio de sus actos limpios están logrando lo que no han logrado, entre las masas, ni la retórica convencional, los estereotipos demagógicos y los gestos grandilocuentes de los políticos, ni la embrollada dialéctica de los intelectuales: atraer a los humildes hacia la causa de la libertad. Si México tuvo su cura Hidalgo, Puerto Rico cuenta con su Padre Santiago. Tiene ya sin duda el sacerdote puertorriqueño un lugar seguro y destacado en la historia libertaria de nuestra América.

La trinchera de nuestra libertad

POR F. MANRIQUE CABRERA

La más elemental ojeada a la historia de la literatura puertorriqueña pondrá siempre de manifiesto que, sin excepción, lo que ha sacudido hasta sus más hondos cimientos las voces preclaras de esta tierra ha sido nuestro desgarrador drama de pueblo sojuzgado. En las esferas de la palabra creadora se ha planteado continua y constantemente el auténtico sentir de pueblo adentro. Frente a esta unanimidad limpia y clara de escritores y poetas, denunciadora siempre, hemos sufrido con persistencia amarga un radical escamoteo del dolor isleño por parte de todos los políticos de oficio. De un lado, pues, las voces egregias de la libertad, y de otro los chirridos de una politiquera chatarra colonial. De ahí que la historia de nuestras letras sea la que verdaderamente encarne la autenticidad puertorriqueña. No esa otra "historia" política de los últimos tiempos que en muchas ocasiones sirve el triste oficio de poner al desnudo menguadas listezas servilistas.

Va por delante esta observación porque precisamente en el nivel de la creación literaria, Puerto Rico se ha revelado y continúa revelándose claramente lo que *es*, a saber: un miembro de la gran familia de pueblos hispanoamericanos. Ello en virtud de sus orígenes y desarrollo formativo durante varios siglos. Su desgraciada fortuna política. Sin embargo, tan sólo registra una doble experiencia colonial, es decir, colonia española hasta 1898, y colonia de Estados Unidos hasta el día de hoy. De aquí podrá entenderse que aun cuando el logro literario boriquense sea parte incuestionable de la aventura artística hispanoamericana, tal parece que nuestra peculiaridad distintiva consiste precisamente en vocear la amargura de un pueblo que aun en el sentido más elemental nunca ha podido ejercitarse en el disfrute de su libertad política verdadera.

Por razones obvias no es ésta la ocasión de hacer un recuento articulado de los haberes literarios puertorriqueños a todo lo largo de la vida de este pueblo. Eso creo haberlo realizado en mi reciente *Historia de la literatura puertorriqueña*. Sí me interesa en este instante dejar en claro algunos apuntes generales que puedan apoyar la tesis que recién dije al comenzar.

La literatura puertorriqueña se hermana en sus orígenes con la de los demás pueblos hispanoamericanos, y de común con éstos tiene los viejos cronistas de Indias, las *Cartas* y *Relaciones* que siguen, puesto que en dichas manifestaciones primordiales la palabra cobra dimensión poética al registrar no sólo los escuetos datos sino también el asombro con que aquellos hombres estrenaban la experiencia americana. Fue precisamente la lengua —que al cerrar el siglo XV había alcanzado buena madurez— al iniciar el abordaje del hecho americano, maravilloso y múltiple, la que sufre una decisiva transformación para poder dar testimonio del gran hallazgo de las nuevas tierras. La lengua se amplía, se equipa con voces nuevas, en fin, se ensancha para poder así asimilarse los vastos y variadísimos paisajes, con mares, ríos y montañas, casi sin cuento, vírgenes para el hombre europeo. La lengua, quiero decir, la espada poética, fue la primera gran conquistadora.

La vida colonial temprana de las islas —sobre todo la boriqueña— fue en lo cultural dura y precaria. Quedaron las islas sombreadas de olvido por la atención avasallante que reciben los casi fantásticos descubrimientos de Tierra Firme. Este casi olvido tiene, sin embargo, dos caras como los viejos dioses. De un lado ofrece saldos de abandono, pero del otro da margen a que en nuestra tierra adentro (hinterland) vaya naciendo, en medio de acosos y precariedades la *criatura nueva:* el criollo isleño.



F. Manrique Cabrera

Noticias anticipadas de esta criatura nueva nos llegan a mediados del siglo XVII por voz del canónigo puertorriqueño Diego Torres Vargas. Y hacia finales del siguiente siglo (1788) vía la admirable *Historia* Geográfica, Civil, y Política de la isla... de Fray Iñigo Abbad, ya tenemos estampas morales y hasta físicas de esa nueva criatura o criollo en quien se manifiesta ya, afirmándose frente al español, como alguien nuevo, el personaje en que reposará un nuevo pueblo.

La primeriza voz poética de este pueblo así nacido se vuelca en la palabra oral y ello explica el rico y variado folklore que aún pervive, producto de la aclimatación y el refraseo de hermosas herencias que habían tomado tierra.

La imprenta nos viene tarde (1806) y con ello las posibilidades de laboreo cultural de rango y permanencia. Después de tempranos tanteos durante la primera mitad del siglo XIX, Manuel Alonso con *El Gíbaro* (1849) nos da nuestro primer clásico. Su primer "tomo" es un tapiz donde asoma con emoción y gracia el alma colectiva viviendo su costumbre más propia. El "tomo" segundo, algo posterior, es sátira socio-política de enjundia.

Ya en el mismo corazón de la centuria Daniel Rivera, poeta ponceño será perseguido por su *Agüeybana el Bravo*, y verá la luz en París una breve novelita de corte simbólico y acento romántico, *La virgen de Borinquen*, cuyo joven autor, Ramón Emeterio Betances, ha de ser el patriota revolucionario puertorriqueño por antonomasia. Poco después (1863) la figura majestuosa y apostólica de Eugenio María de Hostos se estrenará con *La Peregrinación de Bayoán*, novela indianista, precursora de su ideario antillano y anticipo de ese magno "acontecimiento de América" como lo llamará Mauricio Magdaleno.

En pleno romanticismo isleño un egregio lírico de entonces, José Gautier Benítez, hará que sea su patria el tema central de sus desvelos, y precisamente *El Canto A Puerto Rico*, es el más logrado y maduro de cuantos poemas escribieron. Por los mismos años Tapia y Rivera, y Brau acosados por la censura y las persecusiones políticas al igual que todos los demás, llevan a la escena o a la página escrita, en general, asuntos aparentemente lejanos en el tiempo y el espacio, y que nos resultan ser a veces réplicas claras de lo que en el solar andaba ardiendo.

La corriente nativista o criolla alumbra-



César Andreu Iglesias

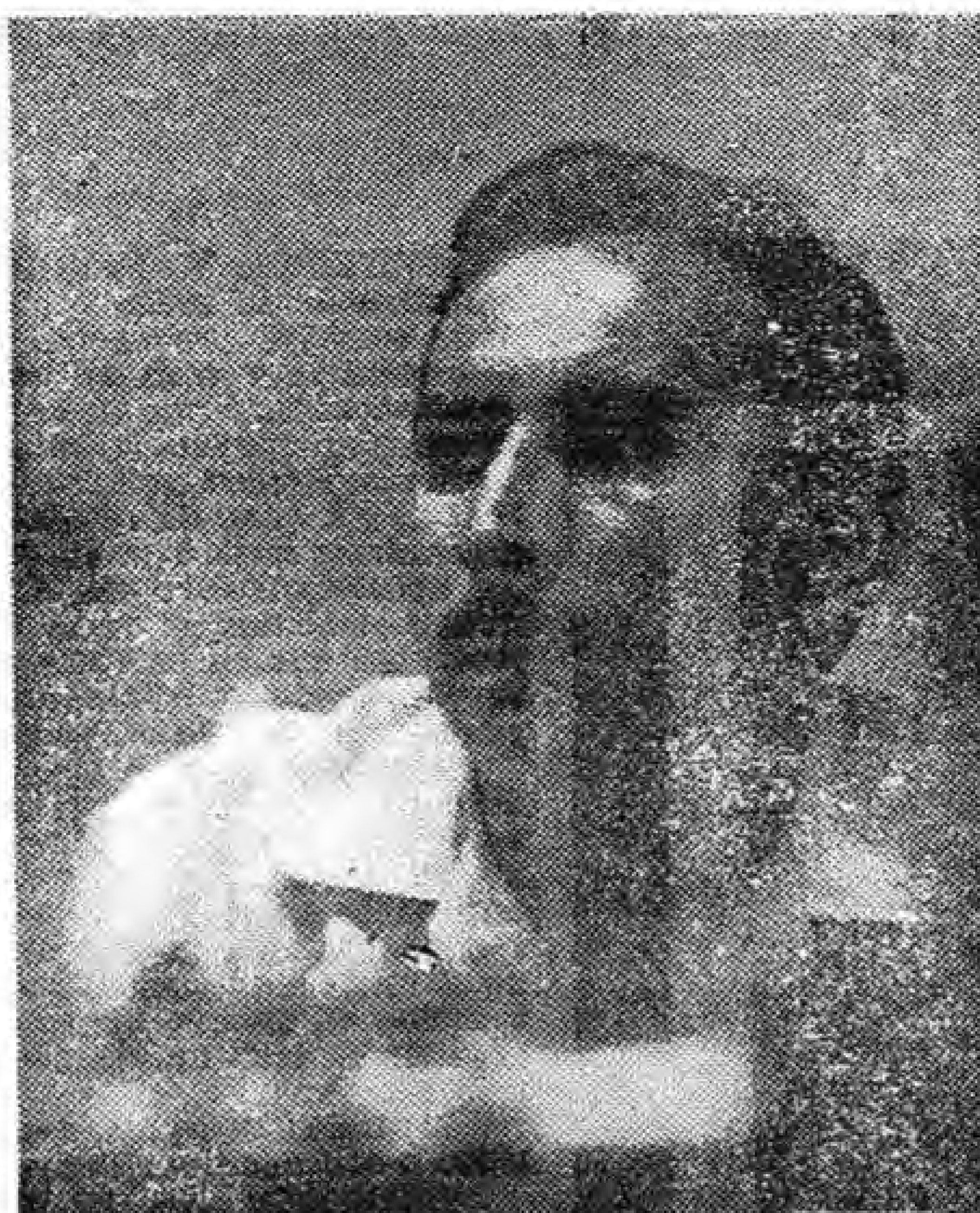
da por Alonso se recrudece en la década de los ochentas porque acompasa un vigoroso autonomismo que va derecho a lo suyo. El en sayo (Brau, Del Valle Atiles) y la estampa (Fernández Juncos) al igual que el teatrc (Méndez Quiñones) perfilan admirables rumbos de afirmación puertorriqueña con fuertes contenidos de mensaje social. Cierra el siglo la espléndida novela de Zeno Gandía que emplazada en perspectiva naturalista pone descarnadamente de relieve la dureza amarga de nuestra condición colonial en *La Charca* (1894) y *Garduña* (1896).

Entonces vino el trauma, el doloroso desgarre, la violencia imprevista de 1898. Eran precisamente los tiempos en que la lengua poética renovaba su decir en el amplio imperio de la lengua. Acá en la ínsula, otra cosa andaba en marcha. Nuestro problema era justamente mucho más duro. *Ser o no ser* era el dilema. *¿Qué será de nosotros?* era la pregunta que asomaba en todos los labios. Habíamos sido víctimas en realidad de un atraco insospechado. Al puertorriqueño se le invita con colorines a una fiesta de libertad que resultó ser —¡paradoja máxima!— su nueva esclavitud. Betances y Hostos, próximos a la tumba nada pudieron hacer sino denunciar tal escenario.

Por eso en materia literaria aproximadamente los diez años que siguen a la burla trágica acusan un amargo vacío. Se explica así que el modernismo puertorriqueño en realidad nos llegue a la hora en que se inicia la segunda década del siglo, vale decir, cuando un poco va de retirada en otros países. José de Diego, caballero de la palabra poética, hará vibrar su verso con emoción impar en defensa de lo entrañable propio como fue su patria y su bandera. Precursor del modernismo a pesar de negarlo alguno vez, afirmaba que los pueblos carentes de libertad no podían malgastar sus energías en regodeos esteticistas con palabras.

Durante la segunda década del siglo XX, se produce casi como milagrosa eclosión el modernismo boriquense con oro de la mejor ley: Luis Lloréns Torres, Antonio Pérez Pierret, Antonio Nicolás Blanco, José de Jesús Estevez, José P. H. Hernández y Virgilio Dávila en la poesía; y Miguel Meléndez Muñoz, Miguel Guerra Mondragón, y sobre todo el travieso y hondo Nemesio Canales en la prosa. Estas figuras con otras que no cabe nombrar son vigorosa respuesta al vacío del trauma. Levantan sus poderosas voces y cierran en el orden literario cultural las mil y una zozobras y perplejidades que había creado alma ãdentro la invasión. Esforzados creadores volvían por lo suyo y reaccionaban con encendido vigor frente al desconcierto que había producido el alevoso golpe de 1898. Si los políticos de aquella hora hubiesen hecho lo mismo otro sería el cantar presente. Pero no lo hicieron entonces como continúan no haciéndolo aún hoy.

Puertorriqueños de alta estirpe afirmativa son también dos jóvenes que rompen sus primeras lanzas líricas dentro del modernismo pero que cuando este movimiento inicia su retirada continuará creciendo con el siglo hasta darnos los mejores frutos de su rica vendimia y son: Evaristo Ribera Chevremont, alma revisionista y siempre abierto a nuevos horizontes, y el gran Luis



Pedro Juan Soto



René Marqués

Palés Matos, embajador mayor de Puerto Rico en la corte de la madre poesía. Los poemas negros de Palés, entre otras creaciones suyas han explorado secretos rincones de la aventura lírica en la lengua.

La década del veinte atestigua nuevos rumbos y virajes nuevos. La descomposición política espiritual del país quedó recogida en una obra solo conocida a través de las ediciones sabatinas del viejo *Imparcial* en el año 1925. Me refiero a *Redentores* última novela completa de Manuel Zeno Gandía.

De otra parte la urisis con que se estrena la década siguiente se acompasa con anhelos de renovación poética al par que estremece el cotarro isleño el verbo fulminante de Don Pedro Albizu Campos. Estos y otros hechos anejos dieron la tónica a una nueva generación. Dicha generación asume una militancia espiritual que asombra. Toma conciencia de nuestro problema de pueblo roto en su destino y avanza reflexivamente hacia una exploración de los elementos perturbadores. Se pregunta por nuestras raíces, nuestro ser y nuestro camino auténtico. En realidad aquella toma de conciencia se da vía géneros diversos. En el ensayo con *Insularismo* de Pedreira, *Prontuario histórico* de Tomás Blanco, y de investigación de parejo orden. Asoma en estallido lírico, al tiempo que pone en relieve voces señeras como Graciany Miranda, Julia de Burgos, José A. Corretjer, Hernández Aquino, Carmen Alicia Cadilla, F. Matos Paoli, etc.

La novela halla eco en la pluma empeñosa de Enrique A. Laguerre. La crítica literaria y el ensayo lírico nos ofrecen haberes de rango con Margot Arce, Conchita Meléndez, Tomás Blanco, José A. Balseiro, María Teresa Babín... Incluso el cuento levanta vuelos con el brioso estilo de Emilio S. Belaval.

Esta generación del treinta real y efectivamente cuajó en el pueblo adentro nobles aspiraciones, rumbos afirmativos y espíritu revolucionario que hacia 1940 triunfa en las urnas con un programa que rubrica el lema de *Pan, tierra* y *Libertad*.

Ya casi en vísperas de las realizaciones correspondientes volvió de nuevo el clásico escamoteo que ha degenerado en abierta traición politiquera. Desde el adentro del ámbito oficial tan sólo fluye hoy un conformismo estreguista y doloroso. La "nueva" fórmula política fue llamada por un escritor conservador cubano "la sublimación del conformismo". Servilismo aeredinámico y exhibicionista diríamos nosotros. Lenta y sistemáticamente se ha ido fusilando desde adentro nuestro sentido de pueblo para ir auspiciando en su lugar una amorfa muchedumbre.

Y no obstante todo, otra generación de esforzados literatos y artistas, de espaldas a la pared, tremolan con singular bravura su palabra poética, el color y las formas para dar testimonio de su patria y su pueblo, ahora más que en ningún otro momento ante el peligro de un implacable acoso, víctima de esas armas casi invisibles y supereficaces que dejan rastro de sangre mártir.

Vaya pues en esta hora negra, nuestro homenaje, y el tributo de nuestra admiración emocionada, muy especialmente a los valientes jóvenes escritores del *Club del Libro*, dignos representantes de la presente hornada que mantiene en condiciones muy adversas, el acierto secular de nuestra diáfana historia literaria, frente al yerro y traición continuos de los arquitectos de nuestra historieta política. Para la obra *Terrazo* de Abelardo Díaz Alfaro, para José Luis González, cuentista y estudioso de las letras, para César Andreu Iglesias, buen novelista recién estrenado y probado periodista, y sobre todo para René Marqués, voz capitana, gran dramaturgo, excelente cuentista, ensayista, novelista; para Pedro Juan Soto, admirable cuentista, novelista y dramaturgo; Emelio Díaz Valcárcel cuentista de fibra y novelista, y otros de la misma cepa y sangre, nuestro entusiasta aplauso.

Río Piedras, Puerto Rico
a 6 de junio de 1960



Juan Antonio Corretjer.





CERVONI: El Arte de Puerto Rico cada vez se está haciendo más representativo de la lucha por la Independencia. Hace apenas unos años, vamos a decir en 1955, unos pocos artistas solamente encaraban el problema de lo que nosotros hemos dado en llamar la Pintura Patriótica, sin embargo, actualmente podríamos decir que el 80 por ciento de los pintores de Puerto Rico están haciendo pinturas revolucionarias, patrióticas y en muchos sentidos la pintura lleva un mensaje sobre nuestra lucha, una protesta sobre el sistema colonial en Puerto Rico, y un grito de rebeldía sobre la tiranía que nos está cubriendo desde hace muchísimos años aquí en Puerto Rico.

MODERADOR: Ud. dijo que el arte se hacía cada vez más puertorriqueño, más representativo de la libertad, a mí me interesa saber, porque éste es un problema que se enfrenta en muchos lugares, si el arte del que Ud. habla de verdad tiene una influencia sobre el pueblo, si llega de una forma efectiva a ese pueblo que Uds. lo dirigen.

CERVONI: Sí el arte que estamos haciendo ahora llega al pueblo a través de muchísimos medios, sobre todo el más importante el de las exposiciones, tenemos organizado un número de exposiciones que van rotando por la Isla, van a los distintos pueblos de Puerto Rico y la finalidad es que eventualmente se puedan ir a todos los campos de la Isla, para que el mayor número de puertorriqueños se compenetre de la realidad que existe en Puerto Rico, además de lo que ellos pueden intuir y saber, a través del grupo de grabadores que tenemos en Puerto Rico; siendo ésta una gran labor por la independencia, el grabado es fácil de reproducir y llega con más facilidad que la pintura a sitios más remotos.

MODERADOR: ¿Estas exposiciones son oficiadas por el Estado Libre Asociado o son manifestaciones particulares de Uds.?

CERVONI: No, en ningún momento las auspicia el Estado Libre Asociado, son manifestaciones particulares de nosotros y el Movimiento Pro-Independencia de Puerto Rico nos auspicia actualmente dos Exposiciones Patrióticas que están rodando por la Isla.

MARTINO: Mi aportación en la conversación de hoy, quisiera hacerla clarificando ciertos conceptos de nuestra historia política reciente. En relación con el movimiento de la pintura y de las Artes Gráficas Contemporáneas Puertorriqueñas, en Puerto Rico se produce primero la gestión política y libertadora del Partido Nacionalista en los años 30 y luego viene un período alrededor de 20 años, hasta que empieza esa gesta del Partido Nacionalista a florecer en el Arte tanto pictórico como en la plástica, tanto como en nuestra Literatura. Empieza a surgir la Literatura Nacional, empieza a surgir el Arte Nacional. En el 1950 nace en Puerto Rico un grupo que viene a tratar de recoger toda esa herencia y plasmarla en sus grabados y en sus cuadros, como muy bien dijo el compañero Cervoni, es en esta última década que aflora en la plástica con vigor, con fuerza avasallante el Arte Patriótico, propiamente dicho, Patriótico tanto en el sentido sentimental como evocativo, como en el sentido de agitación y de impulso hacia adelante. Los artistas se movilizan, movilizan sus pinceles y movilizan sus buriles para ponerlos al servicio de la causa de la independencia de nuestro país, en contra de todas las fuerzas asimilistas que toman auge en esta última década en Puerto Rico. El compañero Homar quizás puede hablar sobre la gestión que realizó en Puerto Rico, en el 1950 o a partir de ese año, el Centro de Arte Puertorriqueño, que organizamos él, Rafael Trufiño, Félix Rodríguez Báez, que no está presente hoy y quien les habla.

HOMAR: El Centro de Arte Puertorriqueño que acaba de mencionar el compañero Torres Martinó tuvo como propósito el concentrar los esfuerzos no solamente de los que lo fundasen, sino que de otros artistas puertorriqueños, todos los aquí presentes que contribuyeron grandemente en afirmar nuestras ideas referentes a la plástica puertorriqueña y sobre todo, en su carácter nacional. El Centro hizo exposiciones, hizo talleres en que se hacía gráfica, pintura, se prestaba ayuda a Uniones. En Puerto Rico algunos de nosotros trabajamos, por ejemplo, en el Instituto de Cultura Puertorriqueña, la División de Educación de la Comunidad, en la Universidad de Puerto Rico, en estos sitios se llevan a cabo exposiciones que se distribuyen por la Isla, se han hecho cuadernos de poesía, tomando en cuenta la vida, la obra de alguno de los más distinguidos poetas, como José de Diego, Luis Llorens Torres, Palés Matos, Julia de Burgos, Lola Rodríguez de Tió y otros. Dentro de todo este movimiento, nosotros creemos que el artista no solamente puede aislarse en su estudio o su buhardilla con lo que en tantas partes se considera puramente el arte purista, sino que en la relación de unos con otros se discute intensamente la obra en sí, su calidad, todo es importante, pero lo más importante de todo es que no habrá un arte verdaderamente grande en Puerto Rico, hasta que todas las fuerzas puedan ser libres, Puerto Rico necesita su independencia, porque de cada día el extranjero se presenta más y más potente y confunde el esfuerzo de aquellos artistas que todavía no tienen claro su camino.

MODERADOR: En los grabados que he visto de Uds. en mis distintas visitas, y los que he visto ahora, he notado una gran influencia de los grabadistas mejicanos. ¿Ustedes creen que otras formas de expresión que no sean exactamente el realismo de los grabadistas mejicanos que Uds. practican no pudieran hacerle llegar al pueblo ese mensaje de libertad y confraternidad y de unión con el pueblo que Uds. quieren establecer?

MALDONADO: Bueno, el arte mejicano, el grabado mejicano, ha sido hecho y responde a un propósito. Ellos se han apegado a la forma tradicional, a un realismo más bien revolucionario, que es la forma más asequible al entendimiento del pueblo mejicano, y algunos de nosotros, como hemos estado en Méjico y hemos palpado esa realidad, hemos visto al pueblo estudiando a sus pintores a través de su expresión gráfica, el pueblo en comunicación con el artista, a través de estas expresiones, porque ellos le han dado un gran impulso a las exposiciones de orden popular, las han llevado a las Sindicales Obreras, a los Centros Campesinos, a los poblados indígenas y ha sido muy efectiva esta tarea; por eso algunos de nosotros pensamos que esa labor que han hecho ellos allá podría muy bien llevarse a cabo aquí y ser tal vez de la misma importancia. En Puerto Rico el pueblo, no sé a qué se debe, pero apenas si va a las salas de exposiciones, tiene cierto temor a entrar, por ejemplo, a las Galerías Organizadas, como por ejemplo las Galerías de la Universidad, la del Ateneo Puertorriqueño, las Galerías privadas, que son más bien, que están más bien establecidas dentro de un propósito comercial, de modo que el grabado por su facilidad de reproducción y su reproducción y su reproducción múltiple a la vez puede llegar a muchos sitios.

MODERADOR: ¿Ud. cree que el público no va a esas Galerías, como Ud. dice, por temor al lugar o porque la pintura que se exhibe allí está lejos de ellos?

MALDONADO: No, creo que el pueblo no ha sido acostumbrado, como se podría decir, no se ha hecho una campaña para indicarles, o significarles que en muchos lugares también ellos tienen derecho a entrar, no sólo el derecho, sino tal vez hasta un deber, pero yo creo sinceramente que es que no se ha hecho el esfuerzo por estas Instituciones para atraer a ese público, no importa lo que se represente, el arte que represente.

MODERADOR: ¿Esas Galerías están en manos de extranjeros o en manos de puertorriqueños?

RIVERA: Aquí las Galerías de Arte desgraciadamente están cayendo en manos de los americanos, me refiero a los gringos, porque americanos somos todos, ¿no? Y parece ser que ellos han visto el talento que hay en Puerto Rico en el Arte Plástico y ya quieren también de esa otra manera de invadirnos, ¿no? Desde luego, es de conocimiento general que ellos invadieron en el 98 con las armas, pero ahora la invasión es total hasta el extremo de que están invadiendo ya los negocios, hasta los cafetines por ahí; así que pues cada vez ellos están más sintronizados aquí dentro. Yo quisiera decir unas cuantas palabras sobre la influencia del arte mejicano que mencionó el compañero. A mí me parece que en sus comienzos el Grabado en Puerto Rico tuvo una influencia grande del

Artistas Comprometidos



Arte Mejicano, pero yo creo que en el transcurso de los años se ha ido liberizando esta manifestación artística, me parece que ya empieza a haber una expresión propia en nuestro país, porque se puede notar por la manera distinta del dibujo el uso de la luz, o sea, que nuestro ambiente ha influenciado nuestro arte, por lo tanto, hay espacios mayores de claros en nuestro grabado, y quizás oscuros más rotundos que el arte mejicano, no sé si yo estoy equivocado, pero yo creo empieza a haber una diferencia en nuestro grabado.

MODERADOR: Uds. han tenido que recorrer un camino que han recorrido todos, que es el camino de la imitación para después buscar su propia expresión. Hay una gran controversia en el arte, sobre todo en el arte pictórico, que se manifiesta también en otras cosas, entre lo que se ha llamado realismo socialista, que hasta cierto punto es una teoria influida por los países socialistas, donde se cree que el arte debe estar completamente al servicio del pueblo y que se debe practicar un realismo puro, porque esa es la única forma de acercarse al pueblo, de hacer propaganda social; y hay otras corrientes que quizás no socialmente, pero si artisticamente, están lejos de esas manifestaciones y creen que por ejemplo, a través del surrealismo o del abstraccionismo pictórico, se puede llegar al pueblo y que se representa también al pueblo. Por ejemplo, hay opiniones muy determinantes sobre esto, que dicen que una abstracción es una manifestación más profunda del subconsciente, de la parte más remota del individuo que el puro realismo social.

....MARIN: Yo estoy de acuerdo en que hasta cierto punto parte de la obra del artista debe ser una obra social, ahora bien, no quiere decir que toda la obra del artista debe reflejar esa situación, esa cosa social, ¿no? Si, creo que debe haber gran parte de la obra, sobre todo en una época en que la situación del pais en que vivimos es un poco dificil y compleja. En esta época, que es una época de crisis, diria yo en cualquier pais del mundo, pero sobre todo en Puerto Rico, pues hay una obligación moral, que parte del artista de hacer obra social, hacer su creación con relación a la cosa social, es imprescindible que se preste esa ayuda al pueblo y que sirva de orientación para el pueblo. Como el artista es más visionario, el artista, pues, tiene la susceptibilidad y la sensibilidad de absorver situaciones y ver lo que puede venir en el futuro, asi que no sé si he contestado más o menos la pregunta, pero eso es lo que puedo deducir de lo que está pasando en la actualidad en nuestro pais.

MODERADOR: Yo he querido ver en eso que dice el compañero Marín, lo siguiente: que él cree que tiene que haber un divorcio entre el pueblo y el arte no realista, o sea, que el pueblo puede asimilar solamente el realismo puro y que no puede identificarse con esas otras formas que están lejos de lo que otros han llamado el realismo socialista, ¿es eso lo que el compañero Marín quiso decir?

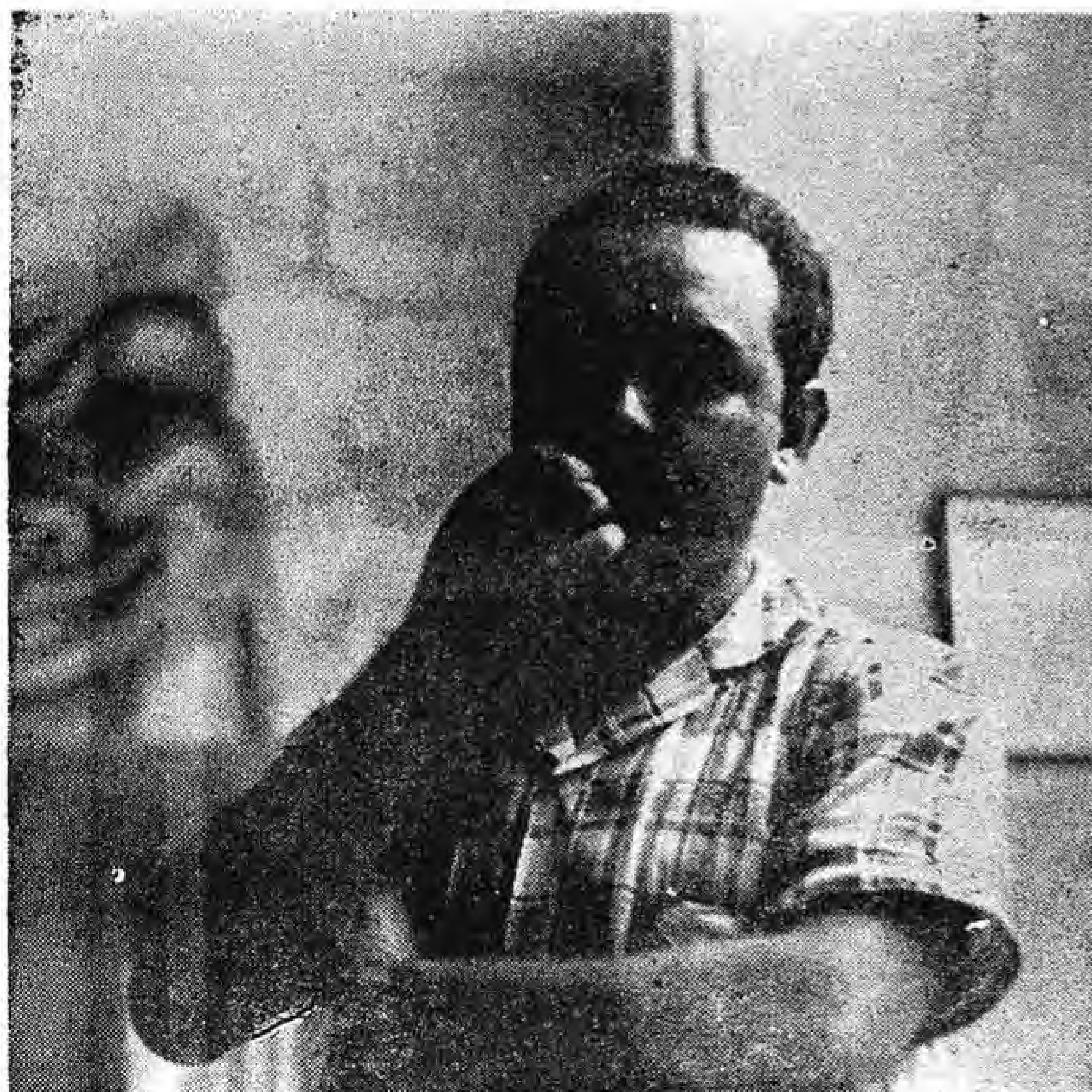
MARIN: De acuerdo con lo que acaba de decir, no. El pueblo, desde luego no puede, me refiero a la mayoria del pueblo, no puede asimilar bien el arte abstracto porque no ha estado expuesto a ello, ha sido muy poco lo que ha visto y desde luego, éste no es el mejor modo de comunicación para llegar a la masa, asi que en eso me parece que estamos de acuerdo completamente.

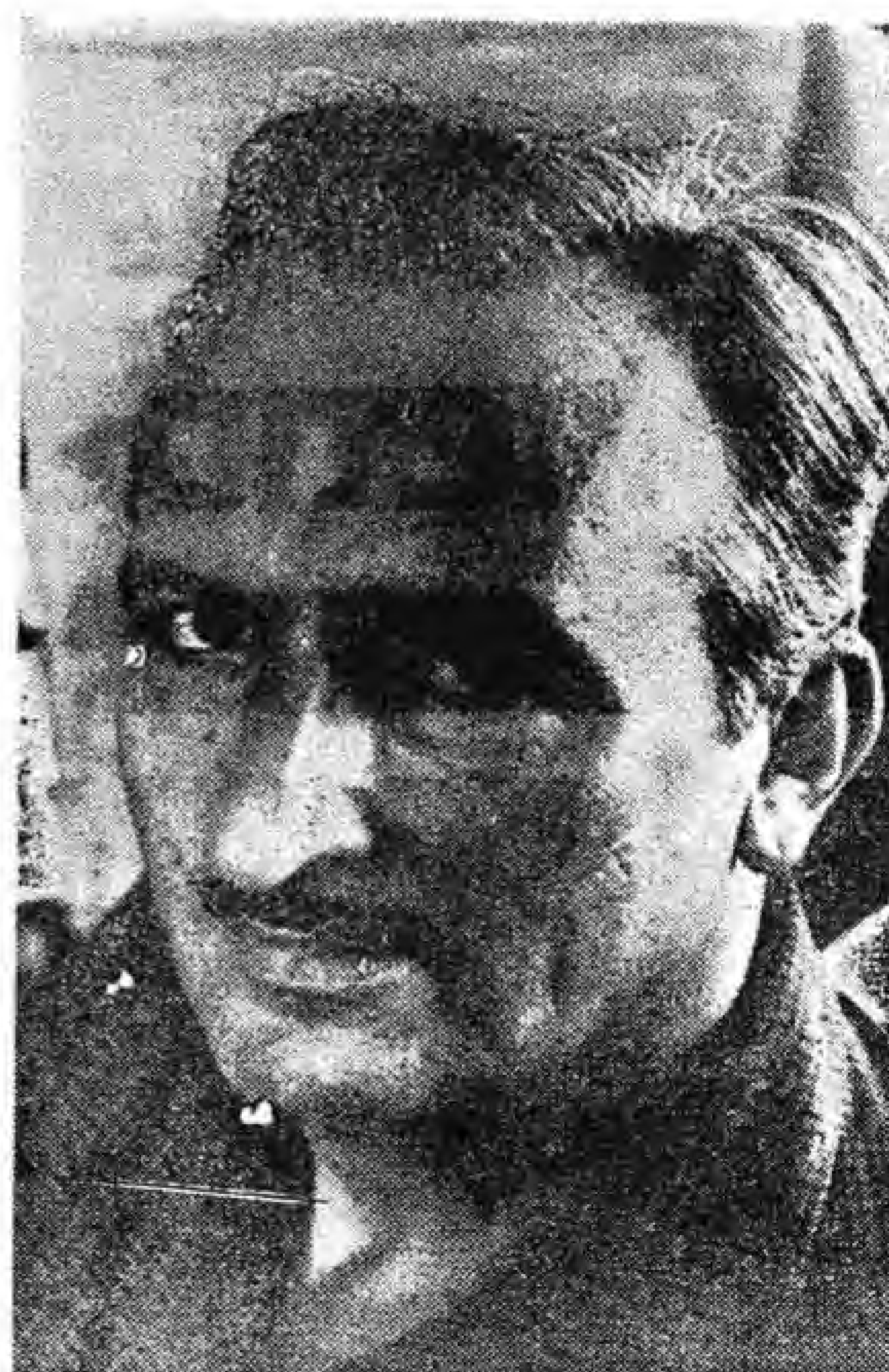
CERVONI: En torno a la validez del arte abstracto, o del arte realista como medio de expresión de un pueblo, yo quiero decir algo sobre la historia de las Artes en sintesis: y es que en su evolución ascensional, si es que puede llamarse ascensional ciertas expresiones de las artes, hemos llegado al Siglo XX con una inquietud hacia lo desconocido, el arte ha desembocado en derroteros sicológicos creándose distintas escuelas apoyadas en la sensibilidad profunda y subconsciente del ser humano, creándose el arte surrealista, creando el arte sicológico, el neodagaismo, una expresión de la sensibilidad creativa infantil a través del prisma de una mente madura, y el abstraccionismo que yo lo llamaría la masturbación mental del color en sensibilidades patológicas, en otras palabras, es un arte que no dice nada, es un arte que podrá transmitir, sacar lo que puede una persona poseer en su subconsciente, pero que no lleva nada a nadie. Es un arte que se ha prestado como refugio de pintores clásicos fracasados, es un arte que se ha prestado a toda clase de engaños y tramposerías. Todos los paises dominadores quisieran que en los países dominados se estuviera haciendo arte abstracto, porque es la única manera de poner una cremallera en la boca, más bien en el pincel, en el alma, todavia más profundo, en el alma del artista, si en una colonia/todos los pintores fueran pintores abstractos, nadie sabría del mensaje, del dolor, del espiritu de rebeldia de ese pueblo... Por lo tanto, el arte realista, que es el arte que lleva el mensaje, es el más apropiado para que todos los pueblos se expresen, y por eso los pueblos que han socializado sus sistemas educativos, politicos y económicos, usan del arte más claro, más comprensible que lleva un mensaje y los imperios, como dije antes, tienden a que sea todo lo contrario.

MODERADOR: Yo quería hacerle una pregunta, ¿Ud. cree que Pablo Picasso es un pintor, como Ud. dice que no podía pintar otra cosa y que se dedicó a pintar pintura moderna?

CERVONI: No, Pablo Picasso no es un pintor abstracto; precisamente Picasso es la expresión máxima en la belleza de la linea y la expresión actualmente en la pintura universal. Picasso dice en todos sus cuadros, el mural de Guernica que es grandioso, las mentiras y falacias de Franco. Eso trasmite algo más que la línea, trasmite una emoción, trasmite el dolor, Guernica solamente de verlo, a través de esas lineas, hay un misterio Ud. se siente adolorido, Ud. está sufriendo y eso dificilmente un pintor inclusive con la pintura realista puede lograrlo, porque la pintura realista a lo más que puede llegar es a hacerle admirar, a la admiración, pero a sentir el dolor como casi se siente con Guernica; pues es una ma-


Lorenzo Homar


Antonio Maldonado


Fran Cervoni


José A. Torres Martinó

ravilla la persona que ha creado eso, es llevar la pintura a su parte metafórica, y eso no lo debemos confundir con la pintura atemática, es decir que no tiene tema de ninguna índole y que juega con otros valores y con otras cosas.

MODERADOR: Pero Picasso está muy lejos es casi la antítesis del realismo socialista de que estábamos hablando que Ud. decía que era la única forma de comunicación con el pueblo.

CERVONI: Bueno no la única forma, le dije que había otros ismos, etc. y Picasso los cultiva precisamente, Picasso hace de todo, Picasso es impresionista, realista, Picasso es expresionista, Picasso es cubista, dadaista, de manera que Picasso usa todas las armas posibles de la expresión, para lograr el mensaje sin necesidad de ser exclusivamente el pintor de la expresión realista.

MARTINO: El tema me parece bastante complejo para estarlo discutiendo por días y días, pero yo lo reduzco a lo siguiente: a mi juicio las motivaciones del arte realista social y del arte abstracto de nuestra época, rebotan hacia el artista en sí, en otras palabras a mi juicio es una cuestión de moral, de moral pública, de responsabilidad para con la sociedad en que se convive, para nosotros, por lo menos para mí, y estoy seguro que para mis compañeros, es más importante, digamos la independencia de Puerto Rico que el arte puertorriqueño que es lo que tratamos en este momento, por tanto, consideramos una obligación moral de los artistas nuestros el que dediquen gran esfuerzo a través de lo que saben hacer, adelantar la causa de la independencia nacional, aparte de cualquier otra consideración de tipo estético, que se puede considerar como un lujo de aquellos lugares en donde los problemas básicos de este tipo están ya resueltos, pero en el nuestro, en que casi se trata de una cuestión de supervivencia, no importan estas discusiones, de estas especulaciones sobre la filosofía del arte y sobre la estética pura.
Lo que es válido en los Estados Unidos, en Francia, en Italia, no necesariamente tiene que ser Puerto Rico, en donde se plantea el problema de un país colonial que viene en lucha por su liberación casi desde que se fundó.

MODERADOR: Los artistas puertorriqueños como artistas y claro y como hombres, ¿ven la posibilidad más o menos inmediata de obtener la libertad política en Puerto Rico?

CERVONI: Bueno la libertad inmediata del pueblo de Puerto Rico, yo no la veo, sería demasiado optimista si yo creyera que está a la vuelta de la esquina y que se puede tocar con los dedos, ahora si le digo con toda seguridad que la independencia de Puerto Rico ha de venir algún día y probablemente no muy lejano, porque estamos trabajando para conseguirla y cada vez el espíritu de liberación es mayor, los medios de propaganda que usamos para convencer al pueblo adormecido son cada vez más efectivos, y yo voy vislumbrando la posibilidad de que en un tiempo no muy remoto, pueda lograrse la independencia de Puerto Rico.

MARTINO: La independencia de Puerto Rico, como dice el compañero Cervoni, es una realidad que ha de imponerse fatalmente, es una necesidad de nuestro pueblo para poder desarrollarse, plenamente, en todas sus facultades y tarde o temprano el pueblo despertará a esa necesidad y se dará cuenta de que la mayor parte de sus vicisitudes profundas tienen su raíz en la falta de soberanía.

MODERADOR: Si los artistas puertorriqueños se vieran forzados a dejar el pincel y asumir una forma más dinámica.

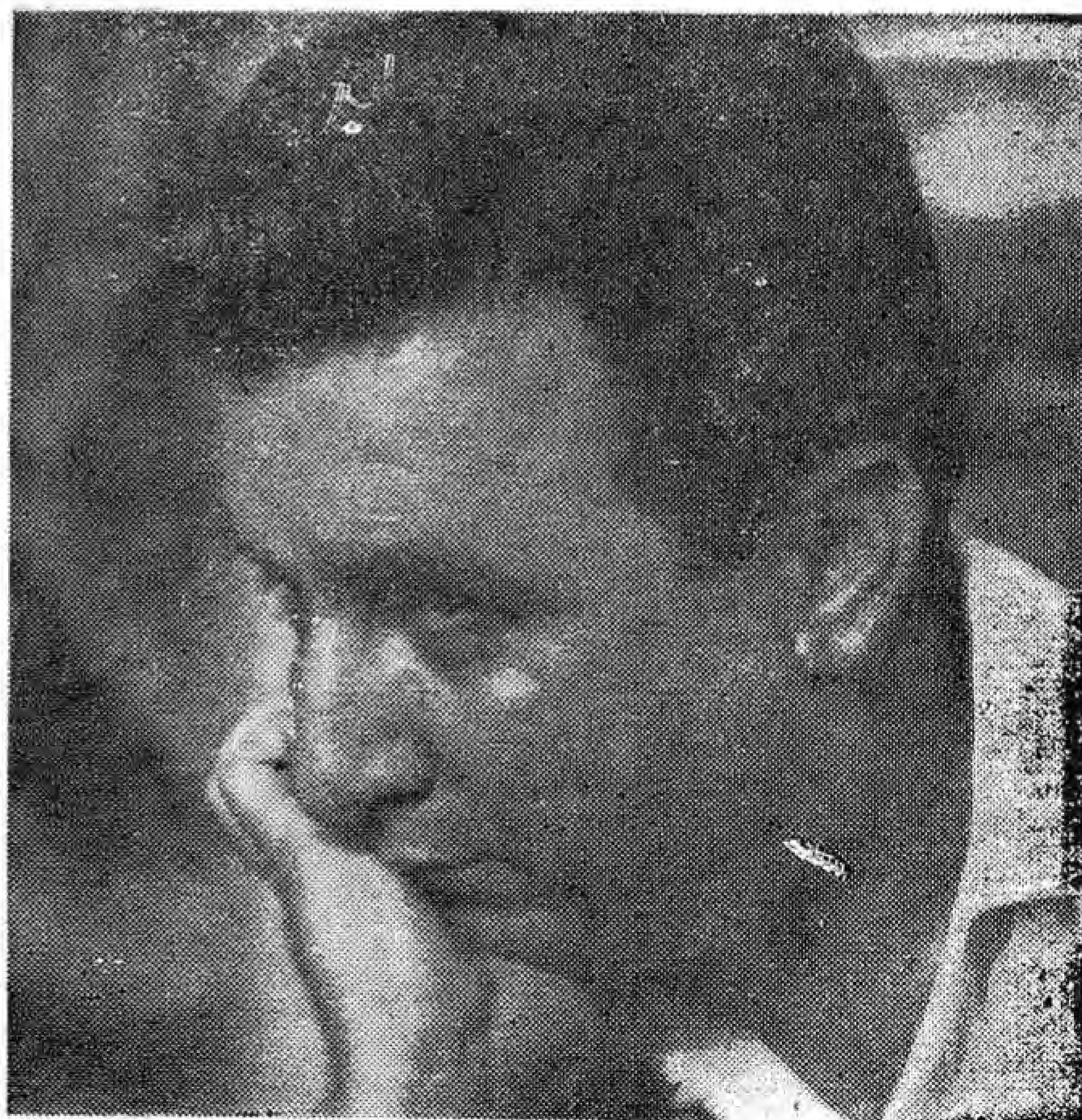
CERVONI: Yo creo que si llegara el momento en que el pintor tuviese que cambiar los pinceles por las armas, lo haríamos con mucho gusto. Yo hablo en nombre mío pero creo estar representando al grupo de compañeros, estoy esperando ansiosamente el momento de poder dar la vida por la independencia de la República de Puerto Rico.

MODERADOR: Compañeros ¿ha influenciado la revolución cubana, verdaderamente el pensamiento puertoriqueño, ha precipitado de nuevo el tema de libertad en Puerto Rico?

MARTINO: Para contestar esa pregunta voy a citar las palabras de un compañero de muchos años en estas luchas que hace apenas un mes, hablando sobre la revolución cubana, me decía que él estaba un poco apenado ante la situación de nuestra América y las Antillas, y que desde el 1ro. de Enero de 1959 había recobrado nuevas fuerzas y nuevos ímpetus y que eso le había hecho volver a la lucha. La verdad es que la gesta de Cuba ha prendido nuevas esperanzas en toda la América, y quien tenga algunas dudas sobre esto le recomiendo que haga lo posible por visitar Cuba cuanto antes y percatarse siquiera sea superficialmente de la transformación que ha sufrido el pueblo cubano bajo el Gobierno Revolucionario. Trascendiendo la Isla de Cuba, la influencia de la Revolución castrista ha sido determinante de una serie de actitudes viriles de protesta en toda América, en relación con las fuerzas que están conculcando, han estado conculcando las soberanías de nuestros países. Creo firmemente que la Revolución Cubana ha sido un factor determinante de los esfuerzos de liberación que han prendido en nuestra América en el último año.
Esta expresión desde luego ha sido más influyente en el grupo que tradicionalmente ha mantenido la posición de defensa de nuestra soberanía. En el pueblo,en los primeros meses del año 59 la gesta de la Sierra Maestra despertó un extraordinario interés, hasta un apasionado interés, pero desgraciadamente la mayor parte del pueblo puertorriqueño se alimenta de las agencias de prensa extranjeras de los E.U. y la información que se le suple a través de nuestros periódicos que son solamente dos, en este momento uno, es una información tergiversada, adulterada, desnaturalizada, y valdría la pena en este punto señalar que sería conveniente que el Gobierno Revolucionario tuviera en consideración este detalle con respecto a Puerto Rico, que quizás sea común en relación con algunos otros países de América; aquí ni siquiera hay un solo periódico ni una sola emisora de Radio adscrita al servicio de Prensa Latina, por ejemplo. Los puertorriqueños lo más que hemos podido hacer dentro de las circunstancias es crear la Sociedad de Amigos de la Nueva Cuba, con el propósito de orientar y propagar la revolución cubana y sus finalidades.



Carlos Raquel Rivera



Augusto Marín



LUCHA POR LA INDEPENDENCIA

EL ESLABON PERDIDO

POR CESAR ANDREU IGLESIAS

Tocome presenciar el otro día una interesante conversación sobre la naturaleza del Estado Libre Asociado. Provocó el tema un caballero latinoamericano, de esos que vienen a darle un vistazo a esta "vitrina de la democracia". A veces entre ellos se cuela algún Santo Tomás...

No creo que este Tomás pretendiera meter su dedo en la llaga. Más bien me inclino a pensar que nos quiso tomar el pelo.

Se rociaba la tertulia con buen ron del país. Tomás tiraba una pregunta tras cada sorbo. Respondió al reto un Profesor allí presente. Y como quien enseña a un niño los misterios de la Trinidad, explicaba el dómine:

—Nuestro status es único. Posee todas las ventajas de la independencia...

Las interrupciones de Tomás resultaban más interesantes que la exposición del Profesor.

—Comprendo —decía el visitante—. Pueden realizar pactos comerciales.

—No. En cuanto a pacto, solo hay uno. El pacto con Estados Unidos.

—Ya veo. Representantes de uno y otro país se reunieron...

—No. El Congreso aprobó una ley.

—¡Ah! Pero, ¿hay derecho a revisión, sin duda?

—Sí, sí... La constitución... O mejor dicho: se somete un proyecto al Congreso.

—¿El Congreso de Puerto Rico, naturalmente?

—No. Al Congreso de Washington.

—¡Ah! Comprendo. Luego, diputados de uno y otro país se reúnen.

No. no. El Congreso discute el proyecto.

—Pero, ésa es una parte...

—Sí. Es una parte. Pero nosotros también somos parte de la parte.

Dejé a ambos sumidos en el diálogo sobre los insondables misterios del Estado Libre Asociado, y no regresé hasta medio litro de ron más tarde. Continuaban aún la charla. El defensor del status dinámico decía:

—Son algo difíciles de entender estas nuevas formas de asociación...

Tomás seguía con sus preguntas, estimulado quizá por lo que faltaba de la botella. Y como quien busca tres pies al gato, preguntaba candorosamente:

—¿Y esa asociación, es voluntaria?

—Bueno... ¡Sí! —respondía el Profesor—. Aunque, no exactamente. Juzgada desde todos los ángulos, más bien es sí y es no.

—Comprendo. ¿Y dice usted que pueden vender lo que deseen en Estados Unidos?

—¡Oh! Sí. Nuestro mercado se extiende hasta San Francisco.

—Exportan azúcar refinada...

—No. Refinada, no. Hay ciertas restricciones.

—¡Ah! ¿En cuanto a transportación marítima...?

—Debemos usar barcos norteamericanos, que resultan algo caros, es cierto...

—Pero, sin duda, ustedes comparten el poder para fijar fletes ..

—No. Eso pertenece al área federal.

—Pero, no lo que se refiere a salarios mínimos, relaciones obreras...

—Eso también pertenece a la esfera de Washington.

—¡Ah! Sin embargo, en asuntos locales de radio, televisión...

—No. no. Ahí tampoco debemos nosotros intervenir.



—En cuanto a asuntos militares...

—Todo eso cae dentro del área federal. Libre de esas cosas, los puertorriqueños estamos en libertad de hacer todo.

—¿Hacen carreteras, por ejemplo?

—Sí, sí... ¡Muchas carreteras!

—¡Ah! Y Puerto Rico entero es un puente entre las dos Américas, ¿no es así?

El Profesor se hinchó como solamente puede hacerlo un profesor, pariente cercano del pavo real. Se acercó tambaleante a la botella, y exclamó:

—También se ha llamado al Estado Libre Asociado . ¡eslabón de las Américas!

Tomás sonrió, y aceptando el vaso que le tendía el dómine, propuso un brindis por el eslabón de las Américas. Juro que antes de llevarse el licor a los labios, me hizo un guiño, y le oí decir para su capote:

—¡Por el eslabón perdido!

EL TRAIDOR

POR SERGIO CASTRO

Un disparo de fusil me hizo saltar del catre.

—Maldito... otra vez... —dije con coraje. Y ya sentado me pasé la mano sudada por el pelo y la cara.

El tipo que dormía a mi derecha, un borrachón empedernido convertido ahora en preso político, gritó a los guardias de afuera:

—CABRONES . . . no van a dejar dormir.

La celda tembló. Cada preso metió mano bajo la almohada a su saquito de rebeldía, y gritó en avalancha de personalidad reprimida la celda entera:

—CABRONES . . .

Hubo un silencio contrito. Afuera se olía un tumulto de ruidos discordes. Por un lado sonaban recios los ñoquetasos de las pesadas botas militares sobre el pavimento; claras también las pisadas veloces del charol, taco de goma y suela fina de la policía; silenciosas y fofas las traicioneras pisadas de gato de los agentes del FBI, que corrían disfrazados de peloteros por el patio de la prisión. Y por encima de todos estos ruidos, otros más graves de vehículos y de armas automáticas que se imponían por el terror.

Algunos de los presos que gritaron, temiendo su osadía, miraban ahora de soslayo a sus vecinos.

Pero otras voces se alzaron...

—CIPAYOS.

—CANALLAS.

—TRAIDORES.

El grito se extendió a otras celdas, y al momento por toda la prisión rugía —a través de las ventanas con dientes— el ideal exaltado.

La policía no vino a investigar el tumulto. En momentos como este temían entrar en las celdas. Por lo que al poco rato todo quedó en silencio.

Encendiendo mi último cigarrillo caminé hacia la tentación de la ventana enrejada. Hacía calor. Sudaba... ¿o era sólo sugestión? A la verdad que en estos tres días de prisión los sentidos se me habían despertado en forma alarmante. Precisamente esa había sido mi idea —sólo eso pretendía desde que me arrestaron y me condujeron a la celda. Quería abrir el espíritu y sus válvulas interiores al máximo. Quería apresar el ritmo vivencial de estos momentos de angustia en los prisioneros; y gozarme en la realización palpable del ideal que había transfigurado mi ser, y que lo era todo para mí.

La locura del Imperio llegaba al máximo al poner entre bayonetas a la población civil. Y confiaba firmemente que esto sería el germen de su destrucción fulminante, y la victoria clara de la Revolución.

Me regocijaba en la angustia de mis compañeros de prisión, porque esto daba mayor significación a mis actos. El dolor redimiría esta multitud de hombres taciturnos y serviles —pechos de sapo— de sus errores pasados, y los volvería a la vida, devolviéndoles su verdadera estatura humana. Desde este momento los sentía más cerca de mí. Era una reconciliación en el dolor que regocijaba el fondo de mi ser.

—Quizá después de estos sufrimientos empiecen a comprender... —dije para mí.

Y alejándome de la ventana me arrojé en el catre, dondo al poco rato daba más vueltas que un bolillo, mientras desmadejaba el hilo de mis pensamientos.

Los fogonazos todavía alucinaban mis pupilas. Y los hechos sangrientos del ataque al cuartel maniataban mi cerebro a cada momento, obligándome a repetir escenas violentas que debía alejar de mi memoria.

Mis compañeros atacaban con arrojo. Como correspondía a revolucionarios hechos y ejercitados en las armas. Todos habíamos hecho tiro al blanco, y fuimos adiestrados en toda la técnica por el Coronel en persona. El Coronel estaba muerto. Eso sí era una pérdida.

La calle era un frente de batalla. El "sueño" de los "Visionarios" se tornaba realidad. El Imperio temblaba. ¡Fuego!... gritaba a cada nuevo disparo, y el casquillo saltaba culeando en el bolt de mi pistola. ¡Gloria al que soñó barricadas y murió en una de ellas! ¡Gloria a los mártires! ¡Gloria a los héroes! Medina... Raimundooo...

Había dicho que no me cogerían vivo... y aquí estaba. Pero sin flaquear. Firme. Como corresponde a un verdadero líder de la Revolución. Un líder nunca pierde la esperanza, ni la visión revolucionaria. Mi mente era todavía un coágulo de planes revolucionarios.

Pero... ¿qué pruebas tendrían contra mí? Me habían arrestado al otro día del ataque, y no me habían ocupado arma alguna. Quizá... pero... bah... Esos sabuesos todo lo averiguan. Y además, me consideraban un líder de importancia; de seguro que no me dejarían ir así tan fácilmente ahora que me tenían en sus manos.

¿Y mis compañeros? Desde que nos separamos para lograr contacto individual con otros grupos revolucionarios, no había sabido de ellos. ¿Estarán muertos?

¿Qué me pasaba? Nada de esto debía importarme. Mi única preocupación debía ser el HECHO revolucionario, y eso por encima de todo.

—En fin... mañana veremos... —dije confiado como siempre y dando media vuelta en el catre, apoyé la cabeza sobre la mano derecha, que me sirvió de almohada.

Al otro día me vinieron a buscar dos policías armados para llevarme a declarar ante los fiscales. Todos los planes que abrigaba en la mente, tendrían que esperar a que regresara a la celda. Mientras caminábamos por los pasillos dirigiéndonos a las oficinas de los fiscales, hubiera querido grabar en mi mente los puntos claves donde estaba apostada la guardia, las entradas y salidas del edificio, las escaleras, los puestos de la Guardia Nacional, las armas que llevaba cada uno... Pero eran tantos y tantos, los hombres armados: policías, detectives, FBI, Guardias Nacionales, etc...., que topábamos por todas partes, que comprendí era trabajo inútil y descabellado. Sólo un milagro podía hacer que saliera de esta endiablada prisión.

Llegamos. La puerta estaba abierta. Frente a ella, había un hombre alto vestido de civil. Usaba zapatos de goma y gorra de pelotero. Su rostro... lo reconocí al momento. Era S..., un FBI con quien había tenido un encontronazo en un mitin del Partido. Aquella vez los Cadetes querían lincharlo, pero yo me opuse a ello.

Como no le disimulé la mirada, aceptó el reto, y me dijo en su español fatulo al pasar frente a él:

—Acosta, tú cometer error no matándomi in Ponce.

Sin mover un músculo de la cara, seguí de largo y entré sereno en la oficina del fiscal. Mi "amigo", el FBI, entró detrás de mí.

Además del fiscal, había dos policías armados dentro de la oficina, y afuera en el pasillo, estaban apostados dos soldados de la Guardia Nacional, que, fusil al hombro, hacían el recorrido de su guardia. Mi "amigo" el FBI se colocó a mi espalda. Mi oído percibió un leve golpe metálico y luego un zumbido seseante casi imperceptible. Comprendí que había puesto a funcionar la grabadora automática, en cuya cinta iba a quedar grabada mi declaración ante los fiscales.

Toda la mañana y parte de la tarde me estuvieron interrogando. Entrada la tarde, me trajeron a la celda común. Estaba sudando y agotado por la tensión. Los demás prisioneros, cuando me vieron llegar, me cayeron como moscas con sus preguntas tontas. Hasta después de comida, no me dejaron tranquilo. En cuanto a mí, tenía un mal presentimiento. Era algo inexplicable. Como si algún signo implacable amenazara mi vida. Después de comer, me encontré, sin darme cuenta yo mismo, atalayando en el espejismo de la ventana enrejada, ese mundo de calles que mi juventud violeta desafió y arrolló a su antojo.

El sol se había hundido al otro lado de la vieja bahía, entre los manglares, y los que fueron colores de un atardecer brillante, se fueron ensuciando en sus aguas negras. Me sentía asombrado ante el espectáculo eterno, cuando de pronto sentí una mano encallecida posarse en mi hombro desnudo. Me volví... ¡Dios mío! ¡Era Toño!, uno de mis compañeros del ataque al cuartel.

—Tú aquí...

—Yo.... —dijo, y quedó en silencio un segundo. Hay algo importante...

—¿Qué pasa? —Murmuré sobrecogido ante su mirada dura.

—Ha habido traición.

Quedé alucinado.

—Imposible... —dije recobrando el sentido.

—Yo tampoco podía creerlo al principio

—Un grupo como el nuestro...

—Hay un traidor.

—No puede ser...

—La policía recibió una llamada telefónica antes de nosotros llegar.

—¡Toño: los cogimos por sorpresa! —dije dando violentamente con el dorso de una mano sobre la palma de la otra.

—Hay un traidor, no te quepa duda. Mi deber era decírtelo. Todos somos sospechosos, y tan pronto estemos seguros de quién fué... Bueno, tú sabes lo que hay que hacer... ¡Despreocúpate, el traidor siempre da un paso en falso... y entonces, ya sabes...

Toño se retiró inmediatamente, no convenía que nos vieran juntos. Quedé pensativo y amargado. Imposible. Imposible... todo era una intriga. Bien sabía que el FBI y la policía eran maestros de la intriga, y emplearían todos los recursos posibles con tal de traer la cizaña al grupo. A río revuelto...

Sí, estaba seguro de que eran maquinaciones del FBI. Francamente no podía dudar de ninguno del grupo. Todos se habían ganado la confianza absoluta a través de años de militancia y sacrificios sin cuento.

Comprendía que estaba bien que el FBI nos encarcelara si nos creía culpables, como hubiera estado bien si nos hubieran matado en el ataque al cuartel. Pero era una infamia arrojar la sombra de la duda sobre héroes que merecían el mayor respeto.

Sentía una rabia feroz. Mi espíritu exaltado era víctima de la intranquilidad y la zozobra. La palabra fatídica me mordía el cerebro alucinado,

—Un traidor... un Judas... —murmuraba, y mis ojos miraban con pánico a todas partes.

Entraron dos policías armados.

—¿Acosta?

—Sí, contesté.

—Venga con nosotros... Tráigase sus pertenencias.

Comprendí que algo extraño iba a sucederme, pero nada podía hacer para evitarlo, sino seguir la marcha en medio de los policías, a través de los pasillos del edificio, hasta la oficina del fiscal. Entramos. El fiscal, hombre bajo y regordete, dijo casi sin abrir la boca, y como mordiéndose sus propios labios:

—¿Acosta?

—Sí...



—Firme aquí el registro de salida.... —Y con una mueca grotesca añadió: "Está usted en libertad..."

¿En libertad? Pero... ¿cómo? ¿Y por qué no a los demás? Es una treta. Seguro... ¿qué pensarán mis compatriotas? ¿Qué pensarán ellos?

Entonces lo comprendí todo... ¡Perros yanquis!

No sé si firmé o nó el libre. Una ráfaga de aire caliente, apestoso a sudor y a carne de peonaje, me llenó los pulmones. Una procesión de negros subía de los muelles, como una estampa de la esclavitud. Por una callecita tortuosa y húmeda, erizada de adoquines negros, huí alucinado de la vieja ciudad histórica

Octubre de 1959.

EL REBELDE

POR EDWIN FIGUEROA

La niña pasó toda la mañana en espera del acontecimiento. Equilibrándose sobre el cajón que servía de silla permaneció apoyada en el borde roñoso del ventanucho mirando la hebra polvorienta del camino hasta su remate más lejano en las crestas del cerrote. Con aquellos grandes ojos azules habría querido traspasar la loma y descubrir lo que no alcanzaba a ver desde su incómoda altura.

En el estrecho colgadizo, más viejo y destartalado que el resto de la casa, Valentina simulaba afanarse en los quehaceres usuales. De vez en cuando se arrimaba al pasillo y, deteniéndose a medio ocultar junto al virote de la puerta, espiaba a su hija silenciosamente. Por momentos le entraban déseos de arrancarla de la ventana donde la niña permanecía aferrada. Pero, al sentirse insegura de lo que debía hacer, dejaba colgar los brazos impotentes y se tornaba al colgadizo con un oscuro sentimiento de derrota. Los ojos sin brillo, hundidos en la ancha cuenca descarnada, permanecían fijos por largo rato en algún objeto donde encontraba las huellas del ausente.

Más de una vez se sorprendió a sí misma alelada, moviendo los labios maquinalmente en un rumiar interminable de palabras rebeldes. *Nos iremos de to esto, más lejos todavía, donde no halle boca que lo miente, ni me persiga más su sombra.*

Cayó de nuevo en la cuenta de lo que estaba haciendo y reanudó con más brío la faena a medio acabar.

Afuera, el cielo era toda una sola claridad cegante cuando la exclamación de la niña llegó hasta la cocina como un canto de mal agüero.

—¡Ya vienen, Valentina! ¡Mire, ya vienen!

La mujer sintió la conmoción del grito, pero antes de acudir trató de serenar el semblante; escurrió despacio las manos jabonosas sobre la artesa del fregado y caminó hacia el cuarto, se acercó sigilosa hasta la ventana y apoyó las manos húmedas sobre los estrechos hombros de su hija.

—¿"Pa" quién será esa caja?

Valentina escuchó la pregunta y hubiese querido tener fuerzas suficientes para hablarle y contárselo todo de una vez en aquel momento:

Sabría to lo que he tenío que fajinear sola pa llevar la vida por culpa de él, se decía. *No me volvería a preguntar más y hoy también quedaría enterrao su nombre en esta casa...*

Pero no encontró palabras; alzó los párpados y sus ojos se dilataron desmesuradamente al distinguir en la loma distante los cuatro hombres que cargaban la caja de muerto. Se había propuesto mostrarse fuerte, indiferente; pero sin quererlo, las figuras se le fueron emborronando más y más en cada parpadeo.

—¿Usté no lo conocía, Valentina?

—¡Fue un desconsiderao de primera! —cortó secamente la madre.

La niña, sin embargo, no entendió la respuesta; a medida que avanzaban los cuatro hombres sentía crecer su curiosidad. No le llamó la atención, como otras veces, el ruido de los gandules secos estremecidos por la brisa caliente del mediodía; ni le molestó el vaho de sol y polvo que ascendía de la tierra tostada, hasta la ventana.

Cuando la niña advirtió que los hombres se distinguían con más claridad, corrió apresuradamente a la puerta y bajó la alta escalera de tachuelo en un santiamén. Fue a ponerse frente a las mayas y allí esperó hasta que pasaron la caja vacía para el hombre que había muerto la noche anterior en el Lucero.

En los ranchos de la hondonada, las vecinas murmuraron:

—Cada muerto tiene su hoyo, pero éste en poco no encuentra quién le eche un puñao de tierra.

—Y pensar que por defendel esa tierra se dejó moril.

La niña observó atenta el paso del féretro vacío hasta que le vió perderse tras la maraña de árboles entre los dobleces del cerro. La novedad del acontecimiento atrajo al camino la muchachería del barrio y, al dispersarse, cada uno echó su comentario:

—A la tardecita bajan esa caja con el difunto adentro.

—A mi abuela la fueron a buscal pa que le cantara un rosario, pero en casa no la dejaron dil.

—No tenían ni una sábana pa amortajarlo.

—Vivía solo en el Lucero, por donde mi pai tiene una tala sembrá.

—No se aguantó en el hospital cuando lo sacaron de la cárcel...

Arriba, en la casa, Valentina abrió el viejo baúl arrinconado junto a la cama. El aire se impregnó, hasta saturar el cuarto, de un olor viejo y húmedo que emanaba de aquellos objetos carcomidos. Libros y papeles, recortes de periódicos desmigajados por el tiempo, aparecían ordenados con gran cuidado. Fue considerando la idea de quemarlos sin que la niña lo notara, pero al revolverlos dió con un viejo retrato donde aparecía ella junto al marido joven. Dos largas crenchas negras encerraban su cara redonda y alegre. La tez moscabada se esparcía tirante sobre los duros pómulos. Mientras lo contemplaba, llevó su mano hasta el rostro, palpándose las facciones ahora huesudas y marchitas. Sintió pasos en la escalera y dejó caer la pesada tapa del baúl.

La niña entraba mostrando en el pequeño rostro pecoso la curiosidad no del todo satisfecha; se apechó a la ventana nuevamente y comenzó a hablar sin fijarse en lo que la rodeaba.

—A la tardecita lo bajan pal pueblo. Dicen que se murío ahogao con sangre. ¿Cómo se llamaría?

Se llamaba... estuvo a punto de responderle Valentina, pero sintió entonces que su rostro se ensombrecía; hizo un esfuerzo por dominar los nervios y caminó hasta la pequeña imagen del Perpetuo Socorro pegada a la pared; frotó el fósforo que llevaba en las manos y, sin querer escuchar más a la niña, encendió dos pedazos de vela sobre el tablero, frente a la Virgen, y le pidió fuerzas para contenerse. La corriente de aire empequeñeció las llamas, pero no alcanzó a apagarlas. El ángulo de luz que entraba por el marco descuadrado de la ventana se dilató más y más hasta que una sola claridad crepuscular llenó el cuarto.

En los altos escalones la niña comenzó la espera nuevamente. *A la tardecita bajan el difunto,* pensó con nueva curiosidad .

Por los cobijales de los ranchos comenzaron a salir lentas columnas de humo, y el mugido vespertino de las reses que regresaban de las "comeúras" le fue indicando que la hora se acercaba.

Tras la altura verdinegra de los montes, el azul uniforme del cielo se había hecho más oscuro cuando la niña alcanzó a ver, por fin, la extraña comitiva del entierro.

—¡Allá viene! —gritó, y bajó corriendo de nuevo hacia el camino.

Valentina sintió que las brisas frías y silbantes que soplaban del cerrote la despojaban de su fuerza; que su cuerpo era como un mazo de yerba seca, sin savia ni color en aquel largo camino de puertas cerradas, desprecios y murmuraciones de barrio. Y pensó nuevamente en huir con su hija: *So lo diré de una vez o nos tendremos que ir, más lejos todavía, por donde no haya pasao el nombre de él ni ande su muerte rondiándonos en la boca e la gente.*

Cambió la vista y se enfrentó a la imagen del Perpetuo Socorro. Una larga mirada se cruzó entre ambas y sus dedos comenzaron a rodar por las camándulas del rosario en un rezo apagado y monótono. La flama endeble de las velas cambiaban las sombras intermitentemente.

Los cuatro hombres aparecieron en el recodo proximo a la casa, cargando el ordinario ataúd de ralo color violeta.

La tarde se apresuraba sobre el campo mientras la niña veía acercarse el tránsito fúnebre y solitario. Cuando estuvieron frente a la casa, la niña cruzó el zanjón que la separaba del camino y siguió a los cuatro hombres vereda arriba. Le llamaba la atención la bandera desflecada flotando sobre la tapa de la caja a cada soplo de brisa.

Arriba en la casa, Valentina permanecía sentada frente a la imagen iluminada por las velas. En el silencio de las esquinas oscuras, el rezo descendía lento, derretido.

Pero la voz del hombre no se acallaba en su conciencia. Ni se borraba su figura enérgica que ya no podía repetirse. Y sus palabras martillándole las sienes...

—Así no se puede vivir, Valentina, hay que tener ideales y sacrificarse por la patria.

—¡Pamplinas, pa mí no hay más patria que mi hija y mi marío!

—¡Hay que tener vergüenza en la cara, no somos animales!

—Ya estoy cansá de tanta promesa. Decídete di una vez. O dejas la manía esa de bandera y de patria o te vas de to esto y me dejas tranquila. Pero si te vas, morirás pa nosotras. Te aseguro que día ha de llegar en que tu hija te pasará por el lao y no sabrá que eres su padre... Escoge, de hoy pa siempre...

Y aquel largo silencio antes de la despedida:

—De hoy pa siempre, Valentina...

Después... la soledad vacía, la pobreza, el asedio en cada barrio con las noticias del hombre... *El rebelde. El subversivo,* diez años de cárcel, ¡diez años!, el regreso, enfermo y derrotado sin querer verla, buscando un rincón donde morir, sin hablar una palabra, sin aire en los pulmones...

Tendió la vista a la imagen a la vez que separaba el rostro desencajado de entre las manos estrujadas y filosas. Luego se irguió lentamente y al alzar la vista hacia la ventana, alcanzó a ver el final de su historia en los cuatro hombres: el ataúd y la estrella desflecada remontando el último trazo visible del cerrote.

Apoyada en el borde roñoso de la ventana observaba a su hija cuando en la loma distante se detuvo para iniciar el regreso. La vió mirar hacia la casa y echar otra mirada al solitario cortejo que se perdía por los recuestos empinados.

La voz del hombre ya se había acallado en su conciencia... pero sus propias palabras le llegaban ahora en el brizote que soplaba del cerro:

—Día llegará en que tu propia hija pasará por tu lao y no sabrá que eres su padre.

Miró las pequeñas llamas y sintió su ardor en los ojos, en su boca. *No se lo diré nunca. Nunca, pensó.* Y nó se atrevió a mirar la imagen... de la Virgen.

LA MUERTE NO ENTRARA EN PALACIO

POR RENE MARQUES

(Escena segunda del segundo acto).

Música. Teatro a oscuras. El crescendo de la música se sostiene por algunos segundos. Luego decrece y va extinguiéndose mientras se ilumina una pequeña área a la izquierda, en medio de la cual está DON JOSE *sentado detrás de su escritorio. Entra* ALBERTO *por la izquierda. Viste ahora de paisano.)*

DON JOSE.—*(Alzando la vista de los papeles sobre el escritorio; de excelente humor; eufórico casi).* ¡Hola, Alberto! Acércate. ¿Está ya todo listo, no? Ya sé, ya sé, ¡un gran día para mí! Para el pueblo también, desde luego. Dentro de unas horas ejecutaré el mandato democrático de ese pueblo noble y bueno. (ALBERTO *le alarga un sobre abierto).* ¿Qué es esto? Bah, no quisiera atender más asuntos hoy. ¿Es importante? Pero... veo que no llevas el uniforme. ¿Te has tomado unas horas de asueto? Bien, bien. Pero recuerda que la recepción empieza a las ocho. Y que a las nueve llegará el Comisionado del Norte para firmar el tratado. Estarás de uniforme, naturalmente. A mi derecha. ¿O será a mi izquierda? *(Riendo).* ¿Qué es lo que indica el protocolo? Vaya, no pongas esa cara. También yo tendré que estar enfundado en un "smoking". Sí, sí, ya sé que lo más apropiado sería un chaqué. *(Castañetea los dedos).* Aunque tampoco. Siendo de noche la ceremonia, me parece que lo indicado es un frac. Ah, pero eso sí que no. *(Riendo).* Ya el "smoking" es suficiente tortura. ¿Has visto a Casandra? Te adelanto que le tengo una sorpresa. *(Se levanta y toma una caja que está en el extremo más apartado del escritorio).* ¿Te das cuenta de que ésta será la primera recepción protocolaria a que ella asista? Pues bien, para celebrarlo le he comprado un regalo. Yo mismo, ¿eh? No me he fiado de nadie. *(Empieza a abrir el paquete, pero se interrumpe a menudo para accionar mientras hace el relato).* He ido a la tienda de modas más exclusiva... y más cara. Sí, sí, yo mismo. ¡Ah, debiste estar allí! ¡Si vieras qué aprieto! La francesita que atiende el negocio por poco se cae de nalgas al verme: "Monsieur le Gouverneur!" Y yo, más asustado que ella: "¡Mademoiselle!" —a lo mejor debía decir "Madame"—, naufragando en un mar de cosas fofas: velos por aquí, encajes por allá, cojines en el piso, y como si fuera poco, a punto de un síncope por los endemoniados perfumes franceses. Hasta que vino a rescatarme una señora menos asustadiza que la otra. Y más guapa. Que hablaba nuestro idioma, además. Voy a tener que salir más a menudo, Alberto. Oh, no, no me entiendas mal. Quiero decir que deben acostumbrarse a ver al gobernante por las calles sin sufrir un colapso. *(Abriendo la caja).* En fin, ¡qué diablos!, conseguí lo que quería. Mira. *(Extiende sobre el escritorio una larga y hermosa capa de noche de rico terciopelo negro, forrada en su interior de lamé plateado).* Una capa de noche. ¿Qué te parece? Como la recepción es en los jardines, Casandra podrá lucirla cuanto le plazca. Te gusta, ¿eh?

ALBERTO.—Le agradecería que leyese la carta.

DON JOSE.—*(Desconcertado).* ¿La carta? ¡Ah, sí! De modo que es una carta. Bien. Si crees que es importante... *(Dudando, casi con angustia, refiriéndose a la capa).* ¿Crees que le gustará a Casandra? ¿No es bonita?

ALBERTO.—*(Después de una breve pausa).* Sí. Un poco ostentosa, quizás.

DON JOSE.—*(Precipitadamente).* No, no, no. La señora me dijo que era severa... muy digna... muy chic... *(Sonriendo).* En fin, ¡qué entendemos nosotros de estas cosas! Lo cierto es que ella me aseguró que cualquier mujer se sentiría dichosa con un regalo así. Y eso es lo importante. Quiero que esta noche Casandra se sienta feliz, tan feliz como yo. *(Dobla la capa y la coloca en la caja).* Espero darle la sorpresa poco antes de que lleguen los invitados. Bueno, y vamos a ver el asunto de esa carta. No quiero detenerme mucho. Supongo que tendrás cosas que hacer antes de la recepción. ¿Dónde la puse? Ah, sí. *(Saca la carta del sobre y se sienta a leerla. Antes de comenzar, echa una ojeada a la firma. Alza la cabeza sorprendido).* ¡Pero si es tuya! (ALBERTO *permanece inmóvil y silencioso.* DON JOSE *baja la cabeza y lee. Al concluir se pasa la mano por la cara y el cuello como si se estuviera untando un alcoholado inexistente).* Conque era eso. *(Agita el papel en sus manos sin encontrar palabras para expresar lo que siente).* Era eso. *(Mientras sostiene la carta en una mano golpea el papel con la otra).* No es en serio, ¿verdad? (ALBERTO *no contesta).* No puede serlo. Y hoy, precisamente hoy. ¿Por qué, Alberto, por qué? *(Mira el contenido de la carta).* Sin explicaciones. Sin motivo. *(Yergue la cabeza).* No te la aceptaré. *(Alargándole la carta).* Retírala.

ALBERTO.—Mi decisión es irrevocable. *(Colocando las insignias sobre la mesa).* Aquí están las insignias. He entregado mis uniformes y mi pistola al Capitán de la Guardia.

DON JOSE.—De modo que lo tenías planeado. Planeado cuidadosamente para darme este disgusto hoy.

ALBERTO.—No, señor. Si esperé hasta hoy fue porque... porque tuve la absurda esperanza de que el día de hoy no llegaría nunca.

DON JOSE.—No te entiendo. ¿O es que te refieres...?

ALBERTO.—Al tratado que usted firmará dentro de unas horas.

DON JOSE.—Sí. Eso. Claro, debí sospecharlo. *(Pasándose la mano por la nuca).* Alberto, Alberto, estás actuando como un chiquillo. Esto... no es serio. Si tu padre viviera...

ALBERTO.—Aprobaría mi actitud, sin duda.

DON JOSE.—No, no, no. Te la reprocharía. Te diría: "Hijo mío, por encima de tus emociones están los intereses del pueblo".

ALBERTO.—Si lo dijera se estaría refiriendo a emociones bastardas, no a la emoción que yo siento por el ideal que él y usted compartieron.

DON JOSE.—*(Levantándose se acerca a* ALBERTO, *en tono paternal).* Hay distintos medios de alcanzar un fin. El Protectorado es lo que más se acerca al ideal que tu padre y yo compartimos.

ALBERTO.—No lo creo. Teresias no lo cree. Mi padre no lo creería.

DON JOSE.—El pueblo lo cree.

ALBERTO.—*(Brusca; brutalmente).* ¡No me venga con esa monserga demagógica! ¡Ni siquiera lo cree usted mismo!

DON JOSE.—*(Enérgico).* Me estás faltando al respeto.

ALBERTO.—Al político quizás. Al hombre no.

DON JOSE.—El político *es* el hombre.

ALBERTO.—Peor entonces. Para todos.

DON JOSE.—¿Es eso una amenaza?

ALBERTO.—¿Hay algo que pueda ser amenaza para *usted?*

DON JOSE.—*(Exasperado).* ¡*Cristo!* ¡Estamos diciendo cosas sin sentido! ¡Estamos hablando como dos idiotas! *(Calmándose y poniendo una mano en el hombro de* ALBERTO). Vamos a ser sensatos. No hagamos frases. Dime todo lo que sientes. ¿Qué tienes en mi contra? ¿Cómo puedo explicarte? ¿Qué debo hacer para convencerte?

ALBERTO.—Sólo hay una cosa que me convencería.

DON JOSE.—Dila.

ALBERTO.—No firme ese tratado.

DON JOSE.—*(Apartándose de él).* No sabes lo que dices.

ALBERTO.—Sé, al menos, que aún es tiempo. No lo firme. Usted no fue capaz de darnos la emancipación. Está bien. Otros vendrán después de usted y tendrán el valor de realizar lo que usted no pudo. Por ésos, por los que vienen después, no cierre usted el camino. No comprometa el futuro de este pueblo con ese tratado irrevocable. ¡No tiene usted derecho!

DON JOSE.—Tengo todos los derechos.

ALBERTO.—Ni usted ni nadie tiene derecho a dar un portazo definitivo a nuestras aspiraciones de libertad.

DON JOSE.—¿Quién se propone cerrar nada? Abro precisamente una nueva puerta a nuestra libertad. Abro el camino de la libertad con protección, que es la única efectiva, la única verdadera. Trata de comprenderlo. Empezaremos nueva vida. Indultaré a Don Rodrigo. Olvidaremos rencores y resentimientos. Habrá paz y sosiego para continuar la obra.

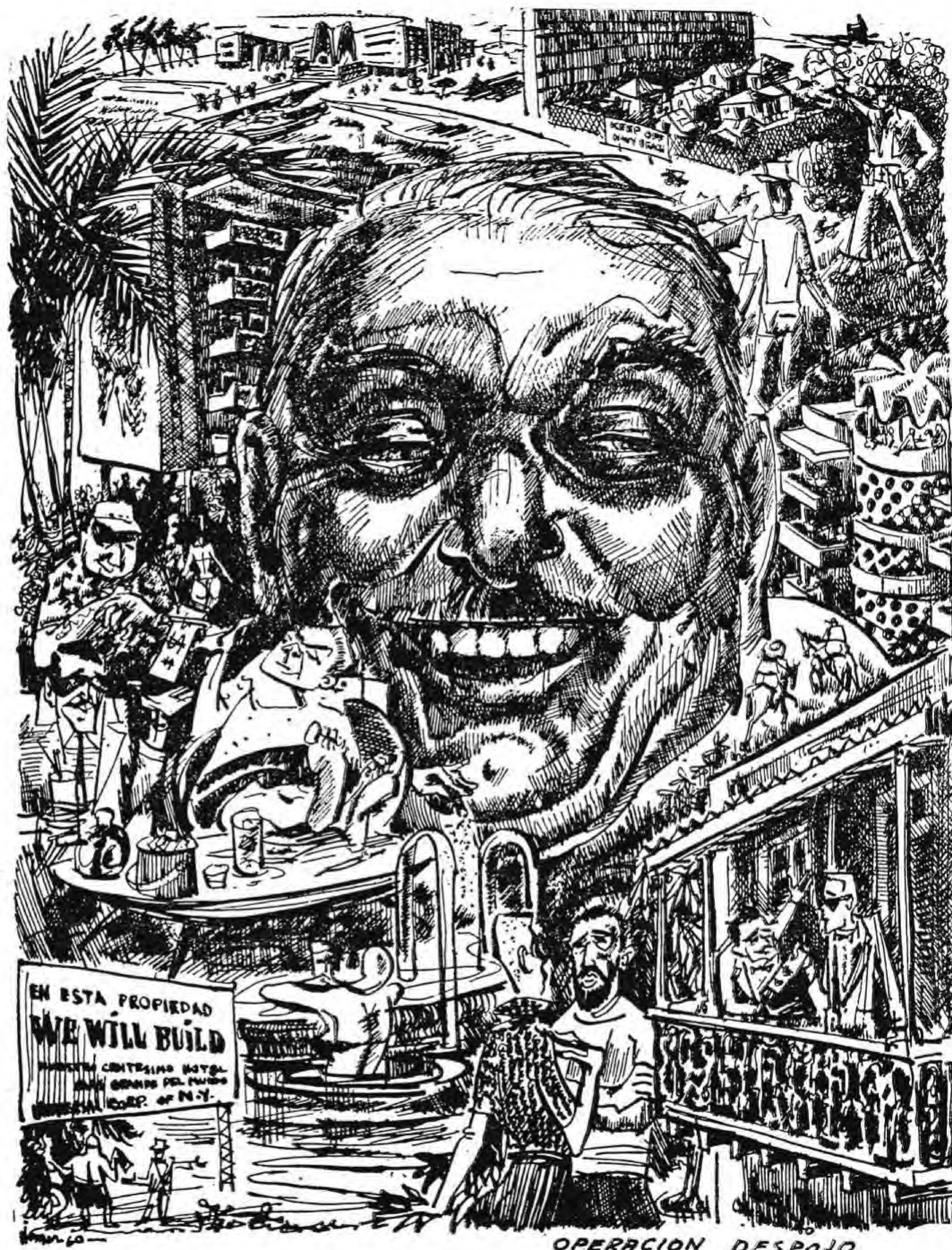
ALBERTO.—¿Qué obra? ¿La del conformismo y la reacción?

DON JOSE.—¿Qué es eso? ¿Vas a llamarme reaccionario también?

ALBERTO.—¿Qué ocurre, Don José? ¿Está tan ciego que no se da cuenta? ¿O pretende cegarnos a todos? No es un solo ideal el que usted ha traicionado. Vuelva la mirada atrás y contemple su obra. Al cuarto año en el poder abandonó usted la reforma agraria. Al sexto, echó por tierra las medidas socialistas que beneficiaban al pueblo. A los diez años estaba ya aliado con los capitalistas poderosos que combatió desde la oposición. Hoy fomenta usted el absentismo, industrializa al país sobre bases falsas, alienta la emigración, olvida la agricultura. ¿Qué queda de su obra? ¿Es ésta la obra de un partido revolucionario? ¿A cambio de qué traicionó usted el ideal de emancipación? A cambio del poder. A cambio de garantizar su cómoda seguridad en el poder. ¡Eso es lo que tengo que reprocharle! Esa es la verdad que el pueblo no percibe. No me venga, pues, a hablar de la voluntad del pueblo expresada en las urnas. Un pueblo adormecido por la demagogia no está capacitado para expresar su voluntad, no tiene siquiera voluntad que expresar.

DON JOSE.—¡De modo que no sólo dudas de mí, sino también del pueblo! *(Dramáticamente escandalizado).* ¡Hasta de la democracia!

ALBERTO.—*(Exasperado, casi a gritos).* ¡No me hable como si yo fuese otro de los imbéciles que lo rodean! *(Dominándose).* La democracia sin principios liberales es en teoría pura demagogia, y en la práctica, algo peor: pura dictadura de un mesías hipócrita.



OPERACION DESPOJO

Ha sido usted, precisamente el campeón del ideal democrático, quien ha logrado hacer muy claras y muy palpables las fallas y debilidades de la democracia. Y quien se ha aprovechado hábilmente de ellas. Esa es también su obra. Y esa obra es la que quiere sellar, remachar, con la firma del tratado esta noche. Y no piensa en la Historia, no piensa en su responsabilidad, ni siquiera piensa en la dignidad del pueblo...

DON JOSE.—*(Estallando a gritos)*. ¡Al estampar mi firma en ese documento estaré elevando a este miserable, estúpido pueblo a un nivel de dignidad que jamás ha conocido! *(Pausa lenta. Ambos se miran en silencio. Uno con la espantosa conciencia de haber desnudado su alma, el otro, anonadado por el horror de contemplar un alma desnuda).*

ALBERTO—*(Reponiéndose paulatinamente del deslumbramiento de la revelación)*. ¡Ah, de modo que era eso! *(Acercándose a* DON JOSE). De modo que ese pueblo no tiene dignidad. De modo que durante veinte años usted ha estado halagando, mimando a un pueblo, que en el fondo desprecia. De modo que por eso se acobardó usted en el momento decisivo. ¡No tuvo confianza en su pueblo! Ese "miserable, estúpido pueblo" no era digno de la libertad.

DON JOSE.—*(Huyendo de* ALBERTO). ¡No he dicho eso!

ALBERTO.—*(Iniciando el acosamiento de* DON JOSE). ¡Qué muchas cosas puedo comprender ahora! El énfasis desorbitado en la cosa económica, por ejemplo. Un pueblo sin dignidad sólo tiene un ideal: el estómago. La ecuación perfecta: panza ahita, pueblo feliz. ¡Qué mucho debe habernos despreciado usted! ¡Cuánta razón tiene en llamarnos miserables! ¡Qué situación terrible la suya, Don José! Ser elevado al poder por un pueblo en el cual se cree y descubrir de pronto que ese pueblo es sólo un rebaño despreciable de seres hambrientos. ¿En qué momento ocurrió eso? ¿En qué momento se descubrió usted superior a su pueblo? ¿En qué momento dejó de ser usted uno de nosotros? No importa. Debe haber sido un momento terrible. Por eso, porque ya era un extraño empezó usted a medirnos con la tabla de valores del Norte. ¡Qué bien entiendo su paradoja! El demócrata convencido, el purista del proceso democrático, violando constantemente los principios de la verdadera democracia. ¡Era eso!

DON JOSE.—¡Basta!

ALBERTO.—No era usted. Era el pueblo. Era el "miserable pueblo" que no estaba a la altura de sus ideales.

DON JOSE.—¡Cállate!

ALBERTO.—¡Qué Vía Crucis para un conductor de pueblo!

DON JOSE.—¡Basta!

ALBERTO.—¡Qué calvario!

DON JOSE.—¡Déjame! ¡Vete!

ALBERTO.—Si lo único que le falta es el sacrificio final.

DON JOSE.—*(A gritos)*. ¡Cállate!

ALBERTO.—Si casi está usted pidiendo la crucifixión. *(Empieza a languidecer la luz y entra música suavemente).*

DON JOSE.—¡Vete! ¡Te he dicho que te vayas!

ALBERTO.—*(En tono natural)*. No firme el tratado, Don José. *(Inicia mutis por la izquierda.)*

DON JOSE.—*(A gritos; su voz suena patética, casi preñada de lágrimas)*. Lo firmaré. Nadie impedirá que ejecute el mandato de ese pueblo *noble* y *bueno*. Lo firmaré. ¡Lo firmaré! *(Se apaga totalmente la luz y sube la música que se sostiene turbulenta por algunos segundos para luego decrecer adquiriendo cierta serenidad, cierta grandiosidad religiosa y quedar así de fondo. Se empieza a iluminar una pequeña área en el centro de la escena con luz de un ligero tinte rojizo. Aparece, bajo el chorro de luz,* CASANDRA *arrodillada en un reclinatorio. Este está tapizado de terciopelo rojo encendido. El reclinatorio, y por lo tanto* CASANDRA, *están encarados casi tres cuartos hacia el fondo derecha, en dirección a donde habi-*

tualmente hemos visto la terraza circular (que ahora, desde luego, no se ve). La figura reclinada de CASANDRA *está, desde los hombros, totalmente cubierta por la capa de noche que le ha regalado* DON JOSE. *Aunque en este instante no podemos apreciarlo, lleva bajo la capa un traje de recepción color gris estilo túnica griega. La aparición de esta figura debe dar la impresión de algo estatuario o de composición pictórica. La capa está extendida formando un semicírculo perfecto sobre el piso para enmarcar artísticamente al personaje. Cada pliegue ha sido cuidadosamente dispuesto para captar el mejor efecto de la luz rojiza sobre el terciopelo negro. El peinado alto añade dignidad a la cabeza. Los ojos miran al frente (tres cuartos fondo derecha), a un nivel normal, es decir, la cabeza ni se inclina ni se alza. Las dos manos entrelazadas (no juntas con las palmas abiertas, sino sencillamente entrelazadas), de las cuales cuelga un largo rosario de nácar y oro, rozan apenas la barbilla.* CASANDRA *reza instantes antes de la recepción. Sin embargo, su actitud de oración no debe restar altivez ni magnificencia a su figura. La música que se ha mantenido serena lo suficiente como para permitirnos captar plenamente el efecto plástico del cuadro, sube de tono. De ella surge un coro de voces masculinas).*

CORO MASCULINO.—(Cantando). Dolor, dolor. Dolor y miseria. ¡Dolor! (CASANDRA *va extendiendo los brazos hacia el frente, las manos siempre entrelazadas, hasta que el rosario queda colgando paralelo a las dos columnillas del reclinatorio, la cruz de oro rozando casi (pero sin tocarlo), el piso, mientras baja lentamente la cabeza. El volumen de la música decrece para quedar de fondo a la voz de* Da. ISABEL.)

VOZ de Da. ISABEL.—*(Ampliada, pero entrando suave, lenta, para hacer menos perceptible la transición entre el canto y el recitado).* "Cuando la razón haga caer a pedazos todo lo que tú creías seguro, incorruptible, admirable; cuando te veas de pronto en un mundo brutalmente arrasado, desolado, tendrás el asidero de tu fe, que será tu única salvación." *(Sube música de transición y entra el coro de voces femeninas.)*

CORO FEMENINO.—*(Cantando).* Dolor, dolor. Dolor y miseria. ¡Dolor! *(Baja música, transición y luego queda de fondo a la voz de* Da. ISABEL).

VOZ de Da. ISABEL.—"Si quieres salvar tu amor debes mantener la fe en el hombre que amas. Para bien o para mal cree en él ciegamente." (CASANDRA *empieza a alzar lentamente la cabeza, las manos entrelazadas. El movimiento de su cabeza seguirá más allá de la posición original hasta que, al entrar los dos coros, su rostro esté alzado al cielo).* La fe en el hombre que amas te dará fuerzas para arrostrarlo todo, todo. *(Sube música de transición; entran los dos coros cantando simultáneamente).*

CORO MASCULINO y CORO FEMENINO.—Amor, amor. Dolor y miseria. ¡Amor! *(Entra* ALBERTO *por la izquierda y siguen los coros en crescendo final).* Amor, amor. Dolor y miseria. ¡Amor! *(La música religiosa queda de fondo y se va extinguiendo hasta morir totalmente cuando se inicia el diálogo.* ALBERTO *observa con ternura la figura arrodillada. Se acerca a ella lentamente por la derecha (derecha del actor, no de* CASANDRA *en su posición actual), apoya una mano en la barandilla del reclinatorio e hinca una rodilla en tierra, quedando casi de frente a* CASANDRA, *dando tres cuartos de su perfil derecho al público.* CASANDRA *baja la cabeza y le mira sin sorpresa. Sonríe con suavidad, extiende su mano derecha y le acaricia el cabello.* ALBERTO *toma suavemente la mano que lo acaricia y la besa. Se miran con ternura.* CASANDRA *se inclina hasta tocar con su frente la frente de* ALBERTO. *Pero no se besan. La mejilla de él resbala acariciando la mejilla de* CASANDRA.)

ALBERTO.—¿Por quién rezabas?

CASANDRA.—Por nosotros. Por nuestro amor. *(Casi en murmullo).* Alberto, creí que no venías.

ALBERTO.—*(Poniéndose de pie).* No era mi intención venir. *(Ayuda a* CASANDRA *a ponerse de pie).*

CASANDRA.—¿Por qué no? Me habías prometido... ¡Pero estás sin uniforme! ¿No vas a la recepción?

ALBERTO.—No.

CASANDRA.—Entonces, yo tampoco iré. *(Tomándole de la mano intenta llevarle hacia la izquierda).* Ven. Nos quedaremos en el saloncito.

ALBERTO.—Casandra, tengo algo que decirte.

CASANDRA.—Ya me contarás todo lo que quieras. Ven.

ALBERTO.—*(Sin moverse).* Vine a despedirme.

CASANDRA.—*(Sorprendida, soltando su mano).* ¿A despedirte?

ALBERTO.—He renunciado mi puesto en palacio.

CASANDRA.—*(Iluminándosele el rostro).* ¿Has renunciado...? *(Se interrumpe y corre a sus brazos).* ¡Alberto, Alberto, qué alegría! Al fin te decidiste. ¡Qué felices vamos a ser! ¡Qué felices, mi amor!

ALBERTO.—*(Estrechándola contra si desesperadamente).* ¡Casandra, Casandra!

CASANDRA.—*(Sin percibir la angustia de Alberto, absorta en su dicha, hablando con la cabeza apoyada en el hombro de él).* Nuestro sueño bueno al fin va a realizarse. No más pesadillas. No más sueños malos. Tú y yo, lejos de aquí, juntos para siempre. *(Estrechándose más a él).* ¡Qué linda es la vida, Alberto! ¡Qué felicidad quererte y estar en tus brazos!

(ALBERTO.—*(Tratando de apartarla de sí para mirarla a la cara).* No, Casandra, no me has entendido. Dije que vine a despedirme.

CASANDRA.—Ya lo sé. Y me dirás: "Buenas noches, mi amor". Y me darás un beso. *(Haciendo un mohín de mimoso disgusto).* Y no te veré hasta mañana. *(Alegre).* Pero pronto no habrá más mañana...

ALBERTO.—*(Conteniéndose apenas).* Casandra, por favor...

CASANDRA.—Sino un hoy muy nuestro que nadie podrá disputarnos.

ALBERTO.—*(Desprendiéndose bruscamente de ella y volviéndose hacia la derecha, quedando al lado del reclinatorio).* ¡No! ¡No! ¡No entiendes! No tenemos derecho a ese hoy.

CASANDRA.—*(Desconcertada).* Alberto...

ALBERTO.—¡No debí venir! *(Dejándose caer de rodillas en el reclinatorio y hundiendo el rostro entre sus brazos).* ¡Dios! ¡Dios! *(Casandra se acerca a él por el fondo y, temerosa, le acaricia la cabeza.)*

CASANDRA.—Alberto... ¿Qué tienes, mi amor? ¿Qué he dicho...? (ALBERTO, *siempre arrodillado, se abraza a ella desesperadamente hundiendo su cabeza en el pecho de* CASANDRA.)

ALBERTO.—Quise verte por última vez. No debí hacerlo. No tengo derecho. *(Se empieza a oír un vals vienés. La música proviene del fondo derecha y se oye un tanto lejana.* ALBERTO *se yergue).* ¿Oyes? Ha empezado la recepción. *(Se pone de pie sin mirarla).* ¿Has visto a tu padre?

CASANDRA.—Sí, vino a traerme esta capa. Pero...

ALBERTO.—Te dijo si... ¿Habló algo sobre el tratado?

CASANDRA.—NO... Directamente no... Pero dijo que esta noche es la más importante de su vida.

ALBERTO.—*(Sombrío).* Lo será, sin duda.

CASANDRA.—Alberto, no entiendo...

ALBERTO.—*(Volviéndose a ella y tomándola por los hombros, en actitud que es ahora enérgica y decidida).* Escúchame, Casandra. Tengo algo que pedirte. No vayas a la recepción.

CASANDRA.—Ya dije que me quedaría contigo...

ALBERTO.—No. Yo debo marcharme. Pero tú no saldrás al jardín. Te irás arriba a tu habitación. ¿Me lo prometes?

CASANDRA.—Sí.

ALBERTO.—Gracias. *(Emocionado, tomándole el rostro entre sus manos).* Y prométeme... que no vas a odiarme demasiado. No, no. Perdóname. No me prometas eso. Adiós. *(La besa suavemente y se dirige a la izquierda).*

CASANDRA.—¡Alberto! *(Corre a él y lo detiene).* No puedes irte así. Sin explicarme... sin decirme qué ha pasado. Hablas de un modo... No entiendo. ¡Me das miedo, Alberto!

ALBERTO.—¿Crees en mí, Casandra? ¿Tienes fe en mí?

CASANDRA.—*(Vehemente).* Sí, mi amor, sí.

ALBERTO.—No me pidas que te explique ahora. Pero oye bien. No importa lo que suceda debes estar segura de mi amor. Te quiero, Casandra, te quiero más que a mi vida. ¡Recuérdalo!

CASANDRA.—*(Refugiándose en sus brazos, llorosa).* Tengo miedo, Alberto. ¡No me dejes!

ALBERTO.—Es sólo... hasta mañana. *(Besándola en la frente).* "Buenas noches, mi amor". *(Trata suave, pero firmemente, de desprenderse de sus brazos. Al aflojar su abrazo la mano de* CASANDRA *tropieza con algo que está oculto en el bolsillo izquierdo de la chaqueta de* ALBERTO. *El roce con el objeto sólido es como un chispazo de luz para su intuición hipersensibilizada por la emoción que acaba de experimentar).*

CASANDRA.—¿Qué es eso, Alberto? *(El trata de detener su mano. La voz de ella sube de tono, casi un grito).* ¿Qué tienes en el bolsillo? *(Sin que él pueda evitarlo ella ha metido su mano en el bolsillo y saca a medias el objeto. El trata de impedirlo.)*

ALBERTO.—No es nada. ¡Casandra, deja! *(Ella se libra de él y mira con horror el objeto ya en su propia mano: un revólver.)*

CASANDRA.—¡Era esto!

ALBERTO.—*(Tratando de conservar su sangre fría).* Es la pistola de reglamento. Iba precisamente a entregarla al Capitán de la Guardia al salir. Ten cuidado. Está cargada. *(Hace ademán de tomarla.)*

CASANDRA.—*(Retrocediendo).* No. No es la pistola de reglamento. Es un revólver. Un revólver que nunca te había visto. Reluciente. Nuevo. ¿Para qué necesitas tú un revólver? ¿Lo compraste hoy? *(Lentamente).* Sí, precisamente. El mismo día de tu renuncia. El día más importante en la vida de mi pa... *(Se detiene horrorizada. Se lleva una mano a la boca para ahogar el grito de un).* ¡No! *(Echa a correr hacia la izquierda tratando de esquivar a Alberto, pero éste le intercepta el paso y trata de arrebatarle el revólver).* ¡No! *(Luchan cuerpo a cuerpo.)*

ALBERTO.—¡Casandra! Dame esa arma.

CASANDRA.—*(Luchando).* No. No. No. *(Sollozando mientras lucha).* ¡Tú no! ¡Tú no! Cualquier otro menos tú. *(Suena un disparo. El matiz de la luz empieza a intensificarse hasta hacerse francamente rojo. Los dos cuerpos se inmovilizan en su lucha. El llanto de* CASANDRA *se ha cortado bruscamente. En el fondo, derecha, sigue oyéndose el vals vienés. Al fin el cuerpo de* ALBERTO *empieza a troncharse lentamente.* CASANDRA *tiene en su mano derecha el revólver humeante y mira el cuerpo caer con ojos desorbitados de espanto. En grito que rompe el silencio de un modo terrible).* ¡Alberto! *(Se abalanza sobre el cuerpo a tiempo de poder sostener la cabeza antes de que toque el piso. Está ahora de rodillas, la cabeza de* ALBERTO *entre sus brazos. Se va sentando sobre sus talones y dejando que la cabeza de* ALBERTO *vaya suavemente a descansar sobre su falda mientras la mira con fijeza casi hipnótica. Sin pestañear, sin apartar su mirada de los ojos cerrados de* ALBERTO, *empieza a pasar sus dedos, rozando apenas, por el rostro lívido. En voz ahogada).* Alberto... *(Atrae hacia sí el torso inerte como si quisiera acunarlo sobre su pecho. Su voz casi en susurro).* Alberto... *(De pronto surgen los sollozos incontenibles, mientras estrecha más el cadáver contra sí y el tono de su voz, quebrado de sollozos, se eleva en lamento que no encontrará consuelo).* ¡Alberto! ¡Amor! ¡Amor! *(Sube la música del vals y se extingue la luz roja sobre* CASANDRA. *Teatro totalmente a oscuras. El crescendo del vals se sostiene por algunos segundos. Van uniéndose ahora a la música murmullos de voces, de risas, sonidos de una botella de champaña al destaparse, de copas que chocan. Se ilumina toda la escena mientras decrece la música hasta quedar en su justa perspectiva: proviniendo del interior al fondo derecha. La escena es la misma del cuadro primero: terrazas y jardín. Hay iluminación artificial en las terrazas. El jardín y el mar, al fondo, están iluminados por la luna. La puerta vidriera de la derecha está abierta de par en par. En el interior brillantemente iluminado, se reflejan sombras de parejas que bailan. El portón de hierro de la izquierda está también abierto. No hay centinelas junto al portón. Los invitados fluyen desde más allá de la verja de hierro, a través del portón abierto, hasta el interior del palacio, a través de la puerta vidriera, y*

gada por éste, se percibe de vez en cuando la sen[illegible] del coquí.

Los hombres visten de "smoking" o de frac. Los más jóvenes llevan "smoking" de verano ("dinner jacket"). Las mujeres visten de gala y hacen recordar, en su mayoría, la descripción que de ellas hiciera Da. ISABEL. *En la terraza circular de la derecha, de pie, está la más nutrida concentración de hombres rodeando a* DON JOSE: *los altos funcionarios de su gobierno. Son todos sorprendentemente jóvenes para las responsabilidades de los cargos que ocupan. Sus edades fluctúan de los treinta a los cincuenta años. Tienen apariencia de buenos burgueses; bien comidos y muy atildados. Hombres, en fin, eficientes: peritos y técnicos limitados por sus respectivas especialidades. Triunfo, no de la democracia, sino de la mesocracia. Se echa de menos en el grupo la nobleza que confiere una auténtica comprensión y sabiduría de la vida y sus problemas, o la mirada encendida por el fuego de una eterna juventud visionaria. Entre ellos descuella agigantada la figura de* DON JOSE. *No pueden menos que recordarse las palabras de* Da. ISABEL: *"Eres un gigante entre enanos". Y surgen inquietantes interrogaciones de orden moral: "¿Los eligió* DON JOSE *precisamente por las características que hoy exhiben? ¿Fueron siempre así? ¿O fueron en un tiempo gigantes potenciales que* DON JOSE *aplastó, deformándolos, hasta convertirlos en lo que hoy son?" Ninguno de los invitados a la recepción podría contestar a estas interrogaciones.*

En la terraza inferior, bajo la ceiba, está sentada Da. ISABEL. *La rodea el corro de esposas de los funcionarios. No demuestra el mismo aplomo y dominio de que hace gala su marido. Se nota inquieta, incómoda, casi angustiada en el esfuerzo por parecer amable. Parejas y pequeños grupos de gente joven están dispersos en distintas áreas de la escena, especialmente en extremo derecha e izquierda de primer término. Algunos invitados se mueven desde detrás de la reja, cruzan el portón de la izquierda, y se dirigen a la terraza circular para entrar al salón por la puerta vidriera. Otros vienen del salón, cruzan hacia la izquierda, salen por el portón, y se les ve perderse, a través de la reja, por los terrenos del palacio. Es importante destacar esa área de la izquierda como área natural de actuación en esta escena. Una iluminación más acentuada sobre el portón abierto contribuirá a destacar su importancia. Esta área y aquella donde está* DON JOSE *en la terraza circular, serán las más intensamente iluminadas.*

ANTONIO *y dos criados se mueven entre los invitados, sirviendo.* ANTONIO *lleva una bandeja con copas de champaña; el segundo criado, una bandeja con vasos de whiskey y soda; y el tercer criado, una bandeja con "canapés" y entremeses. Al pasar* ANTONIO *frente al grupo de mujeres bajo la ceiba, Da. ISABEL le llama, se levanta y avanza hacia él. No es imprescindible que oigamos el diálogo. Verosímilmente no lo oiríamos debido al bullicio. La mímica bastará para nosotros aunque los personajes hablen realmente en escena.*

Da. ISABEL.—¿No ha bajado Casandra aún?

ANTONIO.—*(Moviendo la cabeza).* No, señora, no la he visto. (ANTONIO *se inclina y continúa hacia la izquierda.* Da. ISABEL *preocupada mira hacia una ventana superior de la fachada, luego se vuelve, da unos pasos hacia la izquierda y mira hacia el área más allá del portón. Desalentada, va a regresar al fondo cuando sus ojos tropiezan con una juvenil pareja que, detrás de la verja de hierro, y recostada sobre la misma, forman una estampa de íntimo coloquio amoroso.* Da. ISABEL *sonríe maternal. Le hace una seña a* ANTONIO. *Este se acerca.)*

Da. ISABEL.—Llévale champaña a la pareja de enamorados. (ANTONIO *sonríe, se inclina, cruza el portón y le vemos detrás de la verja, ofreciéndoles champaña a los enamorados. Estos despiertan de su sueño, toman las copas y agradecen sonriendo.* ANTONIO *no se aleja. Los novios chocan las copas y mirándose ensimismados a los ojos, beben.* Da. ISABEL *sonríe y regresa al grupo de mujeres bajo la ceiba. Pero no se sienta. Unos segundos de intervalo y cesa la música. Aparece el secretario a la derecha y anuncia en voz que domina el bullicio:)*

SECRETARIO.—¡El Comisionado del Norte! *(El* SECRETARIO *se aparta. Hay unos segundos de expectación durante los cuales va amainando el bullicio, aunque sin apagarse del todo. Aparece el* COMISIONADO *en la puerta de la izquierda. Es un hombre rubio, alto, corpulento; desgarbado y de apariencia bonachona. Su indumentaria de calle, de corte holgado, y el lazo torcido de su corbata hacen un violento contraste con la nitidez y formalidad de la indumentaria de los nativos. No muestra estar consciente de ello. No hay en él encogimiento o timidez. Ostenta sus modales un tanto rudos (sin llegar nunca a lo ridículo o a lo grosero), con naturalidad, sin afectación alguna. Sus ojos azules, grandes e ingenuos, echan una mirada al conjunto que tiene ante sí. Sus labios sonríen, y es una sonrisa casi infantil. En extremo izquierda, primer término, una* INVITADA *comenta (y esta vez sí oímos el diálogo, aunque se supone que no lo oigan los que están en la terraza circular de la derecha).*

UNA INVITADA.—¡Dios Santo, qué facha! (UN INVITADO, *su acompañante, se encoge de hombros.)*

UN INVITADO.—*(Irónico).* ¡Psss! El puede. Después de todo es el... *(La voz de* DON JOSE, *partiendo de la derecha, ahoga para nosotros el resto de la frase.)*

DON JOSE.—*(Quien se ha separado del grupo y se acerca a la puerta vidriera con la mano extendida). ¡Señor Comisionado!* Bienvenido. *(El comisionado estrecha la mano de* DON JOSE *desde lo alto del escalón que forma la entrada al salón, en relación al nivel de la terraza circular. Su sonrisa se hace más amplia).* ¡Adelante, por favor! Adelante. *(Al dirigirse ambos hacia el grupo de altos funcionarios, éstos prorrumpen en un cerrado aplauso. Algunos de los invitados en la terraza inferior aplauden cortésmente. La mayoría, sin embargo, se conforma con observar la escena. Se oye música de un "blues". El* COMISIONADO *empieza a estrechar la mano de los altos funcionarios a medida que* DON JOSE *los presenta. Vuelven a subir el murmullo y las risas, y a reanudarse el movimiento de los invitados y los criados. Adentro bailan algunas parejas.* Da. ISABEL *se dirige a la derecha y sube a la terraza circular. El grupo de funcionarios se abre para darle paso.* DON JOSE *presenta a su esposa al* COMISIONADO. *El* COMISIONADO *sonríe siempre. Hay un ligero cambio de frases amables. El* COMISIONADO *se vuelve a* DON JOSE *y dice algo que debe ser agudamente humorístico, porque el grupo prorrumpe en carcajadas.* Da. ISABEL *sonríe y le hace señal al criado con la bandeja de whiskey y soda. Este se acerca y ofrece bebidas al grupo. Un* ALTO FUNCIONARIO *se coloca entre el* COMISIONADO *y* DON JOSE, *alza su vaso y dice con voz que logra en parte dominar el bullicio:)*

ALTO FUNCIONARIO.—¡Por la eterna amistad de nuestra Isla con el Norte! *(Los de la terraza circular alzan sus vasos en brindis menos* Da. ISABEL, *quien no ha tomado vaso alguno. El* COMISIONADO *sonríe. Todos beben. Simultáneamente, en primer término extremo izquierda* OTRA INVITADA *ríe ruidosamente en medio de un pequeño grupo.)*

OTRA INVITADA.—*(Ahogada de risa, con toda la inconsciente crueldad de quien es experta en la charla frívola).* ¡En serio! Me lo dijo "Madame". El mismo, en persona. Una capa de noche. ¿Saben de qué? ¡De lamé y terciopelo! ¡Se imaginan qué ridiculez! Una capa de noche así para una muchacha tan poquita cosa. ¡La pobre Casandra! Creo que por eso no se ha atrevido a bajar. Parecerá... lo que es. Una campesina jugando a ser princesa. *(El grupo corea sus carcajadas. A la derecha, en la terraza circular, se ha iniciado un movimiento del grupo para acercarse a la mesa y rodearla.* DON JOSE *se sitúa detrás de la butaca que ha ocupado en ocasiones anteriores. A su izquierda está el* COMISIONADO DEL NORTE, *a su derecha* Da. ISABEL. *Todos permanecen de pie.* DON JOSE *mira impacientemente hacia la puerta vidriera como si dijera: "¡Esa música!" Hace señas al* SECRETARIO. *Este se acerca.* DON JOSE *le habla brevemente.* EL SECRETARIO *se inclina y sale presuroso por la puerta vidriera. Segundos después cesa la música del "blues".)*

DON JOSE.—*(En voz que domina los murmullos).* ¡Señores...! *(Desde el comienzo de la escena hasta el momento en que acaba de aparecer a nuestros ojos el escenario iluminado, hasta el momento en que empieza a hablar* DON JOSE, *el juego escénico de la recepción, que ha tomado tanto espacio en explicarse debido al empeño en describir minuciosamente los detalles significativos, habrá durado sólo breves minutos en su realización. La mímica de escenas individuales y los breves trozos de diálogo deben haber fluido espontáneamente dentro de la acción general sin que en momento alguno parezca estar detenida para destacar los primeros, excepto al aparecer el* COMISIONADO, *incidente que lógica y verosímilmente interrumpe por algunos segundos la acción del conjunto. A pesar de la continuidad de la acción general que fluye y refluye desde el salón de la derecha hasta detrás de la verja de hierro de la izquierda, y a la inversa, debe haberse establecido desde el principio cierto sutil contraste entre la "atmósfera" del grupo de funcionarios al fondo de la terraza circular (más formal, más "política" y oficialesca), y la "atmósfera" de la terraza inferior (más "social", más festiva y frívola, y por ello quizás, más humana también). Este contraste, que no debe hacerse burdamente obvio, adquiere relieve irónico en las dos ocasiones en que un comentario maligno o frívolo de personajes en primer término izquierda, les ha "pisado los talones" a las palabras o acciones más serias y dramáticas de la terraza circular en la derecha. Ahora, sin embargo, al terminar* DON JOSE *su discurso, el ambiente festivo se desvanece en la terraza inferior. La atención se empieza a concentrar en la figura del gobernante. Los invitados que estaban a la izquierda, detrás de la verja, cruzan el portón y avanzan hacia la derecha. Los personajes en primer término empiezan a moverse hacia el fondo centro o fondo derecha de la terraza inferior. Todos colocan sus vasos y copas en las bandejas. Los criados luego se retirarán de escena. Algunos de los invitados de la terraza inferior han subido a la terraza circular, pero sin confundirse con el grupo de funcionarios. Otros pocos, viniendo del salón, se acomodan también en esta área sin estorbar la entrada a la puerta vidriera.* DON JOSE, *en voz no tan fuerte, ya que el ruido ha amainado bastante, repite:)* ¡Señores...! *(Entra el* SECRETARIO *por la puerta vidriera trayendo en sus manos el tratado y la estilográfica de escritorio. Coloca la estilográfica sobre la mesa y entrega el tratado al* COMISIONADO DEL NORTE. *Luego se dirige a* DON JOSE *en voz natural que podemos oír.)*

SECRETARIO.—Señor, los periodistas. Preguntan si pueden pasar.

DON JOSE.—*(Conteniendo un gesto de impaciencia).* Retenlos en mi despacho. Los veré luego. *(El* SECRETARIO *se inclina ligeramente y sale presuroso por la derecha. La luz general empieza a languidecer imperceptiblemente. Lo mismo ocurrirá con la luz brillante del interior del salón. Sólo se mantendrá en su intensidad original el área donde está* DON JOSE. *El área del portón, a la izquierda, no se apagará por completo, pero la iluminación bajará para hacerse muy discreta. Los invitados de "smoking" y frac se habrán colocado en posición tal que ahora, imperceptiblemente, puedan ir cubriendo con sus cuerpos las figuras femeninas brillantes y policromas, de modo que cuando bajen las luces hayan formado una barrera negra entre nosotros y lo que pudiera distraer nuestra atención, fija presumiblemente en la terraza circular. Después de este movimiento todos los invitados permanecerán en una inmovilidad total, sin importar la acción que se desarrolle junto a ellos. Conservarán siempre esa inmovilidad, los ojos fijos en el gobernante. Ahora podrá oírse con claridad, como fondo al discurso de* DON JOSE, *la voz monótona del coquí.* DON JOSE *con voz grave y sobria).* Distinguido señor Comisionado del Norte, compañeros apreciados de mi gobierno, amigos todos. Nos hemos reunidos aquí esta noche para un acto que ha de ser de importancia trascendental en la historia de nuestro pueblo. Hubieran sido los más caros deseos de algunos de mis compañeros realizar este acto en el ámbito austero de nuestro Capitolio, donde en sesión plenaria, a los ojos del pueblo, ejecutaría yo su *sabio* y *democrático* mandato. Sin embargo, complaciendo una petición de nuestro huésped distinguido, hemos accedido a firmar el

tratado en ceremonia *sencilla* e *íntima*, prescindiendo de toda pompa y todo protocolo. *(Desde aquí empieza a perder* DON JOSE *el tono grave y sobrio que es característico de su oratoria. Diríase que se mueve en terreno resbaladizo y que, para disimular su falta de seguridad, se ve obligado a recurrir a trucos que son ajenos a los que suele utilizar en sus comunicaciones ordinarias con el pueblo).* Ha de resaltar a los ojos de todos lo significativo de la petición del ilustre representante del Norte. Resulta conmovedor, hondamente conmovedor, que el gran País del Norte, en el instante mismo de demostrar su máxima generosidad, su grandeza espiritual, la realización en esta Isla de sus más entrañables principios de libertad, igualdad y fraternidad humanas, desee hacerlo sin aparatosidad ni protocolo, sin alarde ni ostentación. Yo, que en mis años juveniles pude convivir con aquel gran pueblo, conociendo a fondo su nobleza, la ausencia de prejuicios en su sociedad, su espíritu liberal y progresista, su honda generosidad y enorme comprensión para con los países menos poderosos y afortunados, no dudé nunca de que nuestras relaciones con una nación de tal grandeza, habrían de dar un día sus frutos de felicidad y bienestar para todos. Con el advenimiento del Protectorado no sólo desmiente la nación del Norte las injustas acusaciones de imperialista que viciosamente le lanzan sus enemigos, sino que el pueblo de esta Isla, ese pueblo noble y bueno, ese pueblo que yo tanto admiro porque ha sido... digno, sí, tan digno siempre a lo largo de su historia; realiza al fin sus más caras aspiraciones. Este es, pues, un triunfo de dos pueblos *libres,* que se respetan y se aman; que *libremente,* en un plano de absoluta *igualdad* y *justicia,* han escogido el camino fructífero de lo que yo llamo, la independencia dentro de la interdependencia. No es necesario insistir en ello. Todos estamos convencidos. Si alguna duda hubiese existido en la mente de alguien, el resultado aplastante del referéndum habría sido factor decisivo para convencerle. Porque el referéndum es la *voz del pueblo.* Y la voz del pueblo es *siempre* sabia. *(Toma la pluma. El* COMISIONADO, *sonriendo siempre, coloca el documento sobre la mesa, frente a* DON JOSE; *lo hojea buscando la página deseada y lo deja al fin abierto en la página en que se supone estampe su firma el gobernante.* DON JOSE *habla con la pluma en la mano. La composición del grupo hace recordar vagamente la composición de algún cuadro famoso representando la firma del documento fundamental que proclama la independencia de una nación. El escenario está ya totalmente a oscuras excepto dos áreas: la de* DON JOSE, *brillantemente iluminada, y el área del portón abierto que se ha mantenido iluminada discretamente. La iluminación del salón se ha extinguido por completo. La luz de la luna al fondo está ya a punto de extinguirse. Sigue oyéndose, sin que resulte perturbador, el coquí en el jardín).* Al firmar este documento no sólo estaremos garantizando la continuidad de una obra de gobierno que ha traído el más alto bienestar económico y el mayor progreso a nuestra Isla, sino que también estaremos abriendo las puertas a un grado mayor de libertad y de democracia. No sólo estaremos borrando vestigios coloniales, no sólo estaremos eliminando la angustia y la incertidumbre de nuestro pueblo por su futuro político, ahora asegurado, sino que estaremos dejando atrás odios y rencores de luchas fratricidas. *(La voz de* DON JOSE *adquiere ahora inflexiones de genuina emoción).* Hoy comenzamos una página blanca y limpia en nuestra historia. Como prueba de ello, siento profunda satisfacción en anunciar a ustedes una buena nueva. Esta tarde, a las cinco en punto de esta tarde, firmé otro documento que da la libertad a un compatriota nuestro. ¡Firmé esta tarde, señores, el indulto de Don Rodrigo! Yo... *(Se detiene bruscamente. Ha quedado paralizado, petrificado en su gesto. Al pronunciar el nombre de Don Rodrigo ha entrado suavemente de fondo la música irreal del principio del Acto I. Simultáneamente* CASANDRA *ha aparecido detrás de la verja a la izquierda. El área de luz de la derecha se empieza a reducir hasta convertirse en un simple rayo que sólo ilumina la cabeza y el torso de* DON JOSE. *La luz de la luna al fondo se ha extinguido por completo. Los demás personajes, inmóviles en la sombra, resultan ya invisibles para nosotros.* CASANDRA *avanza lentamente hasta el área de luz de la izquierda deteniéndose después de haber pasado el portón. Al llegar al centro del círculo luminoso éste aumenta en intensidad.* CASANDRA *luce la misma indumentaria de la escena con* ALBERTO, *pero su apariencia da señales del efecto de aquélla: el cabello, peinado antes cuidadosamente está ahora semisuelto; el rostro muestra una intensa palidez; los ojos, enrojecidos de llanto, tienen una mirada alucinada; la capa, abierta al frente, deja al descubierto pliegues de la túnica gris manchados de sangre: la mano y parte del brazo izquierdo están también ensangrentados; el brazo derecho se mantiene oculto bajo la capa negra. En el transcurso de toda la tragedia es éste el único encuentro de* DON JOSE *y* CASANDRA *en una misma escena. Ello deberá añadir significado especial al choque simbólico que hemos de presenciar.* DON JOSE, *quien ha estado petrificado observando a* CASANDRA *desde su aparición, logra articular en voz apenas audible:)* ¡Casandra! *(La música irreal sube discretamente de volumen. La voz de* DON JOSE *se hace más clara aunque siempre trémula de angustia).* ¡Casandra! ¡Has venido al fin!

CASANDRA.—*(En voz monótona y dura).* He venido a tu celebración, padre. He venido a lucir tu capa negra en la noche más negra de mi vida. *(La luz sobre* CASANDRA *empieza a languidecer imperceptiblemente.)*

DON JOSE.—La capa... No puedo verte bien. Acércate.

CASANDRA.—No necesitas verme. Mi voz... Sólo mi voz llegará muy dentro de tus pupilas. Mi voz que trae a tu celebración el presente de una buena nueva. *(Con voz súbitamente terrible).* ¡La muerte ya entró en palacio, padre! *(Se extingue la luz sobre* CASANDRA.)

DON JOSE.—*(En grito de angustia).* ¡No! *(El rayo de luz sobre* DON JOSE *se reduce más para iluminar exclusivamente su rostro. La escena está ahora en total oscuridad excepto el rostro iluminado del personaje. La música sigue de fondo.)*

CASANDRA.—*(Quien se ha movido un paso más hacia la derecha de lo que estaba antes de reinar la oscuridad).* Sí, la muerte. A pesar de las rejas y las murallas, envuelta en el dolor de nuestra noche, la he tenido en mis brazos. Y a su cuerpo ensangrentado, con mis labios, le he arrancado la voz. ¡Y su voz, es ya mi voz!

DON JOSE.—*(Angustiado).* ¡Casandra! ¿Dónde estás?

CASANDRA.—*(Terrible y solemne, contrastando con el realismo de la voz de* DON JOSE). ¿Dónde están los ideales del padre de Alberto?

DON JOSE.—*(Apresurado).* ¿Qué dices? El padre de Alberto murió.

CASANDRA.—¿Dónde está tu lealtad a Teresias?

DON JOSE.—*(Debatiéndose prisionero del rayo de luz que cae sobre su rostro, sus ojos buscando inútilmente algo en las sombras que le rodean).* ¿Teresias? Le he aumentado la pensión. La ha rechazado. No tengo la culpa...

CASANDRA.—*(Moviéndose en la oscuridad un paso más a la derecha).* ¿Qué has hecho de la felicidad de los tuyos?

DON JOSE.—*(Su angustia va en aumento, suda copiosamente, diríase sometido a un interrogatorio bajo tormento).* Son felices. Isabelita cree en mí. A Casandra le he regalado una capa muy hermosa. Son felices...

CASANDRA.—*(El mismo efecto. Se mueve en la oscuridad otro paso hacia la derecha).* ¿Qué has hecho de la emancipación de tu pueblo?

DON JOSE.—El progreso... El Protectorado...

CASANDRA.—*(Interrumpiéndole, su voz en crescendo).* ¿Dónde está el más joven, el más noble de tus amigos?

DON JOSE.—Me ha abandonado... ¡A mí! A mí que...

CASANDRA.—¡José! ¡José! ¡Devuelve lo que nos has quitado! ¡Limpia lo que has mancillado! ¡Humilla lo que has ensalzado! ¡Resucita lo que has matado!

DON JOSE.—¿Quién me habla, Dios Santo? Esa voz... *(Cesa bruscamente la música irreal. Hay un instante de silencio, roto por la voz del coquí. Calla también el coquí. Y surge en la oscuridad la voz de* CASANDRA, *proviniendo de ella quien está ya en el lugar donde antes veíamos la escalera de mármol que conducía a la terraza circular de la derecha.)*

CASANDRA.—¡Esa es mi voz! ¡La voz de mi mundo arrasado por ti! La voz de tus ideales muertos, de nuestra patria entregada, de mi amor asesinado. ¡Esa es mi voz! *(En grito terrible).* ¡Es la voz de mi Alberto! *(Suenan tres disparos. El rostro de* DON JOSE *se crispa de dolor y la luz que lo ilumina empieza a extinguirse muy lentamente. Entra de fondo música religiosa de la escena* ALBERTO-CASANDRA. *La música sube de volumen y entra el coro de voces femeninas.)*

CORO FEMENINO.—*(Cantando).* Dolor, dolor. Dolor y miseria. ¡Dolor! *(Intervalo musical. La luz sobre el rostro de* DON JOSE *se extingue totalmente ahora. Toda la escena queda a oscuras. Entra el coro de voces masculinas.)*

CORO MASCULINO.—*(Cantando).* Dolor, dolor. Dolor y miseria. ¡Dolor! *(Intervalo musical. Sigue reinando la oscuridad. Música queda de fondo a la voz de* TERESIAS *proviniendo de él, en primer término derecha.)*

TERESIAS.—*(En tono salmódico).* ¡Ay, dolor, dolor! ¡Dolor y miseria! Porque la ley de Tu universo fue violada. Y la voz de Tu justicia se derramó sobre mi pueblo. ¡Ay, dolor y miseria! Porque corrieron ríos de sangre y la casa fue derribada. *(Un débil rayo de luz azul pálido empieza a iluminar la figura de* CASANDRA *sobre pedestal de granito. La figura aparece donde apareció la estatua al principio del primer cuadro en el Acto I, es decir, un tanto hacia el fondo izquierda, junto a la baranda de la terraza inferior, entre el lugar que ocupó la ceiba y el que ocupó la verja de hierro. A diferencia de la escena inicial del Acto I, la figura de* CASANDRA *no se ha convertido aún en mármol. Aparece mostrando su perfil izquierdo, sin capa, con la túnica de corte griego flotando al aire, el brazo colgando tenso, la mano izquierda crispada en la capa que sostiene por el borde y que yace mayormente sobre la base de granito, un poco hacia atrás, como si al caminar la hubiese estado arrastrando. Lleva el cabello semisuelto, como en la escena anterior. Su cuerpo se mantiene hierático, su mirada perdida en el misterio de la noche, el brazo derecho en alto, un poco hacia el frente, la mano abierta como sacerdotisa que derrama dones sobre la cabeza de los suyos.)* Y fue que la Justicia de Tu mano cayó sobre nuestro pueblo. Y el amor fue crucificado. *(Un rayo tenue de luz amarilla empieza a destacar la figura de* TERESIAS *en primer término extremo derecha, apoyado en su bastón, contemplando a* CASANDRA. *Entra el coro de voces masculinas.)*

CORO MASCULINO.—*(Cantando).* Amor, amor. Dolor y miseria. ¡Amor! *(Breve intervalo musical y luego música queda de fondo a las palabras de* TERESIAS.)

VOZ DE TERESIAS.—Y sucedió. La Historia de los hombres perpetuó lo implacable de Tu fallo. ¡Por amor y por dolor Casandra es ya inmortal! *(Entran simultáneamente voces del coro masculino y voces del coro femenino.)*

CORO MASCULINO Y CORO FEMENINO.—Amor, amor. Dolor y miseria. ¡Amor! *(La luz azul pálido sobre* CASANDRA *se ha ido haciendo más intensa. La brisa ha aumentado y agita ahora dramáticamente su cabello y su túnica. El telón cae mientras los dos coros suben a un crescendo triunfal y la luz amarilla sobre* TERESIAS *empieza a extinguirse).* Amor, amor. Dolor y miseria. ¡Amor!

TELON

Alcalde de Vieques

Llega EU a Quejarse Actuaciones Marina

De la Edición Final del Sábado
Por Sam Brady

WASHINGTON, junio 3 — (PUI)—El Alcalde de la pequeña isla de Vieques, localizada a breve distancia del litoral de Puerto Rico, llegó hoy a Washington con el propósito de protestar enérgicamente ante la Marina por la obscenidad y actuaciones indecorosas de la marinería norteamericana así como por el tratamiento inhumano que reciben los residentes de la isla. Piensa discutir, así mismo, otros asuntos relacionados con la cosa pública.

Empero, el alcalde Antonio Rivera Rodríguez canceló los planes de establecer un piquete frente al edificio del Pentágono y en lugar de ello conferenció con varios funcionarios sobre la idea de crear una zona de comercio extranjero en Vieques, como probable solución a los numerosos problemas de la isla. Declaró que proyecta llevar al Congreso la lucha contra las infracciones de la Marina.

Vieques, que forma parte integral de Puerto Rico fue obligada en el 1941 a ceder más de dos tercios de sus tierras a la Marina de los Estados Unidos.

Rivera alegó que la Marina confiscó tierras que antes eran utilizadas para el cultivo de la caña de azúcar privando de un sustento a numerosos civiles sin ofrecer ninguna clase de compensación.

Cuando estos se vieron obligados a mudarse para hacer sitio a las instalaciones navales, la operación, según el Alcalde, fue llevada a cabo con tal brutalidad que "muchas mujeres dieron a luz en el camino."

En otra ocasión señaló Rivera, los isleños solicitaron madera para construir sus hogares. La Marina, haciendo caso omiso de la súplica, optó por quemar un cargamento de madera que tenía almacenada en la isla.

HACE ALEGACIONES

A continuación sigue una lista de varias de las alegaciones que realizó Rivera en el transcurso de una conferencia con Pedro González, director de la Oficina de Puerto Rico en Washington.

—La Marina exigió a los residentes de la Isla el pago anual de $5,000 como requisito previo a la concesión de pases permitiendo el pastoreo de ganado en las tierras incluidas en las reservaciones.

—Los actos de vandalismo y de pública obscenidad practicados por la marinería constituyen hechos diarios durante las maniobras que se realizan cuatro veces al año y en las cuales participan un número de hasta 2,500 hombres.

—Los desórdenes provocados por el excesvio consumo de bebidas alcohólicas no son detenidos por la Policía Militar cuyos miembros son reclutados entre las fuerzas de la Marina acantonadas en la isla.

—Los residentes de la isla "no pueden erigir edificios de carácter permanente ya que la propiedad de la tierra, de acuerdo con la Marina, no es permanente."

—"Los residentes viven bajo la amenaza de un aviso de 30 días para evacuar sus hogares sin el derecho a exigir una satisfacción o un desagravio.

—Las maniobras que se efectúan en la isla, las cuales se prolongan por un periodo que fluctúa entre dos y seis semanas, constituyen un perenne peligro para la población civil. (Rivera mostró fotografías de agujeros hechos por balas en las paredes de las casas de Vieques.)

Rivera indicó que las autoridades navales han rehusado escuchar las peticiones para la suspensión de tales violaciones y abusos.

Agregó que él llevará la batalla en busca de concesiones de parte de la Marina hasta el Congreso si ello prueba ser necesario mediante el Comisionado Residente de Puerto Rico, doctor Antonio Fernós Isern, cuando éste regrese próximamente a Washington.

El Alcalde declaró que Vieques anhela "las cuestiones primordiales" que a continuación se enumeran y las cuales, de acuerdo con él, "son, en realidad, una simple gota en un balde de agua":

—La autorización para utilizar el aeropuerto naval en Vieques bajo condiciones mutuamente satisfactorias.

—Si las facilidades de dicho aeropuerto no son obtenibles, Vieques solicitaría la transferencia de tierra suficiente a la Autoridad de Puertos de Puerto Rico para la construcción de un aeropuerto capaz de recibir aviones DC-3.

—La devolución de Santa María (1,000 acres) y Monte Santo (900 acres) a Vieques.

Ya Rivera recibió una carta en la cual se rehusa el permiso para la utilización del aeropuerto naval.

El Alcalde declaró descorazonado que todas sus gestiones con la Marina han probado ser totalmente insatisfactorias.

El Alcalde partió esta noche de Washington hacia Nueva York y Nueva Jersey con el objeto de discutir el problema de los emigrantes de la sila a los Estados Unidos.

Declaró que Joe Marrone, secretario ejecutivo de la Junta de Zonas de Comercio Extranjeras, se mostró muy "interesado en la sugerencia de crear una zona comercial en Vieques." Sin embargo, no se logró forjar ningún plan concreto al respeto.

WASHINGTON, junio 3 — (PUI)—El Alcalde de la pequeña isla de Vieques, localizada a breve distancia del litoral de Puerto Rico, llegó hoy a Washington con el propósito de protestar enérgicamente ante la Marina por la obscenidad y actuaciones indecorosas de la marinería norteamericana así como por el tratamiento inhumano que reciben los residentes de la isla. Piensa discutir, así mismo, otros asuntos relacionados con la cosa pública.

Vieques, que forma parte integral de Puerto Rico fue obligada en el 1941 a ceder más de dos tercios de sus tierras a la Marina de los Estados Unidos.

Rivera alegó que la Marina confiscó tierras que antes eran utilizadas para el cultivo de la caña de azúcar privando de un sustento a numerosos civiles sin ofrecer ninguna clase de compensación.

Cuando estos se vieron obligados a mudarse para hacer sitio a las instalaciones navales, la operación, según el Alcalde, fue llevada a cabo con tal brutalidad que "muchas mujeres dieron a luz en el camino."

En otra ocasión señaló Rivera, los isleños solicitaron madera para construir sus hogares. La Marina, haciendo caso omiso de la súplica, optó por quemar un cargamento de madera que tenía almacenada en la isla.

—La Marina exigió a los residentes de la Isla el pago anual de $5,000 como requisito previo a la concesión de pases permitiendo el pastoreo de ganado en las tierras incluidas en las reservaciones.

—Los actos de vandalismo y de pública obscenidad practicados por la marinería constituyen hechos diarios durante las maniobras que se realizan cuatro veces al año y en las cuales participan un número de hasta 2,500 hombres.
—Los desórdenes provocados por el excesvio consumo

—Los residentes de la isla "no pueden erigir edificios de carácter permanente ya que la propiedad de la tierra, de acuerdo con la Marina, no es permanente."
—"Los residentes viven bajo la amenaza de un aviso de 30 días para evacuar sus hogares sin el derecho a exigir una satisfacción o un desagravio.

ción civil. (Rivera mostró fotografías de agujeros hechos por balas en las paredes de las casas de Vieques.)
Rivera indicó que las autoridades navales han rehusado escuchar las peticiones para la suspensión de tales violaciones y abusos.

El Alcalde declaró descorazonado que todas sus gestiones con la Marina han probado ser totalmente insatisfactorias.

EL DESPOJO DE VIEQUES

El despacho que reproducimos a continuación, de la agencia noticiosa norteamericana Prensa Unida Internacional, fue publicado en el periódico El Mundo de San Juan de Puerto Rico el domingo 4 de junio último. En él se reproducen las declaraciones que hizo en Washington el alcalde de la isla puertorriqueña de Vieques, Antonio Rivera, durante una visita especial que hizo a la capital de los Estados Unidos para denunciar las irregularidades y desmanes cometidos por los *marines* acampados en las bases que mantienen los norteamericanos en la mayor parte del territorio de esta isla perteneciente a Puerto Rico.

Ni la agencia noticiosa UPI, ni el periódico El Mundo, propiedad del pro yanqui y anexionista Angel Ramos, ni Rivera el alcalde de Vieques, miembro del Partido Popular de Muñoz Marín, pueden ser acusados de comunista, de antiyanqui, de nacionalista, ni siquiera de independentista. En realidad la gestión de Rivera es bastante tardía. Desde 1943 los norteamericanos empezaron a invadir la isla con sus bases y sus marines y a privar a los puertorriqueños de las mejores tierras, hasta llegar al despojo final que muestra el mapa: hoy los puertorriqueños ocupan una ínfima e improductiva zona de 7,300 cuerdas (parte negra), mientras los *marines* se han adueñado de 26,100 cuerdas. Así desaparecieron las plantaciones de caña y piña que constituían la principal fuente de sustento de la isla. El gobierno norteamericano no ha pagado una sola indemnización a los viequenses por estas tierras expropiadas. Esta es la



misma gente que critica nuestra reforma agraria.

El antidemocrático procedimiento de la pequeña isla ha dejado sólo dos salidas a la juventud viequense: los jóvenes o se enrolan en el ejército o emigran, y las mujeres, a las buenas o a las malas, se tienen que entregar a los invasores yanquis. (Véase el capítulo de la novela Usmail de Pedro Juan Soto que brindamos en otras páginas).



EL ABUELO

POR JOSE LUIS GONZALEZ

(Fragmentos del Capítulo III de la novela *Los años de prueba*, en preparación).

1

EL ZORZAL, sin mirar siquiera, sólo ladeando ligeramente la cabeza, percibe el peligro mortal —una levísima perturbación del aire— y se dispara desde la alta rama hacia un árbol vecino. Un instante después, la piedra, arrancando hojas del flamboyán en su trayectoria, pasa zumbando por el lugar preciso en que había estado posada la avecilla.

—¡Se me fue!— la exclamación llega desde abajo, en una vocecita infantil que expresa frustración y cólera a la vez.

Andrés escudriña el follaje del algarrobo donde buscó refugio el zorzal agredido, pero no logra descubrir al pájaro. Coloca otra piedra en la honda de horqueta, estira al máximo las dos tiras de goma y dispara al azar contra la copa del árbol, confiado en que el ave, espantado otra vez, volará a un lugar más accesible a las pedradas. La piedra choca secamente contra algo oculto entre el follaje; un objeto se desprende del árbol y cae, tropezando con las ramas en su descenso, hasta dar pesadamente en tierra. Andrés corre, lleno de expectación, hacia el objeto caído. Por un instante lo gana la decepción: es tan sólo una vaina de algarrobo. Pero en seguida se da cuenta de que no se trata de una vaina como otra cualquiera, sino extraordinariamente grande, gruesa como un pepino y con una corteza rugosa y oscura como él nunca ha visto. Cuando la recoge del suelo, no puede reprimir una exclamación de asombro: pesa casi tanto como un plátano. Se olvida inmediatamente del zorzal y, metiéndose la honda en el único bolsillo de su pantalón corto de tela de saco, emprende el regreso a la casa.

2

El abuelo, sentado sobre un taburete en un rincón de sombra en el batey, lo ve acercarse a paso rápido.

—Tu mai te ha estao llamando, Andrés.

—¿Pa qué?

—Ella sabrá. Ve a ver.

Sube a la casita y encuentra a la madre en la cocina, abanicando con un trozo de yagua el fogón que despide una densa humareda irritante. Andrés resiente el ardor del humo en los ojos y la garganta.

—¿Tú me tabas llamando?

—Pa que le lleves el almuerzo a tu pai.

—¿Ahora mismo?

—No; pero si no te llamo ahora, dispués tengo que ponerme a buscarte y se enfría la comida.

—Ah, bueno. Entonces me gua dir ahí al batey.

—¿Qué tás haciendo?

—Mira— y le enseña a la madre, con una sonrisa de satisfacción, la vaina de algarrobo.

—¡Muchacho! ¿De onde sacaste eso tan grande?

—La tumbé yo mismo. Ta bien grande, ¿ah?

—Sí, pero no vayas a abrir eso aquí arriba pa apestarme toa la casa.

Andrés sacude la cabeza y ríe con picardía:

—¡Je! Mierd'e gato.

—Bueno, vete al batey y entretén al abuelo.

Busca la piedra grande que usan para clavar la estaca de la que amarran a "Mariposa"; se sienta en el suelo apisonado del batey, a los pies del abuelo que ahora dormita y, colocando la vaina de canto sobre el suelo, levanta con un esfuerzo la piedra y la deja caer sobre la vaina. El golpe sobresalta al viejo.

—¡Eh! ¿Qué es eso, muchacho?

—Mira.

¡Ave María Purísima! ¿Así se dan las algarrobas ahora?

—Esta la tumbé yo mismo hace un ratito. Pero nunca bía visto una tan grande. Usté tampoco, ¿verdá?

—A la verdá que no. Y qué, ¿la vas a abrir?

—¡Pues claro! Gua hacer gallitos. Deben ser más grandes que el diache.

—Pero no te vas a comer esa porquería de adentro, ¿ah?

—¿La mierd'e gato? ¡No, qué va a ser!

—Ah, bueno.

El primer golpe de la piedra no ha logrado cascar la vaina. Andrés se dispone a descargar un segundo golpe.

—Cuidao con machucarte un deo— previene el abuelo.

—No, ombe— a tiempo que la piedra desciende sobre la vaina.

El segundo golpe no produce mejores resultados que el primero.

—Ta dura, ¿verdá?— comenta el viejo.

—Unjú. Gua tener que buscar una piedra más grande.

La que encuentra es tan grande que apenas puede levantarla. La vaina cruje esta vez bajo el golpe.

—¡Ajá!— exclama el abuelo. —Ya está.

Andrés examina la vaina; una grieta corre por uno de sus lados, pero cuando el niño prueba a partirla con ambas manos, la dura corteza no cede.

—No. Todavía le falta.

El nuevo golpe abre la vaina a lo largo del borde, dejando al descubierto la pulpa pajiza y amarilla.

—¡Ahora sí!— dice Andrés, pellizcando la pulpa y llevándose los dedos a la nariz: —¡Fo!

—Porquería— el anciano arruga la nariz.

—Ahora deja buscar los gallitos.

El abuelo se inclina hacia adelante para ver mejor, y pronostica:

—Serán bien grandes.

Los deditos del niño hurgan entre la pulpa hasta dar con la primera pepita. Es, como se esperaba, enorme.

—¡Coño!

—¿Lo ves?— dice el abuelo, enseñando las encías desdentadas en una sonrisa, para añadir rápidamente: —Pero no seas mal hablao, ¿ah?

—Andrés está demasiado ocupado, pelando la pulpa que rodea la pepita, para enterarse del reproche por la palabrota.

—Debe ser bien dura— comenta el viejo, todavía inclinado hacia adelante. —¿Cómo la vas a agujeriar?

—Con un clavo, será.

—Hmm... va a ser difícil.

—Bueno, ya este gallito tá pelao.

—Deja ver.

El abuelo examina la pepita casi negra, acercándosela a los ojos.

—Con tal que salga dura.

—¿Tan grande y no va a salir dura?

—Lo grande no tiene que ver. A veces los chiquitos... los débiles... son más fuertes que los grandes y poderosos.

Ahí viene, piensa Andrés. *Ahí viene el cuen-*



to. El viejo siempre comienza así, con un comentario sobre cualquier frase de su interlocutor que él adapta convenientemente a los fines de su propio pensamiento.

—No, mijo, no son los poderosos los que ganan siempre. Algunas veces sí, como pasó aquí en Puerto Rico cuando llegaron los yanques.

Ojalá sea nuevo. Ojalá no sea uno de los cuentos viejos.

—Abuelo...

—¿Ah?

¿Es nuevo?

—¿Qué cosa?

—El cuento.

—¿El cuen... ¡Mira, muchacho majadero! Es lo que yo digo: los muchachos de hoy en día son tos unos malcriados. No respetan a los mayores.

—Ta bien, abuelo. Perdone. Cuéntelo manque sea viejo.

—Ah, ¿pero lo repites? ¡Habráse visto muchacho más atrevío! Ahora no cuento na, bai. ¿Qué te has creído tú?

Mejor lo dejo quieto. Andrés vuelve a hurgar en la pulpa maloliente. Saca una segunda pepita y se pone a limpiarla. El viejo guarda silencio unos minutos. Pasa una bandada de changos por el cielo y ambos alzan la mirada para ver las raudas manchas prietas afear el azul purísimo. El viejo vuelve a hablar:

—¡Hmm! hoy en día los changos no hacen más que volar. En otros tiempos, cuando ca jíbaro tenía su vaquita, a ningún chango le faltaba su garrapata pa matarse el hambre.

—Pero, abuelo— arguye Andrés, sin despegar la vista de la pepita cubierta de pulpa, —hoy día hay más vacas que enantes.

—¿Y tú qué sabes?

—Me lo dijo mi pai. Y también me dijo que las garrapatas hay que matarlas porque...

—Sí, sí, tu pai también es un sabijondo. Enantes los que sabían eran los dotores y los licenciados. Hoy cualquier jíbaro patón sabe muchísimo. ¡Hmm! ¿Así que ahora hay más vacas que enantes?

—Eso dice mi pai.

—A lo mejor es verdá. Hoy hay más gente y más chavos y más vacas que enantes. Hoy hay más de to... menos vergüenza. ¡De eso sí que había más en mis tiempos! Pero eso no lo puen saber tú ni tu pai. Sí, hoy hay más vacas... ¡y menos changos, porque los muchachos malditos como tú se la pasan tirándoles pedrás! ¿Pa que es esa honda que tienes metía en el bolsillo, ah?

—¡A Dios, abuelo!... ¿y en sus tiempos los muchachos no cazaban pájaros?

—¡Bah! En mis tiempos los muchachos sabían respetar a los mayores. Y no les quitaban la palabra de la boca.

El cuento. Eso fue lo que encocoró. El cuento.

—Abuelo, ¿entonces los españoles eran mejores que los americanos?

—¿Mejores? ¡Qué va a ser! Lo que pasa es que uno mataba a garrotazos y el otro mata con cuchillo 'e palo.

—Pero los americanos son más fuertes, eso sí.

¡Ah, dende luego! Con tanto dinero, ¿quién no? Tenían más barcos y más cañones que los cachacos. Pero los españoles tenían mejores fusiles, ¿sabes? Porque eran de repetición.

A Andrés empieza a interesarle el asunto.

—¿Fusiles de qué?

—De repetición. Que tiran una bala seguía detrás de otra.

—Ah... ¿y los americanos no tenían de esos fusiles?

—Cuando desembarcaron, no; pero dispués los trajeron. Lo malo era que nosotros tampoco los teníamos.

—¿Quiénes?

—Nosotros... los patriotas. Los hijos del país que no queríamos cuenta ni con los cachacos ni con los yanques. Los únicos puertorriqueños con vergüenza, mijo. No teníamos más que machetes y unas cuantas escopetas.

—¡Ay, bendito! ¿Y por qué, abuelo?

—¿Cómo que por qué? ¿Y de onde íbamos a sacar otra cosa? Los cubanos sí que tenían buenas armas.

—¿Los cubanos? ¿Y de onde las sacaban ellos?

—Las compraban en Nueva Yol.

—¿En Nueva Yol? Pa allá fue onde se fue don Toribio, el que tenía la finquita al otro lao de la quebrá, usté se acuerda?

—Las compraban en Nueva Yoy, sí, y nosotros los puertorriqueños ayudábamos a los cubanos a comprarlas, porque con esas mismas armas se iba a hacer después la independencia en Puerto Rico.

—Oiga, abuelo, ¿y cómo será eso de Nueva Yol?

—Pero los americanos no nos dieron tiempo. Se metieron en Cuba cuando los españoles ya estaban derrotados, y sin que naiden los llamara.

—En la escuela me dijieron el otro día que la nieve es blanquita como la harina 'e pan. ¿A usté no le gustaría ver la nieve, abuelo?

—Y dispués se metieron aquí y sacaron a los cachacos y se quedaron ellos.

—Oiga, abuelo, ¿a usté no le gustaría ver la nieve?— insiste Andrés, y como el viejo no le responde, se vuelve para mirarlo. Lo ve con la cabeza gacha, la mirada fija en el barro del batey, y piensa que nunca lo ha visto tan cansado.

La mujer llama entonces desde la cocina:

—¡Andrés! ¡Vente pa que le lleves el almuerzo a tu pai!

—¡Ahí voy!

El niño se pone de pie, se guarda en el bolsillo del pantalón las pepitas peladas, y camina lentamente hacia el ranchito. A medio camino se detiene, vacila un momento y al fin dice, dándose vuelta:

—Oiga, abuelo.

—¿Hmm?

—No se me vaya a dir. Horita vuelvo pa que me acabe de contar el cuento. Este sí me está gustando, ¿sabe?

El viejo levanta entonces la cabeza, mira fijamente al nieto unos instantes y al fin asiente con una sonrisa triste.



USMAIL

POR PEDRO JUAN SOTO

(Capitulo de la novela del mismo nombre sobre los habitantes de la pequeña isla de Vieques).

Capítulo V

LAS CITAS se repitieron con regularidad y sigilo. Cada dos o tres noches, Chefa y Mr. Adams se encontraban en parajes solitarios y proseguían hacia los vericuetos más desolados de la isla: Punta Brigadier, Ensenada Honda, Playa Vieja, Martínez...

De vez en cuando, algún campesino, al ver pasar el automóvil del americano, creía percibir en el asiento delantero un celaje como de cosa caída; pero el auto no disminuía la velocidad, el americano seguía mirando al frente, y aquello bien pudo haber sido el rápido vuelo de una mariposa a través de las portezuelas.

En noches más oscuras, quizás otro distinguiera una sombra inmóvil junto a la del americano; pero el automóvil corría demasiado rápido para poder determinar la naturaleza de la sombra: algún saco de plátanos, algún mueble, algún vecino atónito de la velocidad con que el americano le trasladaba del pueblo a su remoto bohío.

Además, uno no tenia tiempo ni resuello para fijarse en tales insignificancias. Quizás fuera una mujer, pero ¿y qué? Se sabía que el americano era soltero —aunque tampoco importaba eso: un hombre casado no es un hombre castrado—; que, a pesar de la mayoría de viejas serias en el pueblo, había unas pocas mujeres más o menos jóvenes y quizás no muy difíciles de conquistar; que la vida allí no ofrecía ninguna clase de distracción fuera de alguna tertulia o alguna botella que remediara el insomnio; y que para un extranjero solitario debía ser muy difícil no echarse a llorar de nostalgia.

Uno, por lo menos, aunque el hambre le acosara, podía acercarse a la casa del vecino y, entre mascada y escupitajo de tabaco hilado, chismear de lo lindo.

Esta noche, por ejemplo, podría decir:

—¿Sabes lo que pasó en Puerto Diablo? Cuatro tipos se robaron una novilla en la finca de don Fano y se la comieron en la misma carretera... ¡Habráse visto cosa más terrible, de poca vergüenza! Bien que pudieron bérsela repartío y luego asarla en sus propias casas, hombre...

Y también:

—¿Sabes lo que Luterio encontró en una lata e salchichas de la P.R.E.R.A.? Un deo. ¡Por mi madre, un deo to aguachoso y blandito! El mismo me lo enseñó... Na, ¿qué iba hacer? Se lo echó a los puercos... Pero y que piensa reclamar las salchichas, el jueves. Ah, no, dice Luterio; la lata decía sal-chi-chas... En inglés, claro.

Y quizás:

—Por ahí pasó hace un rato el americano. Iba como acompañao, creo yo... ¿Quién será la jembra ..., si era jembra?

Pero Chefa y Mr. Adams se cuidaban de guardar las apariencias. El se ocupaba de envolver meticulosamente los paquetes de alimentos que le llevaba a Chefa, se despedia de ella a cierta distancia del barrio, se hacia el extraño cuando la encontraba en la camisería o en otros lugares donde hubiera testigos... Y Chefa, cada vez que salia del barrio en noches que no fueran de sábado, envolvía en una sábana los papeles que simulaban ser ropa lavada para nuevos clientes y regresaba cubriendo los paquetes de alimentos sacados del baúl del Ford. Los sábados iba al pueblo a llevar el lavado de doña Encarnita; cruzaba luego la plaza y enfilaba por la carretera hasta llegar al desvío donde, bajo el flamboyán sonajero, aguardaba el automóvil.

Quizás Nana Luisa, oyéndola cantar más a menudo, viéndola más sonreída que de costumbre, comentando a veces lo mucho que

le rendian a su vecina las partidas semanales de alimentos, fuera la única persona que sospechara algo. Pero no hacía preguntas, Nana Luisa, y nunca la criticó.

Al cabo de dos semanas de amoríos, la añoranza de un refugio estable para ambos echó raíces en la mente de Chefa. Pensaba en un lugar aislado, tranquilo, ordenado, donde pudieran amarse sin sufrir sobresaltos por cada crujido de rama o cada soplo de viento entre los árboles cercanos al escondite escogido. Pensaba en una casucha cualquiera que ella limpiaría hasta hacer brillar, que ella adornaría con una multitud de flores aromáticas, que ella haría cómoda y alegre y digna de alojar un amor como el de ellos.

Y una noche de la tercera semana lo sugirió a Mr. Adams, quien pensó un rato y dijo: "Veremos".

La complació esto. En el silencio anterior a la palabra había adivinado los cálculos en que el pensamiento de él se enfrascaba: cómo medía el cerco de inquietud que impedía la llegada del verdadero placer a estas citas de ahora; cómo pesaba el sentido de hogar (¿no era eso el amor cobijado bajo un techo fijo y seguro?) ; como enumeraba las noches y días enteros que podría pasar junto a ella en la casa, ya que entonces habrían echado la cautela a los cuatro vientos y las habladurías de las gentes no les harían mella y sólo importaría la paz y el placer que ambos lograran cosechar y consumir.

Por eso había dicho: "Veremos", pensaba Chefa. Porque ya Mr. Adams había comenzado a echar, en la gran parcela de su imaginación, los cimientos de aquella casita, las semillas de aquellos árboles, la armonía ambiental que ambos compartirían en su nido de amor.

Aquella rápida mueca, aquel momentáneo gesto de disgusto que ella vio en su rostro, no había sido más que el impacto emocional de algunas frustracciones recordadas en las citas pasadas: la prisa, la excesiva cautela, la incomodidad física en el automóvil... No había sido más que algo así como la caída del plato de la balanza donde se amontonaban todos los sustos y preocupaciones sufridos desde la primera cita. Por eso había dicho: "Veremos". Porque ahora él necesitaba el tiempo para enumerar y medir y pesar todas las ventajas de lo sugerido por ella. No tendría más que examinarlo todo y ponerlo en el otro plato para ver el envión súbito que primero equilibraría y luego superaría el peso de todas las cosas desagradables del pasado y —si hubiere algunas, ¡Dios no lo quiera!— del porvenir. Entonces, le diría a ella que sí; que debían comenzar a buscar la casita inmediatamente, sin perder más tiempo, y que debieron haber pensado en eso mucho antes.

Sólo que Mr. Adams, en vez de aprobar esos planes, siguió diciendo: "Veremos". Y luego, al enterarse de que ella estaba encinta, ni siquiera dijo más: "Veremos".

—No —dijo con desgano—. Mejor seguir así.

Y ella, comenzando a lloriquear:

—Pero si que yo esté preña no quie decir na. Yo no te vua molestá. Yo doy a luz y lo crío bueno y santo, como tú. Y lo vua queré tanto como a ti te quiero ahora...

Pero no insistió, al darse cuenta de que ya el gesto de Mr Adams era de franco malhumor. Y cedió al capricho de él: derrumbó dentro de sí la casa de ambos, dejó marchitar las flores, hizo leña los árboles... Pero siguió viéndole furtivamente, siguió acostándose sobre los punzantes alambres de los cojines lustrosos del automóvil, siguió dándole y pidiéndole sólo placer hasta que el dolor en los senos y el malestar en el vientre ya duro transformaron su mueca lasciva en una de quebranto.

Entonces, Mr Adams dejó de verla. Y la gente comenzó a murmurar y a negarle el saludo cuando la veía con sus tobillos doloridos. Y Chefa se dio a llorar por Mr. Adams, que parecía enojado por algo que ella no acertaba a comprender, que no le daba oportunidad de verle y hablarle y sonreírle y amarle... Sin embargo, esperaba por él; confiaba en que un día Mr. Adams subiría la pendiente del barrio y se arrodillaría junto a ella para poner su cabeza pelirroja —¡su adorada cabeza de llama viva!— contra el vientre donde una chispa suya encendía tantas esperanzas...

Días después, cuando regresaba del pueblo al atardecer, atisbó el veloz automóvil que en el pasado fuera hogar y alcoba y palio suyos, y decidió plantarse en medio de la carretera para detenerle y discutir con Mr. Adams la causa de su repentino desamparo. Mr. Adams detuvo el automóvil, pero sólo para gritarle:

—¡Negra demonio, quita! ¡Yo no querer verte, negra demonio! ¡Yo blanco, blanco blanco!

Y hasta ahí duró en Chefa la certeza de su futura felicidad. Pero se aferró a la duda, entonces. Se aferró a la duda como un náufrago que no halla más que ese madero y que debe asirse a él para salvar no tanto su cuerpo informe, sino la fe que éste contiene y que debe ser depositada en un lugar seguro, en medio de una humanidad que la necesita. Dudó, entonces, que él hubiera hablado sinceramente, que él dijera lo que dijera con verdadero sentimiento y no forzado por las problemáticas circunstancias que afrontaba y que nada tenían que ver con el amor de ambos.

Porque ya había averiguado ella que todos los partidos políticos en la isla se habían unido para atacar al administrador de la P.R.E.R.A. Unos y otros enviaban telegramas a San Juan para que se revisaran de una vez los descuidos de aquella oficina viequense. Acusaban a Mr. Adams de no tener criterio propio para utilizar sabiamente los pocos fondos disponibles para la isla, ni fortaleza suficiente para hacerse oír ante sus superiores y lograr presupuesto más alto. Solicitaban, los partidos políticos, una visita del Gobernador Winship. O de aquellos legisladores que decían representar a la isla en la Legislatura. O, en fin de cuentas, de cualquier líder político que anduviera en busca de una causa útil: Albizu, Barceló, Iglesias...

Pero no era esto lo que provocaba en Mr. Adams la desesperación y la angustia de que era presa en estos días. La oposición de los partidos políticos le importaba, en realidad, un bledo. A pesar del desfavor en que los de la oficina central parecían tenerle —desfavor que comprendía ahora podía ser puramente imaginario de su parte, ya que no recordaba pruebas irrefutables de ello, ya que todo podía ser un malentendido creado por su propia mente ahita de soledad y frustraciones en un ambiente donde esto tanto abundaba—, sabía que la alharaca de los partidos políticos insulares influía bien poco en la alta jerarquía gubernamental. Y mucho menos en ocasiones como ésta, cuando los miembros de esa alta jerarquía —todos americanos 100%, vinculados los unos a los otros por un mismo idioma y una misma tradición y unas mismas características étnicas— formaban un frente unido para para desoír —o contradecir, si era necesario— todo lo que intentase poner en duda su honor de ángeles guardianes.

No, su desesperación y su angustia no provenían de eso. Quizás esa lucha lo exasperaba más, a veces; pero sólo porque ella y los demás detalles rutinarios de su diario vivir en Vieques formaban el camino pedregoso de extenso callejón sin salida. Un callejón que hasta hace poco había parecido tener escape —la juerga sexual, el aturdimiento por la lascivia—, pero que la negra preñada había cerrado por completo.

No quería estar en la isla el día en que naciera aquel renacuajo que habría de llevar en sus venas, junto a la escoria de la mujer, sangre suya. No quería permanecer allí, moliendo y disecando esperanzas que luego enterrarían con su cuerpo salitroso, llagado de aburrimiento y fastidio. No quería vagar más por esas calles donde, con el tiempo, aparecería un odioso muchachito desarrapado que tendría quizás sus mismos ojos claros en una cara negra y grasienta. No quería enfrentarse a las risas de los que vieran en algún zagúan al mulatito odioso rebuscando en los latones de basura con el gesto taciturno que pudieran achacarle a él.

Tenía que huir, antes que enloqueciera. Tenía que lograr el ansiado traslado que seguía solicitando por medio de más cartas y más telegramas a la oficina central. Traslado que siempre encontraba alguna valla: "A pesar de todos nuestros esfuerzos y recomendaciones... ", "Su carta anterior nos ha preocupado vivamente, pero nos venos obligados a comunicarle...", "El presupuesto requerido por usted ha sido estudiado cuidadosamente y lamentamos informarle que..." Montones de cartas y telegramas repletas de negativas, de esquiveces, de mentirijillas, para retenerle indefinidamente en aquella prisión...

Pero, al fin, en enero llegó la esperanza. Diéronle noticias de los planes encaminados a retirar el servicio de la P.R.E.R.A. y órdenes de comenzar a liquidar todos los asuntos bajo su jurisdicción, de manera que a fin del año fiscal la agencia pudiera ceder su lugar a su sucesora —la P.R.R.A.— en la nueva campaña de rehabilitación agrícola.

Se vió, pues, en medio del camino: a cuatro meses de la libertad, y a cuatro meses de la angustia y el acendrado asco del ambiente. Esa misma noche habló largamente consigo mismo: se dijo que todo acabaría en junio; que podría entonces largarse y no ver nunca más esta isla; que sólo necesitaba dominarse un poco y no pensar en la negra tonta que no había tomado las debidas precauciones para impedir lo sucedido; que cuatro meses no eran tan largo tiempo... Sin embargo, esto último, no bien hubo entrado a su mente, lo rechazó con violencia. Hizo su maleta en seguida y, al día siguiente, sin dar cuentas a nadie en Vieques, partió hacia Fajardo y de allí viajó a San Juan, donde presentó ante sus superiores su enflaquecido cuerpo y su desenfrenado tartamudeo necesitados de atención mé'



PARA ALGUNOS ES MUY TARDE





Nueva York ha sido llamada una ciudad de ocho millones de habitantes y nueve millones de ratas. En Nueva York también viven 654,000 puertorriqueños, a veces peor que las ratas; y en algunos casos atacados y desplazados por las ratas, como el año pasado que muchos niños y adultos fueron mordidos por las ratas. Algunos murieron a causa de las mordeduras.

Los puertorriqueños empezaron a llegar a Nueva York hace treinta o cuarenta años, pero en los últimos veinte años, al faltar mano de obra durante la Segunda Guerra Mundial fue que empezaron a llegar en masa. Todavía uno encuentra en el Barrio Latino alguien que le cuenta cómo tuvieron los puertorriqueños que conquistar casa por casa, apartamento por apartamento, el derecho a tener un techo. Muchos han muerto y siguen muriendo en esta desigual batalla. La mayor parte de los puertorriqueños que van a Nueva York son *jíbaros* (campesinos) sin instrucción, sin oficio, sin conocimiento del idioma inglés. Van forzados por el hambre, en busca de mejores posibilidades para ellos y sú familia. Muchos perecen. Otros vuelven a su tierra. Otros se quedan a luchar contra el discrimen.

El Barrio Latino de la parte Este de Manhattan, las comunidades del Bronx, de Brooklyn, de la parte Oeste de Manhattan son pequeños ghettos, al igual que el Harlem de los negros. Aunque las condiciones han mejorado algo en los últimos años, los puertorriqueños siguen pagando el precio de todos los nuevos inmigrantes, y otros más que el color de la piel de algunos, el desconocimiento del idioma y las costumbres, la falta de preparación les impone.

Pero todo esto hubiera sido innecesario si los puertorriqueños, a pesar de todas las ventajas que conlleva una isla superpoblada y de escasos recursos, se hubieran desarrollado dentro de una nación libre.

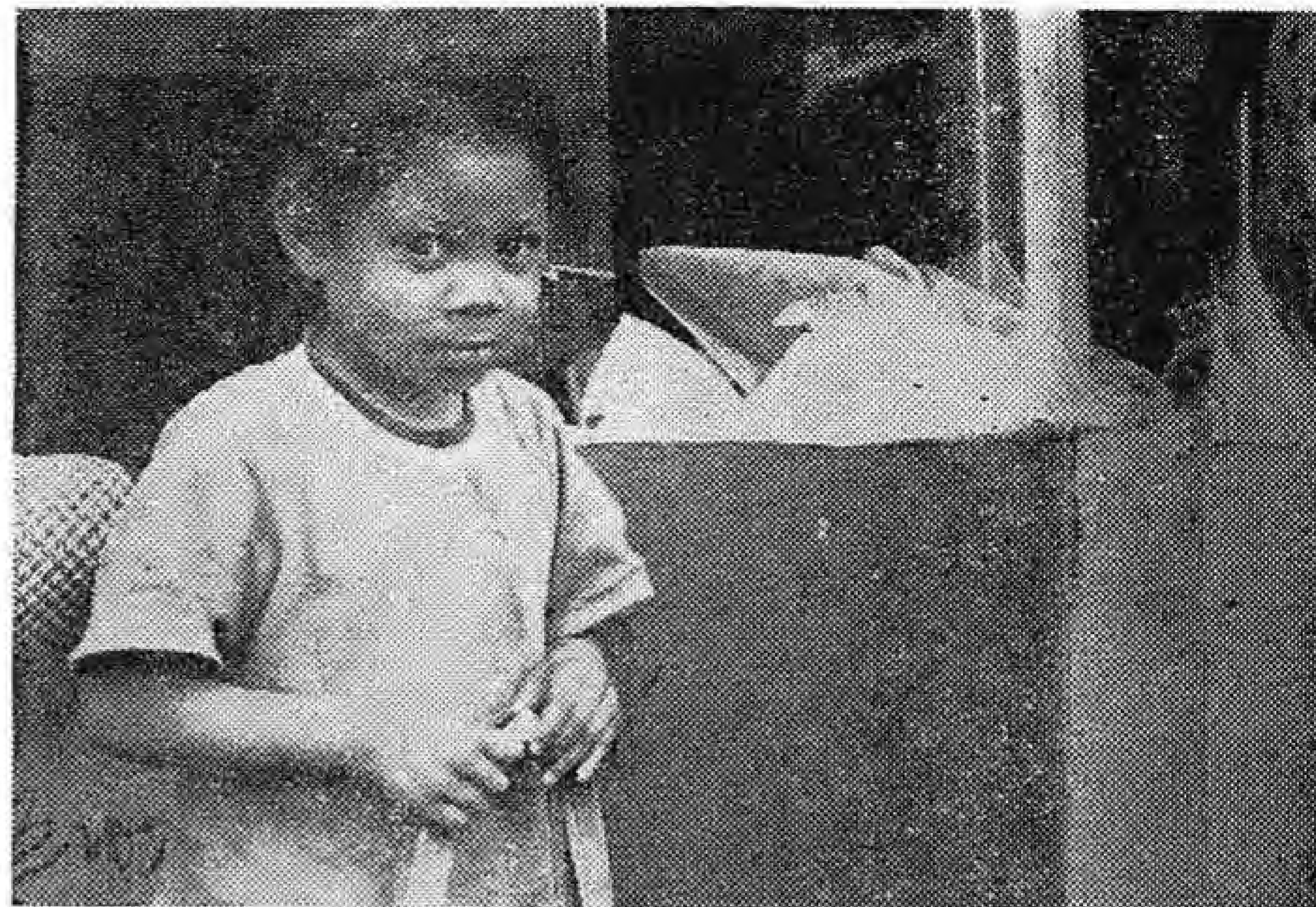
"Yo mal que bien tiraba en mi tierrita —comentaba un jíbaro hace algunos años— pero vinieron los americanos y tuvimos que irnos a San Juan. Allí se desbarató la familia. Por eso estamos aquí".

—¿Y por qué no vuelven? —le preguntamos.

Movió la cabeza y dijo:

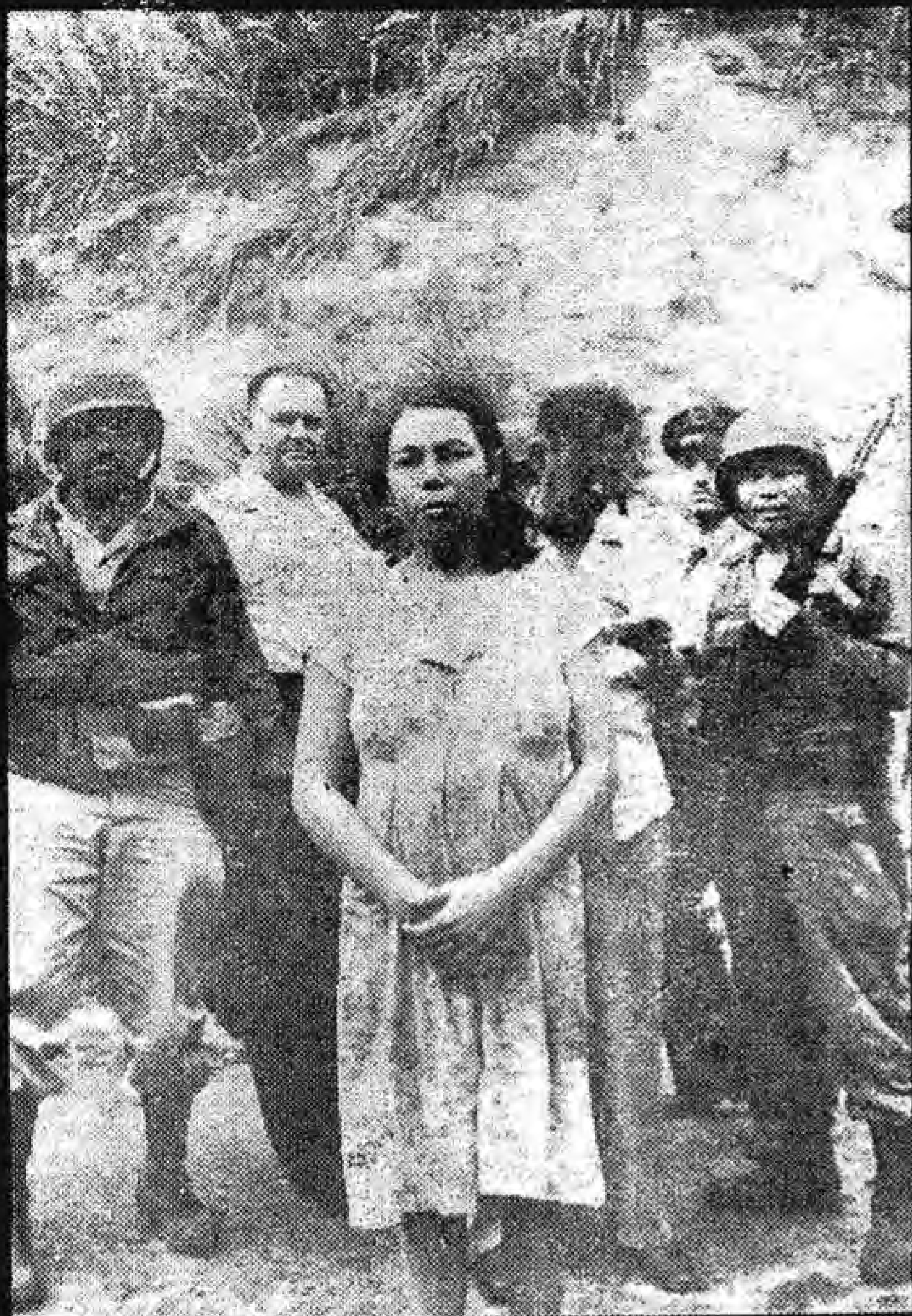
—Ya es muy tarde, ya es muy tarde...


PASTELES





RICUA
DE JUNIO
LAMARQUE
GERALDO
ARMENDARIZ
YO
AGUILAR
SILVESTRE
ANTERA
TEATRO
PUERTO RIC
MIERCOLES 25 AL 31
DEMETRIO GONZAL
SENSACIONAL ESTRENO EN N.
PELICULA EN COLOR
Con la Actuación de
QUINTA
CHE DE DA
AZTECA
3492 MADISON AVENIDA
DEL MIERCOLES 1 AL MARTES 7
DEMETRIO GONZALEZ
ELVIRA QUINTANA
LOS
LAURELES
RAMON GAY
ANA LUISA PELUFFO.
EL SEDUCTOR
TEATRO
BORI
LIBERTAD LA
PEDRO
PECA
TONY AG
FLOR SIL
LA PAN
NEG



LA LIBERTAD ES UN DERECHO!



